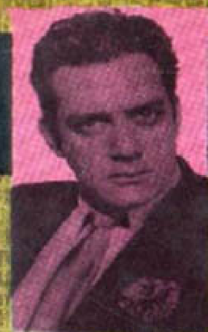


UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

el caso de la mecanógrafa asustada

ERLE STANLEY GARDNER

Una de las mecanógrafas de Mason está enferma y la otra está demasiado abrumada para asumir más trabajo, pero no importa… Un importante asunto y resumen legal debe ser preparado y entregado al día siguiente. Una oficinista temporal es la solución. Una asustada y casi aterrorizada joven mecanógrafa, aparecida de la nada, es confundida por el personal de Mason con una mecanógrafa de una agencia de trabajo temporal.

La oficinista llega en un estado algo nervioso y se comporta de una forma muy extraña, a pesar de ello escribe la mayor parte del manuscrito y, luego, de repente… ¡Desaparece!

Más tarde se descubre que una oficina cercana ha sido robada, recayendo todas las sospechas sobre la nerviosa y casi aterrorizada joven mecanógrafa.

Hora a hora y día a día, según va pasando el tiempo, las cosas se complican de tal forma que las circunstancias y los hechos se vuelven cada vez más extraños y peculiares.

El resultado es un caso sin pies ni cabeza que Perry Mason tendrá que defender en la corte.



Erle Stanley Gardner

El caso de la mecanógrafa asustada

Perry Mason - 49

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Terrified Typist*
Erle Stanley Gardner, 1956
Traducción: Miguel Giménez Sales

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Perry Mason lanzó una última ojeada al dosier que su empleado Jackson le había entregado para su aprobación.

De pie, delante de la mesa del abogado, Della Street estudiaba el semblante de Mason.

—¿Has tenido que hacer muchas correcciones, Perry? —preguntó.

—¡Una enormidad! —replicó Mason—. En primer lugar, he tenido que reducirlo. Treinta y dos páginas en vez de noventa y seis.

—¡Dios mío! —exclamó Della Street—. Jackson me dijo que él ya lo había reducido casi a la mitad y que no veía manera de abreviarlo, ni una sola palabra más.

El abogado sonrió.

—Bueno, ¿qué pasa con el asunto de las mecanógrafas? —quiso saber.

—Algo tremendo —contestó Della—. Stella sigue con la gripe y Annie está abrumada por el trabajo.

—Entonces —ordenó el abogado—, será preciso contratar a alguien más. Este dosier debe estar en casa del editor mañana mismo.

—O. K. Telefonearé a la agencia y pediré que nos envíen una mecanógrafa, lo antes posible.

—De acuerdo. Entretanto, revisaré el texto una vez más, para ver si todavía hay forma de disminuirlo en tres o cuatro páginas. A los jueces no les gusta la literatura, aunque sea del mismo Jackson y ostente su firma.

Della abandonó la estancia, cuando Mason provisto de un enorme lápiz azul, se inclinaba sobre las páginas que ya estaban llenas de correcciones.

Cuando regresó, el abogado ya había releído la cuarta parte del texto.

—¿Y bien? —se interesó.

—Es desolador —explicó Della—, pero la agencia no tiene ninguna muchacha competente a punto. Les he dicho que necesitábamos una mecanógrafa muy rápida y que hiciese un mínimo de faltas.

—¿Cuándo nos enviarán alguna?

—Temo qué no podrán antes de mañana por la mañana. La agencia sabe que eres exigente, y no desea enviarnos a nadie cuyo trabajo tengas que revisar. Le he explicado a la directora que se trataba de copiar treinta y dos páginas.

—Veintinueve y media, solamente —rectificó Mason—. Acabo de suprimir dos y media.

Se encogió de hombros.

—¡Qué vamos a hacerle! Tendremos que esperar.

Cuarenta minutos más tarde, el abogado cerró la carpeta. Estaba a punto de entregársela a Della, cuando se abrió la puerta y Gertie, la telefonista, apareció en el umbral.

—La mecanógrafa ha llegado —anunció.

El abogado dirigió un guiño a Della.

—La cosa ha marchado más de prisa de lo que parecía —comentó; y al ver que ésta no se movía, preguntó—: ¿Hay algo más, Gertie?

—¿Qué le pueden haber dicho para que esté tan asustada? —preguntó la joven.

Mason dirigió una mirada de sorpresa a Della.

—No lo entiendo —dijo ésta—. Ni tan siquiera le he hablado. Usted ha oído mi conversación telefónica, Gertie. Lo único que he hecho ha sido pedirle a Miss Mosher que nos mandase una mecanógrafa.

—Sea lo que sea —replicó Gertie—, la verdad es que la chica está muerta de miedo.

Una sonrisa irónica se dibujó en los labios del abogado.

—A lo mejor es usted quien la ha amedrentado tanto —dijo él.

—¿Yo? —exclamó la telefonista—. ¡Está usted muy equivocado! Cuando ha entrado, yo estaba muy ocupada con la centralita, y ni siquiera he reparado en ella. Cuando he vuelto la cabeza, estaba a

mi lado, demasiado emocionada para poder hablar. Creo, incluso, que se apoyaba en mi mesa. Me apuesto cualquier cosa a que sus piernas temblaban y que…

—¡Esto no me importa! —le interrumpió Mason—. ¿Qué le ha dicho usted?

—Le he dicho solamente: «Sin duda será usted la nueva mecanógrafa» y, al ver que inclinaba la cabeza, he añadido: «Siéntese aquí, y le traeré su trabajo».

—¿Qué ha hecho ella?

—Lo que le indicaba. Se ha sentado.

—Entonces, todo va bien —concluyó el abogado.

—Le aseguro, Mr. Mason, que está completamente asustada —insistió Gertie.

—No se preocupe por ella —la tranquilizó Mason—. Muchas secretarias hacen lo mismo cuando se presentan a un nuevo empleo. Acuérdese de cuando usted…

—¡Es cierto! —exclamó Gertie—. Pero fue porque de repente me di cuenta de que estaba masticando chicle y temí que a usted no le pareciese bien.

—Atención, Gertie —volvió a interrumpirla Mason—, me parece que está sonando la centralita.

Gertie desapareció en la otra estancia.

Mason entregó a Della Street la carpeta verde que tenía en la mano.

—No perdamos más tiempo —comentó—. Ve y llévale esto.

Cuando Della regresó, diez minutos más tarde, le preguntó:

—¿Sigue todavía «asustada»?

—Si esto es lo que Gertie opina que es estar asustada, estoy tentada de llamar a Miss Mosher para rogarle que asuste igual a todas las mecanógrafas que nos tenga que enviar, a partir de ahora.

—Dicho de otro modo, ¿trabaja bien?

—Juzga tú mismo —contestó, mientras abría la puerta.

—Parece una ametralladora —señaló Mason, después de haber escuchado unos instantes.

—Nunca había visto a nadie que escribiera tan de prisa —repitió Della, cerrando de nuevo la puerta—. Lástima que no la hayas visto. Ni siquiera he tenido tiempo de explicarle lo que esperábamos de ella, cuando ya había comenzado a escribir. Sin embargo —

prosiguió tras una vacilación—, opino que Gertie tiene razón. Esta chica tiene miedo. Tal vez sea el respeto que le produce trabajar para un abogado tan famoso como tú.

—Es posible —aceptó Mason—. ¿Dónde la has instalado, Della? ¿En la mesita situada cerca de la puerta de la biblioteca?

—Sí. No he querido que usase la máquina de Stella. Ya sabes lo maniática que es.

Mason asintió.

—Si esta joven es verdaderamente tan buena, Della, podríamos emplearla una semana o dos —explicó Mason—. Creo que el trabajo está bastante atrasado.

—Sí —convino la secretaria, suspirando.

—En ese caso, llama a Miss Mosher y comunícaselo.

Della dudó unos momentos.

—Si te da igual, jefe, me gustaría esperar un poco, para comprobar cómo trabaja. Es muy rápida, pero si comete muchas faltas…

—Haz lo que quieras, Della. Toma tu bloc de notas y acércate, porque tengo que dictarte unas cartas.

Capítulo 2

Della depositó ante los ojos de Mason una decena de hojas mecanografiadas.

—Fíjate en lo primero que ha escrito —recomendó.

El abogado les echó un vistazo y luego lanzó un largo silbido.

—¿Es posible? —preguntó, sin ocultar su extrañeza.

—Sí —confirmó la secretaria—. He mirado atentamente las tres primeras páginas y no he podido encontrar ni una sola errata de máquina, y, mucho menos, una falta de ortografía.

—¡Formidable! —exclamó Mason—. Telefonea a Miss Mosher y pídele algunos datos sobre esta joven. ¿Cómo se llama?

—Mae Wallis.

—Deja que hable yo con Miss Mosher.

Della descolgó el receptor.

—Gertie —pidió—, Mr. Mason desea hablar con Miss Mosher… No, no vale la pena… esperaré… ¿Es usted, Miss Mosher…? ¿No…? Les llamo sobre el asunto de la mecanógrafa que nos ha enviado su agencia… Sí, a Mr. Mason… Aquí, Della Street, la secretaria de Mr. Mason… ¿Está usted segura…? En tal caso, habrá dejado dicho algo… Sí, esto es… No, no… sólo queremos una mecanógrafa, no dos, y ya ha llegado, se llama Mae Wallis. Lo que queríamos saber es si estará disponible toda la semana próxima… Sí, le agradeceré mucho consulte con Miss Mosher, tan pronto como ésta regrese.

Colgó y se volvió a Mason diciendo:

—Miss Mosher ha salido y su secretaria no sabe nada. Solamente ha encontrado sobre su mesa una nota con los nombres de las tres candidatas. La primera está acostada, enferma, la segunda hace una suplencia y se disponía a telefonear a la tercera, cuando me ha contestado.

—¡Bravo! —exclamó Mason—. Por lo que sé de ella, Miss

Mosher habría tenido que destruir esa nota, después de habernos enviado a esa Miss Wallis.

—Miss Mosher regresará dentro de una hora y su secretaria le dirá que nos llame —avisó Della.

El abogado empezó a dictar su correspondencia, y no paró hasta las tres y media, hora en que tuvo que recibir la visita de un cliente.

A las cuatro y media, Della entró nuevamente en el despacho de Mason.

—Es fantástica, Perry —indicó, señalando con la cabeza la oficina exterior—. Me figuro que acabará casi en seguí…

El timbre del teléfono le interrumpió. Della descolgó.

—Dígame… ¡Ah!, ¿es usted, Miss Mosher…? Sí, le he telefoneado sobre la nueva mecanógrafa que usted nos ha enviado… ¿Perdón…? ¿Que usted no nos la ha enviado…? Claro que sí, le estoy hablando de Miss Wallis, Mae Wallis… Ha explicado que venía de parte de usted… Bueno, al menos eso es lo que he entendido… Oh, estoy desolada, Miss Mosher; se trata, sin duda, de alguna confusión, pero, de todos modos, es una muchacha muy capaz… Sí, ya ha acabado casi el trabajo… Ya lo creo que le hablaré… De acuerdo, volveré a llamarla en seguida… Sin embargo, ha dicho que venía de su parte, de su agencia… O. K., hasta luego.

—Si he entendido bien —comentó Mason—, nos hallamos ante un misterio.

—Exacto, Perry. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Trataremos de descubrir de dónde ha salido esa mecanógrafa tan maravillosa. ¿Estás *segura* de que ha sido enviada por Miss Mosher?

—Al menos, esto es lo que nos ha contado Gertie.

—¿Y tú te fías de lo que cuenta Gertie?

Della asintió.

—Y, además —prosiguió el abogado— creo que no has hablado personalmente con esa Miss Wallis.

Della negó con la cabeza.

—Entonces, permíteme que llame tu atención sobre algo que demuestra que la mente humana está propensa al error. Tú creías verdaderamente que Miss Wallis había sido enviada por Miss Mosher, pero si recuerdas exactamente lo que ha contado Gertie, recordarás que las palabras «Miss Mosher» no han sido

pronunciadas en absoluto en la conversación que ellas dos han sostenido. Gertie le dijo, solamente: «¡Usted es sin duda la nueva mecanógrafa!», y al ver que la otra hacía un gesto con la cabeza (fíjate que no te digo que asintiera), Gertie ha presumido que lo era.

—Es cierto —reconoció Della—. Y, sin embargo, he tenido la clara impresión de que…

—Exacto —confirmó el abogado—. Yo también. Solamente mis largos años de práctica judicial me han hecho pensar que, al fin y al cabo, era posible que esta joven no viniera de parte de Miss Mosher.

—Y en ese caso, ¿de dónde viene? —quiso saber Della.

—Sólo tenemos que preguntárselo. Y no dejemos que se nos escape, querida. Es una muchacha estupenda y nos permitirá ponernos al corriente de nuestro trabajo.

Della asintió con un ademán y entró en la vecina habitación, de la que regresó casi al instante, diciendo que Miss Wallis se había ausentado «por algunos minutos».

—Le he pedido a Gertie que nos la envíe aquí, cuando regrese —añadió.

—¿Y el dosier?

—Está casi listo. Lo ha dejado sobre su mesa. Ni siquiera ha separado las últimas páginas de papel carbón de las copias. Le he echado un vistazo y me parece increíble. ¡Ni una sola falta!

El abogado proyectó hacia atrás su sillón y dijo:

—Debe de tratarse de una de estas personas ultranerviosas que consumen todas sus energías en hacer un trabajo impecable y luego sienten la necesidad de reanimarse. Me apuesto algo a que está en el lavabo, liando un cigarrillo y, tal vez, bebiendo un traguito. Ya sabes que el número de alcohólicos ha aumentado enormemente desde hace unos años, Della.

—Tal vez sea adicta a la marihuana —sugirió Della.

—Opino —aconsejó el abogado— que sería recomendable que hicieras un ligero recorrido por el lavabo, para descubrir cuál es el vicio preferido de Miss Wallis. Después de todo, si, como espero, la tenemos aquí una o dos semanas, tendré que confiarle algunos secretos que no desearía conociese una persona que se drogue o que beba. Trata de averiguar lo que le ocurre interiormente. Casi no has tenido tiempo de hablarle, ¿verdad, Della?

—Solamente le he preguntado cómo se escribía su nombre de

pila, y me ha contestado M-A-E.

La joven abandonó el despacho, dejando solo a Perry. Regresó poco después, con aire de sorpresa.

—No está, Perry —anunció.

—Pero, entonces, ¿dónde se ha metido? ¿No le ha dicho a Gertie adónde iba?

—No. Se ha levantado y se ha marchado. Gertie, evidentemente, ha creído que se dirigía a los lavabos del corredor.

—Sin embargo —objetó Mason—, creo recordar que aquéllos suelen estar cerrados con llave. Por lo tanto, habría tenido que pedirle una a Gertie. ¿Ha dejado su abrigo y su sombrero?

—Creo que no llevaba nada de eso. Además, tampoco hay la menor sombra de su bolso.

—Muy bien —comentó Mason—. Trae lo que ha copiado.

Della se alejó y regresó en seguida, trayendo los papeles pedidos.

—Toma —dijo—. Sólo le faltaban una o dos páginas.

Mason examinó las hojas, frunciendo las cejas.

—Estoy verdaderamente intrigado —declaró—. ¿Qué piensas que ha ocurrido, Della?

—No lo sé, Perry. Pero sospecho que todavía está en el edificio.

—¿Por qué lo crees así?

—Si te parece, llámalo intuición. Además, estoy segura de que volverá para cobrar. Ha trabajado, afanosamente, gran parte de la tarde y…

—Habría podido concluir su trabajo. No le faltaban más que unos diez minutos.

—Así, pues, según tú, ¿se ha marchado por las buenas?

—Ésa es mi impresión.

—Quizás ha ido al vestíbulo, a comprar cigarrillos.

—En tal caso, habría vuelto ya hace rato.

—¿Así no crees que reclame el dinero que le debemos?

Mason se encogió de hombros y se puso a clasificar las páginas. Apenas acababa de empezar, cuando en la puerta del corredor, se oyeron unos golpes, dados de acuerdo con una señal especial.

—Debe de ser Paul Drake —declaró Mason—. Me pregunto por qué vendrá. Ábrele, Della.

Ésta obedeció. Paul Drake, jefe de la agenda de detectives Drake,

cuyas oficinas estaban en el mismo piso y que, regularmente, trabajaba por cuenta de Mason, entró, con una amplia sonrisa en sus labios.

—¡Hola, amigos! —saludó al entrar—. ¿Qué estáis haciendo con todas estas idas y venidas?

—¿Qué idas y venidas? —preguntó el abogado.

—El edificio está lleno de policías y vosotros dos estáis trabajando como si tal cosa.

—¿Policías?

Mason le indicó un sillón.

—Siéntate, Paul, coge un cigarrillo y cuéntanoslo todo. ¿Por qué ha invadido el inmueble la Policía?

—Buscan a una mujer. Incluso han registrado algunos despachos. ¿No ha venido nadie aquí?

El abogado hizo una seña a Della para que estuviera alerta.

—Que yo sepa, no —contestó—. Della, ¿se ha marchado ya Gertie?

La joven abrió la puerta de la oficina exterior.

—Ahora se está preparando.

—Ruégale que venga un momento.

Gertie entró, rápidamente.

—¿Qué desea, Mr. Mason?

—¿Han venido algunos agentes de Policía al despacho, esta tarde?

—Sí —informó prestamente la telefonista—. Al parecer, se ha cometido un robo al otro extremo del pasillo.

—¿Y qué han preguntado?

—Si habíamos observado algo sospechoso o habíamos visto alguna persona desconocida. También han querido saber si había alguien con usted, en el despacho.

—¿Qué les ha contestado?

—Que no sabía nada, que usted se hallaba en su despacho dictándole la correspondencia a su secretaria y que, como desconocido, no había visto más que a la mecanógrafa suplente que nos había enviado nuestra agencia.

—¿Qué han contestado los policías?

—Nada, Mr. Mason. Se han retirado acto seguido. ¿Por qué?

—Por nada. Mr. Drake me ha hablado de este robo y quería

saber si había oído alguna cosa. Esto es todo. Gracias, Gertie. Buenas tardes y deseo que se divierta.

—¿Cómo ha adivinado usted que salía esta noche? —preguntó extrañada Gertie, levantando las cejas.

—Se ve en su mirada.

—¿Lo veis? No me engañaba —comentó Drake, cuando Gertie hubo salido—. Si hubieses recibido un cliente o, mejor una cliente, la Policía habría, con seguridad, insistido a fin de establecer su identidad.

—Pero, en fin, ¿qué ha pasado concretamente? —pretendió informarse el abogado.

—Bien, una secretaria que se dirigía a la sala de descanso, ha observado que una mujer, que le daba la espalda, intentaba abrir la puerta de una oficina, probando primero una llave y después otra. Al cuarto o quinto intento, ha logrado abrir. La secretaria, como es lógico, se ha quedado muy intrigada con tantas maniobras.

—¿Y dónde quería introducirse la mujer, Paul?

—En la «S. S. A. P. P.», o dicho de otra manera, la Sociedad Sudafricana de Piedras Preciosas, que se ocupa de la importación y venta de diamantes.

—Continúa Paul.

—La secretaria se ha apresurado a telefonear al conserje del edificio, y luego se ha apostado cerca del ascensor para seguir a la intrusa cuando saliese de la «S. S. A. P. P.».

—¡Caramba! —exclamó Mason—. Es valerosa la muchacha. Si la otra hubiese sido una criminal, no habría vacilado en acudir a los grandes remedios.

—Tal vez, pero la secretaria en cuestión debe de ser una chica valiente.

—¿Habría podido reconocer a la asaltante?

—No muy bien, pues sólo la vio de espaldas. Pero, como es mujer, seguramente reparó en las ropas que vestía, el color de sus medias y zapatos y, probablemente, cómo iba peinada.

—Ya veo —comentó Mason, mirando otra vez a Della—. Seguro que las señas de la mujer habrán sido dadas a conocer a la Policía.

—Naturalmente.

—Y, a pesar de eso, ¿no se la ha podido encontrar?

—No, pero la búsqueda aún prosigue. Inmediatamente después

de haber llegado los agentes, el conserje les ha entregado una llave duplicada de la «S. S. A. P. P.». Han entrado y se han encontrado como si en el local hubiera pasado un verdadero ciclón. La ladrona lo había dejado todo revuelto. Los cajones habían sido sacados de su sitio y su contenido esparcido por el suelo, montañas de papeles llenaban el parquet y una silla estaba volcada. ¡Incluso se veía, en el suelo, una máquina de escribir!

—¿Y ni la menor señal de la intrusa?

—Nada. Los jefes responsables de la «S. S. A. P. P.» que se llaman Jefferson e Irving, llegaron casi al mismo tiempo que la Policía, pues volvían de almorzar. No sabían nada de nada y se quedaron estupefactos al comprobar el poco tiempo que había necesitado la misteriosa mujer para convertir la oficina en un verdadero caos.

—La desconocida en cuestión —sugirió Mason— ha debido bajar por la escalera hasta el piso inferior, donde habrá cogido el ascensor.

Drake alzó la cabeza.

—No lo creo —repuso—, ya que un momento después de haber sido avisado por la secretaria el conserje se ha puesto en acción. Ha tenido la misma idea que tú y ha enviado a su hija a la planta baja, para vigilar todos los que iban bajando. Después, cuando ha llegado la Policía, mientras ésta subía, ellos han continuado abajo, por si acaso. Ha sido tras haber visto lo ocurrido en las «S. S. A. P. P.», cuando los policías han empezado a visitar los demás despachos.

—¿Incluso las salas de reposo para mujeres?

—Claro que sí. Han hecho venir a agentes femeninas, que han practicado un minucioso registro.

—Decididamente —sonrió Mason—, el crimen llama a nuestra puerta. De todos modos, esta gran movilización policíaca me parece desproporcionada, teniendo en cuenta la pequeña importancia del asalto. Después de todo, me pregunto si se ha robado alguna cosa.

—Pues… —empezó a decir Paul, visiblemente turbado.

—¿Qué sucede, Paul?

—En principio, Perry, no tengo la costumbre de hablar de los asuntos de mis clientes, pero contigo es distinto. Eres un verdadero amigo. Supongo que ya sabes que trabajo para la Sociedad propietaria de este edificio. Por ello, he sabido que la «S. S. A. P. P.»

espera, desde hace días, diamantes por valor de medio millón de dólares.

—¡Caracoles! —exclamó el abogado.

—Sí. Debían llegar por paquete certificado y asegurado.

—Lo que me parece muy extraño —dijo Mason, lentamente—, es que los directores de las «S. S. A. P. P.» no estuvieran al corriente de nada. Si el conserje estaba abajo, delante de los ascensores, ¿cómo es posible que no les haya advertido de la tentativa de robo ni de la presencia de la Policía en sus despachos?

Drake tragó un poco de saliva, luego se quedó muy tieso y empezó a golpearse la cabeza.

—¿Qué es lo que te pasa ahora, Paul? —preguntó Mason.

—¡Soy un pobre burriciego! —gritó Drake—. ¡No vale la pena estar ejerciendo mi profesión durante tantos años!

Se precipitó sobre el teléfono y pidió comunicación con el conserje.

—Paul Drake al habla —anunció—. Me ha venido una idea. Después de la llegada de la Policía, Irving y Jefferson han regresado, mientras aquéllos registraban el piso…

Escuchó las explicaciones del otro y prosiguió:

—Y, sin embargo, usted estaba abajo y ha debido verles llegar.

Estuvo atento un poco más.

—¿Me llamará usted? O. K. Estoy en la oficina de Perry Mason. Apresúrese, porque la centralilla termina su servicio dentro de poco.

Colgó y fue a sentarse en su sillón.

—Perdóname, Perry, por haber dicho que la idea era mía —dijo, mientras guiñaba un ojo—, pero ya te harás cargo, he de justificar mis honorarios. Si la Sociedad Inmobiliaria se da cuenta de que está pagando a un idiota tan solemne como yo… En conclusión, desde que me lo has hecho notar, la cosa me parece de una evidencia irrefutable. Lo que pasa es que, ayudando a la Policía en el registro del piso, no he pensado en ninguna otra cosa.

—Es posible que la explicación sea muy sencilla —respondió Mason—. También el conserje debía hallarse bastante emocionado. A lo mejor no ha visto entrar a Irving y Jefferson.

—¡Ya lo creo que estaba emocionado! ¿Le conoces?

—No. Te refieres al nuevo, ¿verdad? Solamente he hablado con él por teléfono. Pero Della lo habrá visto.

—Un tipo eficiente, pero nervioso como él solo.

Sonó el teléfono.

—Seguramente será para ti, Paul —indicó Della, que desde la salida de Gertie no había vuelto a decir nada.

Drake cogió el receptor.

—Paul Drake al habla —anunció—. ¿Puede usted hablar ahora…? Sí, pensé que valía la pena hacer una comprobación… No es que tenga mucha importancia, pero nunca se sabe… Ah, bien, ya veo… O. K. entendido, ya veré lo que puedo hacer de mi parte.

Colgó de nuevo, se pasó la mano por el cabello y luego sonrió.

—La explicación —declaró— es muy sencilla. El conserje y la secretaria miraban a los que *salían* del ascensor, pero no a los que *entraban*. Además, había mucha gente por ser la hora del almuerzo, y Jefferson e Irving han pasado desapercibidos. El conserje acaba de hablar por teléfono con Jefferson y éste declara que les vio, a él y a la secretaria. Jefferson estuvo a punto de pararse para comentar algo sobre la instalación del clima artificial, pero, al ver tanta gente por allí, pensó que ya hablarían en otro momento.

—Sí, eso lo explica todo —concluyó Mason—. ¿Qué sabes acerca de Jefferson e Irving?

—Poca cosa, excepto que son los representantes de la «S. S. A. P. P.». La Central de la Sociedad está en Johannesburgo, y también poseen una sucursal en París. Principalmente se ocupan de diamantes, como mayoristas. Hace poco tiempo que funcionan las oficinas locales. Fue la Sociedad de París la que escribió a la Inmobiliaria para poder alquilar un departamento. El trato ha sido hecho por correspondencia. La sucursal parisiense de la «S. S. A. P. P.» firmó el contrato y pagó seis meses de alquiler por adelantado. Duane Jefferson llegó aquí directamente desde África del Sur. Él es el verdadero director. Irving, Walter de nombre de pila, es su ayudante. Procede de la sucursal de París.

—Pero, ésta de aquí, ¿ha empezado ya a funcionar?

—Creo que no. Acaban de instalarse. Todavía esperan una caja fuerte. De momento, el local está solamente amueblado y la sociedad ha insertado anuncios solicitando personal.

—Cuando Jefferson e Irving llegaron a Los Ángeles, ¿llevaban diamantes consigo?

—Por desgracia para los detectives privados, hoy día las cosas

no ocurren así. Si no, ya habrían recurrido a un colega o a mí, para asegurarse una protección. En la actualidad, los diamantes se envían por correo, en paquetes postales certificados y asegurados, como si se tratara de vulgares retales de ropa. Los gastos del seguro, poco elevados, pueden ser incluidos, de ese modo, en los gastos generales. A menudo, el cartero ignora que lleva una verdadera fortuna.

—Pero, entonces —exclamó Mason, con aire soñador—, ¿qué buscaba esta ladrona en el despacho? ¿Estás seguro de que no había diamantes dentro de las oficinas?

—¡Te lo aseguro! No quieren tener ninguno, hasta que llegue la caja de caudales y sea instalado un timbre de alarma.

Se levantó de su asiento.

—He aquí por qué esta tentativa de robo preocupa tanto a la Policía. Adiós, Perry. Hasta la vista, Della. Voy a ocuparme un poco de este misterioso enredo.

Capítulo 3

Apenas Paul Drake hubo salido, Perry Mason se volvió hacia su secretaria.

—Bueno, Della, ¿qué opinas de todo esto?

—Perry, creo que a veces no prestamos la debida atención a lo que dice Gertie, porque, casi siempre, le da a las cosas un sentido demasiado dramático. Sin embargo, me doy cuenta que hoy no se equivocaba cuando ha dicho que nuestra mecanógrafa estaba *verdaderamente* asustada.

—Ha debido de refugiarse aquí al darse cuenta de que la huida por la escalera o el ascensor estaba condenada al fracaso. Era preciso que penetrase en algún despacho, fuese el que fuese. Al ver sobre la puerta el nombre de un abogado, se ha visto salvada. Cuando Gertie le ha dirigido la palabra, debía de estar a punto de inventar algo para justificar una entrevista conmigo. Felizmente para ella, Gertie se ha encargado de simplificarle las cosas.

Della Street asintió en silencio.

—¿Y si investigásemos un poco? —propuso Mason—. Hace mucho tiempo que no hemos jugado a detectives.

—¿Qué tengo que hacer, Perry?

—Examina a fondo la mesa en que estaba instalada. Mira todos los cajones, debajo del carro de la máquina de escribir. Echa también un vistazo a los lavabos…

—Pero, Perry, la Policía ya los ha registrado.

—Nunca se sabe. Nuestra «mecanógrafa» puede haberse desembarazado, aquí o allí, de algún objeto comprometedor. Si lo ha hecho así, es fácil que volvamos a verla. En cuanto a mí, voy abajo a comprar unos cigarrillos.

Mason descendió a la planta baja y se dirigió hacia el mostrador donde vendían tabaco. La vendedora lo acogió cortésmente pero

con cierta reserva.

—Buenas tardes, señor —le dijo.

—Desearía unos pequeños informes.

—Aquí vendemos cigarros, cigarrillos, chicle, confitería, periódicos y revistas ilustradas.

Mason se echó a reír.

—No me juzgue mal por mis palabras —se apresuró a decir—. No deseo, de ningún modo, preguntarle si tiene la noche libre.

—Espero que así sea —repuso la joven.

—Soy uno de los inquilinos del edificio —continuó el abogado —. Hace ya mucho tiempo que tengo instaladas aquí mis oficinas. En cuanto a usted, si no me equivoco, hace poco tiempo que tiene este stand.

—Sí, se lo arrendé a Mr. Carson. Ahora le conozco. Usted es Perry Mason, el célebre abogado. Le pido mil perdones, pero temía… Bueno, ya conoce a los hombres. Por el hecho de adquirir un paquete de cigarrillos se creen con derecho a hacer las proposiciones más increíbles.

—La culpa es mía, ya que habría debido empezar por presentarme —confesó Mason.

—¿En qué puedo servirle, Mr. Mason?

—Probablemente en nada —contestó el abogado—. Desearía unos pequeños informes; pero, si es nueva temo que no conozca bastante a las personas sobre quienes quiero ser informado.

—Tiene usted razón. Además, no tengo mucha memoria para los nombres ni para las caras, lo que es muy enojoso para un negocio como el mío.

—Lástima, pues las personas de quienes quería hablarle también son nuevos inquilinos. Uno de ellos se llama Jefferson y el otro Irving.

—¡Ah! ¿Se refiere usted a los directores de la sociedad de importación de piedras preciosas?

—Los mismos. ¿Los conoce usted?

—Un poco, desde hoy. Por lo visto, usted está al corriente de lo que ha sucedido. Han asaltado sus oficinas y…

—¿Ha sido a raíz de este hecho que les ha conocido usted?

—Sí, ha sido Mr. Jefferson quien ha venido a comprarme un paquete de cigarrillos y me ha hablado un poco del intento de robo.

—Pero, ¿usted no le conocía antes? ¿Ni a Mr. Irving?

—No… Estoy desolada, Mr. Mason. ¿Se interesa usted por ese asunto?

—Indirectamente —repuso sonriendo el abogado.

—¡Caramba, parece algo misterioso! ¿Qué entiende usted por «indirectamente»?

—Nada, o, por lo menos, tan poco, que será mejor no hablar de ello.

—En todo caso, no olvide que estoy en un lugar muy estratégico, y que si puedo ayudarle de alguna manera… No en seguida, como es lógico, ya que todavía no conozco casi a ningún inquilino, pero más adelante, cuando esté más familiarizada con ellos, estaré a su entera disposición.

—Gracias.

—¿Desea que haga hablar a Mr. Jefferson? Es una persona muy simpática y hemos charlado bastante rato, mientras le atendía. No es que le haya animado, pero, bueno…, tengo la impresión de que…

Mason sonrió.

—Por lo que comprendo, está solitario y se siente atraído por usted.

—Bueno… —murmuró ella, enrojeciendo.

—Y si usted lo anima un poco…

—¿Quiere que lo haga?

—¿Estaría dispuesta a hacerlo?

—Para hacerle un favor a usted, sí.

El abogado le entregó un billete de veinte dólares.

—Trate de averiguar dónde estaba el conserje del local cuando han regresado de almorzar Jefferson e Irving.

—Gracias, Mr. Mason. Tengo reparos en aceptar su dinero pues sé la respuesta a esta pregunta.

—¿Cómo?

—Llegaron mientras el conserje y una joven montaban la guardia delante de los ascensores. Uno de ellos, creo que ha sido Mr. Jefferson, ha hecho un gesto como si fuese a hablar con el conserje, pero por lo visto ha cambiado de idea al ver que éste parecía ocupado. En aquel momento no les he prestado mucha atención y no ha sido hasta más tarde que me he enterado de que aquellos señores eran Mr. Jefferson y Mr. Irving. ¿Le basta este

informe?

—Del todo. Y muchas gracias, señorita.

—Soy yo quien debe darle las gracias, Mr. Mason. Si alguna vez puedo serle útil en algo, cuente conmigo. Y tenga en cuenta que no le costará veinte dólares cada vez.

—Es muy gentil, pero tengo por costumbre recompensar a quienes me ayudan.

—En efecto, tiene usted reputación de hombre generoso.

Se saludaron y Mason volvió a subir a su piso. Apenas había entrado en su despacho, cuando Della se precipitó a su encuentro.

—Perry —exclamó— me parece que estamos metidos en el jaleo hasta el cuello.

—¿Metidos en qué jaleo? —preguntó el abogado, arqueando las cejas.

—En el de la tentativa de robo. Pero, antes, contempla esto.

De su bolsillo sacó una cajita.

—¿Qué es eso? —pidió Mason—. ¿Qué hay en esa caja?

—Un enorme pedazo de chicle masticado.

—¿Eh? ¿De dónde lo has sacado?

—Estaba pegado debajo de la mesa donde he colocado a Mae Wallis.

—Enséñamelo, Della.

La joven destapó la caja.

—Está tal como lo he encontrado —aclaró.

—¿Cómo lo has despegado?

—Con la ayuda de una hoja de afeitar. He pensado que tal vez tuviese algunas impresiones digitales.

—Tienes alma de detective, Della. ¿Has hallado huellas digitales?

—Sí, dos; y magníficas.

—Hum… —murmuró Mason—. ¿Crees que debemos ir en busca de la Policía con nuestro hallazgo?

—Claro, Perry.

—Pero como nosotros no andamos en muy buenas relaciones con los señores de la Policía, tal vez hubiera sido preferible que hubieses destruido esas huellas al despegar el pedazo de chicle.

—Espera —rogó Della—. Todavía no lo has visto todo. Observa la enorme cantidad de goma de mascar. Ninguna persona sensata se

metería tanta en la boca de una vez.

—¿Crees, entonces, que nuestra previsora secretaria ha ido añadiendo trozos, uno al lado del otro?

—No, opino que lo ha hecho adrede. Lo he adivinado sólo con ver el pedazo de goma. Toma, mira esto.

Volvió la caja abajo, sobre el hueco de su mano, y Mason vio con sorpresa, dos pedacitos de cristal que relucían sobre su palma.

—¡Dios mío, Della! —exclamó—. ¡Si son diamantes!

—Ésa es mi opinión, Perry.

—Lo cual transforma por completo la situación y le da a este pedazo de chicle una importancia excepcional como pieza de convicción. No hay que volver a tocarlo.

—Ésta es la razón por la que te lo he querido enseñar tal como lo he hallado.

Mason cogió el pedazo de goma de mascar y lo examinó con suma atención.

—Estas dos huellas son de una enorme claridad —comentó—. También se ve la de un tercer dedo, pero está medio borrada. En cuanto a las otras dos, se diría que son las del pulgar y el índice. ¿A qué lado de la mesa estaba colocado el chicle?

—Al lado derecho, Perry.

—Así, son el pulgar y el índice de la mano derecha.

—Una vez aclarado esto —preguntó Della—, ¿qué hacemos ahora? ¿Avisamos a la Policía?

Mason dudó unos momentos.

—En principio, me gustaría saber algo más sobre este asunto —repuso—. ¿No has hallado nada más? ¿En los lavabos?

—Creo que me he convertido en una verdadera trapera, Perry. He revuelto en la papelera donde se echan las servilletas de papel usadas y he descubierto un paquetito de cartas de amor. La persona que se ha desembarazado de las mismas, no se ha tomado ni la molestia de romperlas. Tómalas —agregó, indicando un montón de cartas que estaban encima de la mesa de escribir—. ¡Si me hubieses visto! Tenía miedo de que llegase alguien y me viese buscando entre los desperdicios…

Mason cogió el paquete y lo examinó con aire preocupado.

—¿Qué piensas? —preguntó Della.

—Pienso —contestó el abogado lentamente— que, o tienes

razón y la persona que las tiró estaba demasiado preocupada para romperlas o lo ha hecho expresamente para que fuesen descubiertas. Y cuanto más lo medito, más convencido estoy que ésta es la hipótesis buena, ya que ninguna mujer tiraría sus cartas de amor sin haberlas destruido previamente.

—¿Y si se tratase de un hombre? —objetó Della—. Después de todo, las cartas van dirigidas a un hombre.

—Pero tú las has hallado dentro del lavabo de señoras.

—Sííí́í.

Mason cogió una de las cartas.

—¡Demonio! —exclamó luego—. Escucha esto, Della.

> *«Querido príncipe encantador:*
>
> *»Cuando me visitaste la otra noche, tenía muchas cosas que decirte, pero no me atreví, y después de tu partida ya era demasiado tarde. Tu brillante armadura y tu casco te daban un aspecto tan noble, tan virtuoso, que me sentí una criatura sórdida, de un mundo distinto al tuyo. Tal vez tú lo ignoras, querido príncipe encantador, pero tenías un aspecto tan formidable, con la visera de tu celada levantada, mientras que tu caballo, con la cabeza baja, descansaba de las fatigas de la misión que te habías impuesto para acudir en socorro de una dama en apuros…».*

—¡Un cuento de locos! —comentó Mason.

—Mira la firma, Perry.

El abogado volvió la página y leyó, en voz alta:

—«Tu fiel y devota Mae».

—Observa la ortografía del nombre —señaló Della—, M-A-E. Como la nuestra, mientras que habitualmente se escribe M-A-Y.

—No falta más que un pequeño asesinato, para que la historia sea más interesante.

—En resumen, Perry, ¿no tienes intención de decirle alguna cosa a la Policía sobre Mae?

—No me lo puedo permitir, Della, ya que con la pésima reputación que tengo entre esos señores, seguramente se negarían a creerme. Y, con toda sinceridad, no se lo puedo reprochar. Me acusarían, como siempre, de querer embrollar las pistas y tal vez

estarían a punto de procesarme por complicidad. Como no deseo hacerles caer en la tentación, lo más prudente es…

—… callarnos, ¿no es así? —terminó Della.

—Exactamente. Cuando veamos las cosas con mayor claridad, obraremos en consecuencia.

Capítulo 4

Tres días después, al abrir la puerta de su despacho, Mason se encontró a Della Street sumamente emocionada, aunque se esforzaba en no aparentarlo.

—Perry —exclamó la joven—, no puedes imaginar con qué ansiedad te estaba esperando.

Bajó la voz antes de proseguir.

—Ya no falta nada, ni siquiera el «pequeño asesinato».

—¿Qué quieres decir, Della?

—¿Recuerdas lo que dijiste a propósito del caso de aquellos diamantes? ¿Que sólo faltaba un «pequeño asesinato»?

—¿Y bien? —preguntó el abogado, mientras se sentaba en su sillón y examinaba el correo del día.

—No sé exactamente de qué se trata, pero Duane Jefferson, director de la «S. S. A. P. P.», ha sido arrestado bajo la acusación de asesinato, y su socio, Walter Irving, está en la sala de espera, deseando hablar contigo. Además, hemos recibido un telegrama de Johannesburgo anunciando que la dirección de la «S. S. A. P. P.» ha cursado instrucciones a su representante, para que te entregue la cantidad de dos mil dólares, con el fin de que te encargues de la defensa de Jefferson.

—¿Conoces, al menos el nombre de la víctima?

—No, ya te he dicho todo lo que sé. Irving ha venido ya tres veces. Ahora te está aguardando, ya que desea verte lo antes posible.

—Hazle pasar, Della. Tal vez, por fin, podremos saber algo concreto de este endemoniado asunto. ¿Dónde está la cajita con el chirlé?

—En la caja, Perry.

—¿Y la mesa en la que instalaste a Mae Wallis?

—La hice trasladar a la biblioteca.

—Hum… ¿Te gusta el chicle a ti, Della?

—Bastante; ¿por qué?

—Entonces, mastica dos o tres pastillas, y luego úsalas para pegar el que tenemos guardado, en el mismo lugar en que lo encontraste.

—Pero existirá una diferencia, Perry. El otro chicle está ya seco, mientras que el mío estará fresco y…

—Ya habrá tiempo para que se seque, si lo dejamos el tiempo suficiente, Della.

—¿Cuánto tiempo esperas dejarlo?

—Esto es cuestión de suerte —contestó el abogado—. Hazlo en seguida, Della. Mientras tanto, envíame a Walter Irving. Veamos lo que ese pájaro tiene que contarme.

La joven asintió con un gesto y salió a la oficina exterior. Volvió poco después, acompañada de un hombre de cuarenta y cinco años, de aspecto robusto y elegantemente vestido.

—Encantado, Mr. Mason —dijo, mientras estrechaba la mano que éste le tendía—. Le conocía ya de vista y por su reputación, pero nunca pensé que tuviera que recurrir a sus servicios.

—La vida ofrece a menudo tales sorpresas —observó Mason—. Tome asiento, por favor, y dígame qué puedo hacer por usted.

—Sin duda habrá recibido un cable de mi Sociedad de Johannesburgo…

—En efecto.

—La dirección me ha autorizado a entregarle un depósito de dos mil dólares para la defensa de mi amigo Duane Jefferson.

—Ese cable —confesó Mason— es un verdadero enigma para mí. ¿De qué se trata?

—Se lo explicaré dentro de un instante, pero antes deseo aclarar otro punto, que es, a mi modo de ver, más importante.

—Le escucho.

—Es sobre sus honorarios.

—¿Qué quiere usted decir?

Irving se humedeció los labios.

—Cada país tiene sus costumbres —indicó a continuación—. Las costumbres de aquí son muy distintas de las de África del Sur.

—¿Qué quiere usted decir con eso, Mr. Irving?

—Bien —declaró al fin— voy a ir derecho al grano. Me enviaron aquí para representar a la «S. S. A. P. P.». Se trata de una importante y conocida entidad. La dirección me ha dado instrucciones para entregarle, a cuenta, dos mil dólares, dejando a su discreción el total de la cantidad restante. Yo soy completamente contrario a tal procedimiento. A este lado del océano, los abogados tienen fama de ser muy liberales en los honorarios. Perdóneme si le estoy molestando, pero creo que se impone una explicación franca y leal. Mi Sociedad se imagina que trata con un abogado de toga y peluca, ya que no tiene la costumbre de tratar con abogados criminalistas americanos.

—¿Y usted? —preguntó Mason, cortésmente.

—Tampoco, pero lo que deseo es, precisamente, llegar a tener, cuanto antes, la experiencia necesaria. No tengo ningunas ganas de ser considerado un avaro, pero ante todo están los intereses de la Sociedad. ¿Cuánto nos costará este asunto?

—¿Quiere decir, en conjunto?

—Sí.

—Cuénteme a grandes rasgos de lo que se trata, y entonces podré decidir.

—Es un verdadero melodrama. La Policía procedió a un registro en nuestras oficinas. Ignoro las razones que tuvo para ello, pero lo cierto es que han encontrado diamantes, los cuales han sido colocados a espaldas mías y de Jefferson. ¿Cómo podríamos tener diamantes, sin estar terminada la instalación? Por lo que se ve, en esta ciudad hay personas a quienes la presencia de la «S. S. A. P. P.» no les causa demasiado placer.

—¿Cuál es el valor de los diamantes descubiertos?

—Alrededor de los cien mil dólares, a precio de detalle.

—¿Y qué tiene que ver un asesinato con todo esto?

—Lo ignoro.

—¿No conoce siquiera el nombre de la víctima?

—Se trata de un contrabandista llamado Baxter.

—Los diamantes hallados en su interior de sus oficinas, ¿le pertenecían?

—¿Cómo puedo saberlo? —exclamó Irving.

—Y yo, ¿cómo voy a poderlo averiguar? —objetó Mason, sin elevar el tono de su voz.

Irving sonrió.

—Excúseme, caballero, pero esta mañana estoy sumamente irritable.

—Y yo empiezo a estarlo. ¿Qué le parece si empezáramos a hablar de las cosas más serias?

—Todo lo que puedo decirle es que se trata de un golpe planeado. Jefferson no ha matado jamás a nadie. Hace ya muchos años que le conozco. Se trata de un hombre muy honrado que goza de una excelente reputación. De no ser así, no estaría al servicio de la «S. S. A. P. P.». Mr. Mason, ¿puedo hacerle una pregunta? Si fuese la Sociedad quien le pagase para defender a Jefferson, ¿a quién consideraría usted como cliente: a la Sociedad o a mi amigo?

—A Jefferson.

—Supongamos que éste le incita a obrar de un modo que no defienda los intereses de la Sociedad ¿qué haría usted en tal caso? ¿Seguiría sus consejos o bien obraría a pesar suyo?

—No capto muy bien el sentido de su pregunta.

—Duane intenta proteger a una mujer y se ha dejado apresar antes que comprometerla. Cree que es una criatura excepcional. En cambio, yo opino que no es más que una vulgar aventurera que intenta perderle.

—¿Quién es esa mujer?

—También yo quisiera conocer su identidad. Si la conociese, ya habría contratado a unos detectives para que la espiaran y poder descubrir sus maquinaciones. Ignoro quién es, pero sé que existe. Y también sé que Duane no se detendrá ante nada, en su afán de protegerla.

—Hábleme del asesinato.

—Asesinato y contrabando van ligados. Jefferson vendió a Munroe Baxter cierta cantidad de diamantes. El negocio se hizo por mediación de la central de Sudáfrica. Baxter, a continuación, rogó a Duane que hiciera tallar las piedras y fuesen entregadas a nuestra sucursal de París. Habitualmente, solemos tomar informes sobre cada uno de nuestros clientes, pero Baxter se las arregló de manera que cada una de las dos oficinas creyese que la otra ya había tomado los informes.

—¿Y cómo descubrieron la historia del contrabando?

—La cómplice de Baxter ha acabado por confesar.

—¿Quién es?

—Una tal Yvonne Manco.

—Oigamos la continuación, Mr. Irving.

—¿No ha leído usted en los periódicos la historia de un hombre que, durante un crucero, se suicidó saltando por la borda del buque?

—Sí —respondió el abogado—. ¿No se llamaba Munroe Baxter aquel hombre?

—El mismo.

—Por esto hace un momento, cuando usted mencionó su nombre, me pareció vagamente familiar. Pero, si se suicidó, ¿cómo pueden culpar de su muerte a Jefferson?

—Lo sabrá dentro de un momento, Mr. Mason. Voy a explicarle el asunto a grandes rasgos. Yvonne Manco es una mujer espléndida. Tomó pasaje en un barco, que iba a realizar un crucero de placer alrededor del mundo. Pronto se convirtió en la atracción del buque. Cuando éste ancló en Nápoles, Yvonne Manco encontró a Baxter, en el momento en que descendía por la pasarela. Baxter, aunque ciudadano americano, tenía un tipo latino muy pronunciado. Son pequeños detalles que creo necesario que conozca, para la mejor comprensión del caso.

—Prosiga.

—A bordo corrió el rumor de que ya hacía tiempo que Baxter e Yvonne estaban locamente enamorados, pero que se habían separado a causa de un trágico malentendido. Sea quien sea el que planeara esto, merecería ser contratado en Hollywood.

—Aquel amor era una ficción, ¿verdad?

—Lo habían inventado por necesidad de la aventura, Mr. Mason.

—¿Qué más ocurrió?

—Es comprensible que los pasajeros quedaran vivamente intrigados. Habían visto a Baxter atravesar la multitud para correr a precipitarse en brazos de su amada, habían visto asimismo, cómo ésta se desvanecía, vencida por la emoción. Acogieron la historia de amor con lágrimas en los ojos. Baxter e Yvonne se convirtieron en el punto de mira de todo el mundo.

—Comprendo —dijo Mason—. Prosiga.

—El vapor permaneció en Nápoles dos días. Pocas horas antes de levar anclas, Baxter suplico a Yvonne que se casara con él. Ella

rehusó. Él abandonó el buque derramando lágrimas de cocodrilo. La siguiente escala fue Génova. Baxter estaba allí esperando a su «bienamada». Nuevo desvanecimiento en brazos de su cómplice, pero nueva negativa a casarse. Cuando el navío llegó frente a Gibraltar, un helicóptero surgió en el cielo, con un hombre que se balanceaba al extremo de una escalera de cuerda. Era, como ya habrá adivinado, Baxter. Saltó sobre el puente, al lado de la piscina, justo en el momento en que Yvonne se disponga a tomar un baño de sol.

—¡Qué romántico! —observó Mason.

—¿Verdad? Los pasajeros obligaron prácticamente a Yvonne a decir «sí» y aquella misma noche se celebró la boda en alta mar, oficiando el capitán de la nave. Luego se celebró una fiesta en honor de los dos desposados.

»Está claro —siguió Irving— que dada la forma en que Baxter había aterrizado en el buque, no llevaba ninguna clase de equipaje, ni tan sólo un cepillo de dientes. ¿Quién habría sospechado en estas condiciones, que, cosido en un cinturón, aquel hombre llevaba sobre él diamantes por valor de trescientos mil dólares? ¿Quién habría imaginado, además, que todo era un plan hábilmente montado, que la bella Yvonne era su amante desde hacía varios años y que además era su cómplice en el contrabando de piedras preciosas?

—Ya veo —declaró Mason.

—Y ahora —continuó relatando Irving—, todo estaba dispuesto para el desenlace. A los ojos de todos los pasajeros, Baxter, aunque ciudadano americano, era un auténtico latino, capaz de cualquier locura por amor. La escena culminante se desarrolló, tal como se había previsto, cerca de la costa americana. Durante un baile que se dio aquella noche, Yvonne bailó tres veces con el comisario de a bordo. Baxter le hizo una violenta escena de celos, estalló en sollozos, se dejó pegar por su esposa, la cual le amenazó con el divorcio y, finalmente, saltó por la borda, en un pretendido ataque de desesperación.

—Sí, me acuerdo ahora del caso —comentó el abogado—. La Prensa habló de ello durante varios días.

—Todo se había planeado para llegar a este resultado —explicó Irving—. Lo que nadie podía pensar es que Baxter, al saltar, llevaba

consigo los diamantes. Nadie sabía que era un excelente nadador y que una canoa le aguardaba en un punto convenido previamente y que él e Yvonne se debían repartir, una vez en tierra firme el beneficio de la operación.

—Y…

—Pero —prosiguió Irving—, si Yvonne desembarcó sin molestias, nadie volvió a ver a Baxter. Tras haberle esperado mucho tiempo en el *motel* donde habían quedado citados, Yvonne fue en busca del tercer bandido, el que había esperado a Baxter en la canoa, para pedirle explicaciones. El hombre empezó por decirle que él tampoco había visto a Baxter y emitió la hipótesis de que, al saltar, le hubiese sobrevenido un calambre, ahogándose.

—¿Todo esto se desarrolló dentro de las aguas jurisdiccionales americanas?

—A la vista del puerto de Los Ángeles.

—¿En pleno día?

—No, poco antes del alba.

—Así —prosiguió Mason— Baxter pasó por ahogado. ¿Qué sucedió luego?

—Yvonne Manco empezó a sospechar y acusó al cómplice de haber asesinado deliberadamente a Baxter para apoderarse de los diamantes. No podía avisar a la Policía para evitarse molestias, pero, por desgracia para ella, las autoridades aduaneras vigilaban. Enviaron a Yvonne una citación para que compareciera y la interrogaron ampliamente. Se le recordó que, dieciocho meses antes, Baxter y ella ya habían efectuado una travesía como marido y mujer. Por último, Yvonne confesó de plano y logró que encarcelaran a Duane Jefferson, que, según declaró ella, había vendido a Baxter los diamantes en cuestión. La Policía obtuvo del fiscal del distrito un mandamiento de arresto y luego vinieron a registrar nuestras oficinas.

—Donde encontraron cien mil dólares en diamantes.

—Sí; es decir, casi la tercera parte de los que transportaba Baxter.

—¿Y las otras dos terceras partes? —aventuró Mason.

Irving hizo un gesto de ignorancia.

—¿Se identificaron los diamantes como los mismos que llevaba Baxter?

De nuevo, Irving se encogió de hombros.

—¿Dónde los hallaron?

—En el lugar en que alguien los había ocultado con diabólica astucia. Seguramente recuerda usted una tentativa de robo que se cometió en nuestras oficinas hace unos tres días.

La Policía, como es lógico, se apresuró a mirar si había sido robada alguna cosa, pero no se les ocurrió averiguar si, por el contrario, había sido *depositada* alguna cosa.

—¿Dónde estaban ocultos los diamantes?

—En un paquete pegado en la parte inferior de un cajón con una cinta adhesiva.

—¿Qué ha declarado Duane Jefferson sobre todo esto?

—No pudo hacer otra cosa que manifestar su total extrañeza.

—¿Me garantiza usted la exactitud de estos hechos?

—Por completo. Así como la perfecta honorabilidad de Duane. Lo único que critico es su actitud, este afán de proteger, a cualquier precio, a la persona causante de nuestras desdichas.

—¿Insinúa usted que Jefferson se halla enamorado de la mujer que penetró en sus oficinas?

—Tengo casi la absoluta certeza, pero eso debe quedar entre nosotros, ya que si Duane llega a saber que yo sustento tales ideas, nuestra amistad terminaría. Es un hombre romántico, lleno de ideas falsas en lo que atañe a las mujeres. No lo olvide cuando le visite. Si usted trata de complicar a la mujer en el asunto, Jefferson dejará de cooperar. Lo más prudente será fingir que ignora su existencia.

Mason reflexionó.

—¿Entonces? —preguntó Irving.

—Extienda un cheque por dos mil dólares —contestó el abogado —. Esto será un adelanto sobre mis honorarios, que ascenderán a un total de cinco mil.

—¿Comprendidos los gastos de detective?

—No, éstos se cargarán aparte. Los cinco mil dólares son para mí.

—¡Vaya! —exclamó Irving—. Si aquellos idiotas de África del Sur no le hubiesen hablado de «adelanto», habría podido contratarle a usted por la mitad.

Ni un músculo se movió en el rostro de Mason.

—De acuerdo —se consoló Irving—. Pero lo que está hecho,

hecho está.

Sacó de un bolsillo un carnet de cheques y llenó uno, que firmó, entregándolo al abogado que, a su vez, lo pasó a su secretaria.

—Della —indicó—, ¿quieres, por favor, extender un recibo *a nombre de Duane Jefferson*?

—¿Qué quiere decir con esto? —preguntó Irving—. Es la Sociedad la que paga.

—Con esto —replicó Mason— quiero demostrarle a usted que solamente me solidarizo con mi cliente y no con la «S. S. A. P. P.», ni con usted. ¿Tiene algo que objetar?

—No… no. ¿Esto quiere decir que, para defender a Jefferson, no dudaría usted, llegado el caso, en volverse contra mí?

—Esto es precisamente —contestó Mason, con una sonrisa de ironía.

—O. K. —exclamó Irving, levantándose—. Yo iré más lejos. Si para libertar a Jefferson desea que yo desempeñe un papel desagradable o testificar de manera complaciente digamos, no dude en pedírmelo.

—Sé muy bien lo que debo hacer —replicó secamente el abogado—. Le agradeceré que me deje manejar a mí los hilos. Soy el director de escena y cualquier intervención intempestiva por su parte, sólo conseguiría complicar la situación.

Capítulo 5

Una vez hubo marchado Walter Irving, Della Street miró a Mason con cierta angustia.

—Perry —dijo— no hubieses debido aceptar. Es una historia bien enojosa, a mi parecer.

—Ya lo sé, Della, pero es que, prácticamente, me han forzado la jugada. En lo que a mí se refiere, he tenido que obrar en legítima defensa.

—¿Qué quieres decir?

—Que nosotros teníamos informes que no debíamos haber callado pudiendo por ello ser inculpadas de complicidad. Ahora estos informes constituyen un secreto profesional, pues son susceptibles de incriminar a un cliente.

—Sin embargo, el chicle y los diamantes…

—¿Qué, Della?

—Nosotros sabemos que ha sido ella quien los ocultó aquí.

—No, sólo lo *sospechamos*, Della. ¿Viste tú cómo lo hacía? Yo, tampoco.

—Pero…

—En lo que a nosotros se refiere, Mae Wallis no es más que una joven que ha efectuado algunos trabajos mecanografícos para nosotros.

—Sin embargo, es razonable pensar que…

—Es la Policía la que debe poner las cosas en claro, Della.

—Ya veo, Perry, que no hay manera de convencerte. —Al ver que Mason asentía, prosiguió—. Perry, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¿Cuál?

—¿Crees que ha sido por casualidad que la «S. S. A. P. P.» te ha escogido para defender a Jefferson?

El abogado se acarició el mentón.
—¿Y bien? —insistió Della.
—Yo también he reflexionado sobre esto —replicó Mason lentamente—. Después de todo, soy bastante conocido y como mis oficinas están en el mismo edificio…
—¡Hum…! —murmuró Della con aire dubitativo—. Y ¿ahora, qué haremos?
—Ahora —contestó el abogado—, la situación no puede estar más clara. Para empezar, Della, bajarás a la tienda de accesorios fotográficos de la esquina y comprarás: *Primo*, una cámara ultrasensible capaz de fotografiar impresiones digitales; *secundo*, un ampliador; *tertio*, los *flash* o proyectores necesarios. No dudes en decirle al propietario que necesitamos todo esto para fotografiar huellas dactilares.
—¿Las de… Mae Wallis?
—Sí, suponiendo que éste sea su nombre, cosa que dudo. Las fotografiaremos, y después las ampliaremos de manera que solamente se vean las huellas sin el pedazo de goma de mascar.
—¿Y después?
—Después espero encontrar de nuevo a nuestra ex mecanógrafa. Mientras te ocupas de la compra de este material fotográfico, voy a entrevistarme con Paul Drake.
—Perry —preguntó Della— todo esto que proyectas, ¿no será un poco arriesgado?
—Seguro que sí —repuso Mason, sonriendo.
—¿No sería mejor, de momento, tratar de asegurar solamente tus honorarios?
El abogado negó con la cabeza.
—Nuestro primer deber —afirmó luego— es proteger a nuestro cliente. Descríbeme lo mejor que puedas a nuestra empleada temporal.
—Bueno —empezó ella—, diría que cuenta unos veintisiete o veintiocho años. Mide un metro cincuenta y siete o cincuenta y ocho y pesará sobre los cuarenta y cinco kilos. Tiene los cabellos castaños, con un toque rojizo muy leve y ojos también castaños, muy expresivos. Está muy bien proporcionada.
—¿Cómo iba vestida?
—De esto me acuerdo como si la tuviese delante. Es que me

parecía más una cliente que una empleada. Llevaba un conjunto de franela gris, de corte impecable y zapatos azules abiertos por las puntas. Su bolso era del mismo color y usaba guantes blancos. Casi juraría que no llevaba sombrero, aunque sus cabellos estaban recogidos por un aro de metal. No se quitó la chaqueta para trabajar, pero me parece que debajo llevaba un suéter de cachemira azul.

Mason sonrió.

—Las mujeres —comentó— observáis en seguida hasta el menor detalle de la vestimenta. Della, ¿querrías escribirme a máquina cuanto acabas de decirme?

Esperó hasta que su secretaria hubo terminado y después se puso en pie, diciendo:

—Y ahora, ve rápidamente en busca del material fotográfico.

—¿Y si el fotógrafo empieza a hacerme preguntas difíciles?

—Le contestas que necesitamos fotografiar una huellas dactilares para uno de mis contrainterrogatorios en el tribunal.

Della asintió.

El abogado cogió la hoja mecanografiada que Della le había entregado y se marchó a casa de Paul Drake.

—Hola —le saludó el detective al verle—. Te estaba esperando.

Al ver que Mason arqueaba las cejas añadió:

—Bueno, bueno, Perry, no te molestes fingiendo inocencia. Han telegrafiado desde Johannesburgo pidiendo informes tuyos. La dirección general de la «S. S. A. P. P.» ha solicitado hablar con el administrador del inmueble.

—¿Han indicado mi nombre —se interesó Mason—, o bien han pedido que les recomendasen un abogado?

—No, conocían tu reputación y deseaban referencias tuyas.

—¿Qué les han contestado?

—Que pagabas el alquiler puntualmente supongo —explicó Drake, sonriendo.

—¿Qué te parecería, Paul, si me contaras lo que significa toda esta condenada historia?

—No sé mucho más que tú mismo —aseguró el detective—. Según he oído decir, se trata de un asesinato. Bien ¿qué hacemos?

—Empezar a trabajar.

—Bravo, porque este fin de mes se anunciaba flojo. ¿Qué deseas

de mí?

—Antes que nada —declaró el abogado—, necesito encontrar una joven.

Mientras hablaba, entregó al detective el papel que le había dado Della Street. Drake le echó un vistazo y arrugó el entrecejo.

—¿Por qué haces esa mueca?

—Chicas como ésa —explicó Drake— existen a millares en la ciudad.

—Lo sé, lo sé, pero, además, añadiré que se trata de una mecanógrafa maravillosa. Y me imagino que posee también algunas nociones de jurisprudencia.

—Bueno, esto ya es un poco más explícito. Apuesto cualquier cosa a que también has imaginado una manera original para encontrarla.

—Claro que sí —afirmó Mason, tranquilamente—. Lo que vas a hacer será abrir un despacho.

Drake le contempló, estupefacto.

—Sólo será en apariencia, Paul. Una vez hecho esto, empezarás a poner anuncios en los periódicos, buscando una secretaria joven, bien parecida, a ser posible taquígrafa aunque no es imprescindible, pues, en efecto, ignoro si la que deseo hallar lo es, y ofrecerás un salario por su trabajo de doscientos dólares a la semana.

—¡Dios mío! —exclamó Paul—. Sucumbiré bajo la avalancha. Todas las empleadas de oficinas se precipitarán sobre mí.

—Espera, Paul, aún no he terminado. Pondrás como condición que deberá ser una mecanógrafa fuera de serie, capaz de copiar a velocidad de vértigo, y sin faltas de ninguna clase, documentos jurídicos. Añadirás, además, que el empleo estará condicionado a un examen previo de capacitación. Me figuro que la persona que busco debe de estar trabajando, por lo que especificarás que recibirás a las solicitantes a las horas del almuerzo y por la tarde hasta las siete.

—¿Quieres que alquile una oficina amueblada?

—Naturalmente.

—Entonces, ya puedes prepararte a comprar una alfombra nueva al término del negocio —declaró Drake, con tono lúgubre—, pues la anterior quedará gastada hasta el entramado por las candidatas. Y ahora, vamos a ver, ¿cómo reconoceré yo a la que te interesa,

suponiendo que acuda?

—Voy a explicártelo, Paul. Para empezar, podrás eliminar un buen número de ellas, fijando un mínimo muy elevado de palabras por minuto. Lo que tienes que hacer es contratar a una secretaria de dirección para que juzgue a las que se vayan presentando, descartando en seguida las que no sean mecanógrafas de primer orden. Entre las que queden como candidatas eliminarás aquellas cuya descripción no responda a la que te he dado. En cuanto al resto, las recibirás personalmente, una después de otra, las interrogarás, les pedirás un documento de identidad, preferentemente un carnet de conducir, ya que aseguraría que la que me interesa sabe conducir. Esta tarde te enviaré unas impresiones digitales. Las compararás con las de los documentos que te entreguen. Claro que esto lo comprobarás en una pieza vecina, después de excusarte por dejar sola un momento a la solicitante que sea. Di, por ejemplo, que vas a telefonear.

—¿Y cuando haya identificado a tu ave del paraíso, suponiendo que acuda?

—Tomas nota de su nombre y dirección y me avisas sin pérdida de tiempo.

—¿Algo más?

—Es posible que el nombre de pila de esa joven —añadió Mason — sea Mae… M-A-E.

—¡Hum…! —murmuró Drake—. ¿Y si me explicases, Perry, de lo que se trata exactamente?

Mason sonrió y luego negó con la cabeza.

—Es preferible, Paul, que sepas de esto lo menos posible.

—O, dicho de otra forma —señaló Drake—, es otra de esas historias en las que uno corre el riesgo de que le blanquee el pelo.

—Yo diría que existe el riesgo de perder la cabeza —precisó amablemente el abogado.

Capítulo 6

En el locutorio de la prisión, Mason examinó atentamente a Duane Jefferson. Era de elevada estatura, mostraba una calma olímpica y parecía estar pensando en algo muy distinto de lo que estaba hablando con su abogado.

—Debo recordarle, Mr. Jefferson —le repetía Mason—, que se halla usted acusado de asesinato.

—No lo he olvidado —replicó Jefferson.

—¿Qué es lo que usted puede decirme sobre el mismo?

—Temo que pocas cosas. Conocí someramente a Baxter, suponiendo que se trate del mismo individuo.

—¿En qué circunstancias le conoció usted?

—Se hacía pasar por un importante tratante en diamantes al mayor. Se presentó un buen día en nuestras oficinas de Sudáfrica y nos manifestó su intención de comprar diamantes en bruto. No entra en nuestra línea vender diamantes de esa clase, a menos que sea para usos industriales.

—¿Y, sin embargo, Baxter los quería en bruto?

—Sí.

—¿Le dijeron ustedes que no se los podían vender?

—Se lo hicimos comprender de la manera más discreta posible. Nos había dado la impresión de ser un buen cliente y ofreció pagar al contado.

—¿Qué hicieron entonces?

—Le enseñamos una colección de diamantes tallados y montados. Los examinó y nos explicó que no los quería, con el pretexto de que tenía por costumbre escoger personalmente los diamantes para sus clientes y hacerlos tallar luego.

—¿No le preguntaron sus razones para proceder así?

—En una Sociedad inglesa —contestó Jefferson, esbozando una

sonrisa— no solemos hacer tales preguntas. Si un cliente manifiesta cierta originalidad, creemos que tendrá sus buenos motivos.

—¿Qué acordaron por fin?

—Baxter podría elegir los diamantes en bruto y los remitiríamos a París para su tallado y pulimento. Después Baxter los recogería allá.

—¿Cuál era el valor de los diamantes?

—¿Precio al mayor o al detalle?

—Al mayor.

—Algo menos que su valor al detalle.

—Bueno, pero…

—Lo siento, Mr. Mason, pero no se lo puedo revelar.

—¿Por qué?

—Porque se trata de un secreto profesional, guardado celosamente.

—Pero yo soy su abogado.

—Lo sé.

—Dígame, Jefferson, ¿es usted inglés?

—No.

—¿Americano?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja usted en una sociedad inglesa?

—Unos cinco o seis años.

—Se ha convertido usted en un perfecto inglés.

—Cuando se tiene una profesión como la mía, es bueno saberse someter a ciertas disciplinas.

—Es posible pero dudo mucho de que un jurado americano quiera tenerlo en cuenta. Si se muestra usted demasiado inglés, no se sorprenda de que un jurado compuesto por americanos sea menos comprensible.

—Un jurado que se deje influenciar por consideraciones tan subjetivas sólo merecerá mi desprecio.

—¡Ya me dirá qué utilidad le reportará esto cuando sea condenado a muerte!

Jefferson sonrió, de nuevo.

—Mr. Mason —dijo—, antes de proseguir deseo que nos comprendamos perfectamente. Soy un hombre de principios y

prefiero morir antes que renunciar a uno de ellos, si no lo estimo muy necesario.

—Como quiera —contestó Mason, secamente—. Pero si luego se encuentra en un atolladero no culpe de ello a nadie más que a usted mismo. Y, hablando otra vez de Baxter, ¿volvió a verle después de la primera visita?

—No, señor. El resto del negocio incumbía solamente a nuestra sucursal de París.

—¿Irving?

—Creo que tampoco.

—¿Se enteró por los periódicos de la llegada del navío en su crucero alrededor del mundo y del pretendido suicidio de Baxter?

—Como todo el mundo.

—¿Fue usted a ver a las autoridades?

—Claro que no. ¿Por qué tendría que haberlo hecho?

—¡Usted sabía que él llevaba consigo una fortuna en diamantes!

—Me imaginaba que nuestra sucursal de París se los habría entregado, pero desconocía lo que él había hecho con ellos después de la entrega.

—¡Pero usted discutió el asunto con su asociado!

—Nada de asociado. Es sólo un empleado de la Sociedad que resulta ser, al mismo tiempo, un buen amigo mío.

—Poco importan esas distinciones. ¿Lo discutió con Irving?

—Sí.

—¿Le confió él sus sospechas?

—Me dio a entender que el asunto no le parecía demasiado honrado.

—¿No pensó usted que la transacción con Baxter podía degenerar en un asunto de contrabando?

—Prefiero no abordar este aspecto del asunto, Mr. Mason. Puedo aclararle solamente que tal transacción había despertado en mí algunos temores.

—¿Pero usted lo discutió con Irving?

—De la misma manera que un empleado de la «S. S. A. P. P.» lo puede discutir con otro. Pero prefiero no entrar en detalles. No olvide que estoy aquí como representante de la Sociedad y no a título personal.

—Posiblemente, pero es a título estrictamente personal que se le

arrestó a usted.

—Ya lo sé —contestó Jefferson, tranquilamente.

—Creo —volvió a la carga Mason— que la Policía descubrió diamantes en sus oficinas.

Jefferson asintió.

—¿De dónde provenían? —preguntó el abogado.

—No tengo la menor idea. Paso en mi despacho seis de las veinticuatro horas del día. La mujer de la limpieza tiene una llave. El conserje, otra. La misma Policía declaró que alguien había penetrado en la oficina sirviéndose de una llave maestra.

—Una joven.

—Exacto. Una joven.

—¿Conoce usted su identidad?

—No.

—¿No conoce a ninguna mujer aquí? —preguntó y al ver que Jefferson vacilaba, insistió—. ¿Ninguna?

—No —repuso Jefferson con tono firme y sosteniendo la mirada del abogado.

—¿No conoce ni a una sola?

—No.

—¿No estará tratando de proteger a alguna?

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—No le pregunto el porqué, por ahora. Sólo le pregunto si es así.

—Yo respondo con una negativa.

—Supongo que se dará cuenta de que sería muy grave, para su causa, callar alguna cosa a su propio abogado, o declarar en falso delante de un jurado.

—¿No es costumbre en los Estados Unidos que sea la acusación la que demuestre la culpabilidad del acusado?

—Sí, pero…

—Entonces, puedo estar tranquilo.

—Bien, por última vez le pregunto si me ha dicho toda la verdad.

—Sí.

—¿No mantenía usted correspondencia con una joven de esta ciudad, antes de abandonar África del Sur?

De nuevo, Jefferson pareció vacilar, pero cuando respondió lo hizo con voz tranquila firme.

—No.

—La Policía le ha hablado a usted de una joven que penetró en sus oficinas mediante fractura.

—No fue con fractura. Utilizó una llave.

—¿Y usted no había dado su propia llave a ninguna mujer?

—Claro que no.

—Escúcheme bien, Jefferson —dijo Mason—. Si está intentando proteger a alguien, es mejor que me lo diga ahora. De ese modo, por mi parte, intentaré también protegerla desde este momento. Después de todo, soy su abogado. Pero si guarda usted secretos conmigo, me será imposible ayudarle en nada.

—Ya lo sé.

—¿Afirma usted otra vez no estar protegiendo a alguien?

—Absolutamente.

—Los servicios del fiscal creen haber reunido ya suficientes pruebas contra usted para hacerle comparecer ante un jurado.

—Un funcionario, Mr. Mason, es tan falible como cualquier otra persona.

—Sí, pero, en tal caso, ese error sería muy trágico para usted. Si no quiere cooperar con su propio defensor…

—Coopero tanto como me es posible, pero no puedo inventarme cosas para complacerle.

—Como usted quiera —terminó Mason, poniéndose de pie.

Hizo una señal para indicarle al guardián que la entrevista había concluido y añadió, dirigiéndose a Jefferson:

—Haré cuanto me sea posible para salvarle. Medítelo bien. Si cambia de parecer, avíseme. Tengo muchas razones para creer que en Los Ángeles existe una mujer que le conoce bien.

—Se equivoca usted, señor abogado.

Capítulo 7

Mason abrió la puerta de su despacho. Della, que estaba leyendo un documento, levantó la cabeza y sonrió.

—¿Ha ido bien, Perry?

El abogado sacudió la cabeza.

—¿No ha hablado? —insistió ella.

—Sí, pero muy poco y para decir menos todavía. Estoy convencido de que protege a alguien.

—¿Por qué?

—El porqué es algo que tendremos que poner en claro. ¿Has comprado ya el material fotográfico, Della?

—Sí. Cámara, trípode, cintas, proyectores…

—Estupendo. Dile a Gertie que no nos moleste bajo ningún pretexto.

Della tendió la mano hacia el teléfono, pero no acabó su gesto.

—Es imprudente —objetó—. Con su espíritu romántico y sabiendo que no tenemos ningún cliente, imaginará que lo que deseas es estar a solas conmigo.

Mason sonrió.

—Tal vez tengas razón. Bien, para que no tenga ideas románticas, pasaremos a la biblioteca. Allí me ayudarás a cambiar el escritorio de sitio y tomaré las fotos, después de cerrar con llave la puerta que da a la sala de espera. Si Gertie se presenta aquí durante la operación, le dirás sencillamente que estoy consultando un artículo de derecho, tan complicado, que he prohibido que entre nadie a verme, sea quien sea. Vamos, Della. Una vez hayamos movido el escritorio, tu labor se habrá acabado.

Hacía media hora que Mason se había encerrado en la biblioteca, y casi había concluido su trabajo, cuando Della entró en la estancia.

—Walter Irving acaba de telefonear —anunció.

—¿Qué deseaba? —preguntó Mason, empezando a arreglar el material fotográfico.

—Saber si Duane Jefferson había hablado de alguna mujer, durante vuestra entrevista —contó Della, ayudando a Mason a colocar el escritorio en su sitio.

—Voy a pedirle a Drake que haga vigilar a Irving.

—¿Sospechas de él?

—No en el sentido que tú piensas, pero puede llevarnos a lugares o a personas muy interesantes. Creo que está mezclado en el asunto mucho más de lo que nos ha explicado. Por otra parte, también creo que Mae Wallis es la mujer a quien está protegiendo Jefferson.

—Lo que no comprendo, Perry, es por qué Wallis tenía que esconder cien mil dólares en diamantes en los despachos de la «S. S. A. P. P.», guardándose dos que luego se vio obligada a ocultar dentro de un pedazo de chicle.

—La respuesta puede ser muy sencilla, Della. Es posible que ella transportara los diamantes, sueltos dentro de su bolso y que dos de las piedras le pasaron inadvertidas. Luego las encontró, cuando estaba instalada delante de nuestra máquina de escribir, y ha creído útil desembarazarse de las mismas, por si la Policía hacía un registro en nuestras oficinas.

—Opino, Perry, que las cartas dirigidas al «Príncipe Encantador» no son muy ajenas a este embrollo.

—Efectivamente, es posible que ella las abandonase en el lavabo, con la intención de que alguien las encontrara. Lo mismo que los diamantes… Bueno, ya está todo dispuesto. Gracias, Della. Llama a Paul Drake y dile que haga seguir a Irving por uno de sus mejores sabuesos.

Capítulo 8

Algunos días más tarde, Mason, sentado en su mesa de trabajo, leía un periódico.

—Vaya, vaya —exclamó—. No esperaba que la cosa fuera tan de prisa. El gran jurado ya ha dictado su veredicto y Duane Jefferson ha sido acusado oficialmente de asesinato.

—Algo de esto te esperabas, ¿no?

—En efecto, he de confesarte que no he tenido ninguna sorpresa —reconoció el abogado—. Ya sospechaba que la fiscalía deseaba terminar este asunto cuanto antes.

—¿No piensas pedir un aplazamiento? —preguntó la joven—. Después de todo, no hemos tenido tiempo de completar nuestras informaciones.

—Tampoco lo ha podido hacer el ministerio público —explicó Mason tranquilamente—, y especulo con esto. Líbreme Dios de pedir un aplazamiento. El fiscal tiene tanta prisa que, probablemente, ha olvidado que todavía no posee el *corpus delicti*.

—¿Qué quieres decir?

—Que el cuerpo de Munroe Baxter todavía no ha sido hallado. En fin, Della, ¿cuáles son las últimas noticias de Paul Drake?

—Ha alquilado un magnífico despacho, lujosamente amueblado, atestado de máquinas de escribir y gruesos volúmenes. Una alfombra color de vino y unos sillones de cuero que invitan a dormir la siesta. Por su aspecto, puede uno imaginarse que el guardián del edificio percibe el salario del gerente de una sociedad comercial.

—Espero que no habrá exagerado la nota, Della. ¿Y las candidatas son numerosas?

—Menos de lo que se temía, y es que en el anuncio puso unas condiciones tan draconianas… No sé cuántas palabras por minuto…

El teléfono la interrumpió.

—¡Vaya! —exclamó Della—. Es la línea privada. No puede ser nadie más que Paul, pues es el único, aparte de nosotros, que conoce este número.

Mason descolgó rápidamente el receptor.

—Esto significa que tiene buenos informes que comunicarnos, y, tan importantes, que no quiere dárnoslos a través de la centralita. Aló… Buenos días, Paul.

—Hola, Perry.

Drake hablaba a media voz, como temiendo que pudieran oírle desde el despacho vecino.

—Creo que ya tengo a la muchacha.

—¿Estás seguro?

—Sí, de acuerdo con tus datos.

—¿Cómo se llama?

—Mae W. Jordan. Y su dirección es 729, Cabochon Street. En la actualidad, trabaja para un consejo jurídico, cuyo nombre no ha querido revelar. Tiene que dar un plazo de quince días para despedirse, si quiere marcharse. Nuestro asunto parece interesarle enormemente. ¡Si vieras cómo escribe!

—¿Qué significa la W entre su nombre y el apellido?

—Todavía lo ignoro. Lo único que quería era que vieses en seguida que nuestros esfuerzos se han visto coronados por el éxito.

—¿Estás seguro de que es la que buscamos?

—Por lo menos, la impresión dactilar de su pulgar del carnet de conducir, corresponde a la foto que me has entregado.

—¿Y la dirección?

—Es la que indica el permiso.

—O. K. —aprobó Mason—. He aquí lo que vamos a hacer. Dile que opinas que ella ocupará la plaza y que procurarás arreglar una entrevista personal entre ella y tu jefe, esta tarde a las seis. Que vuelva a esa hora. ¿Has entendido bien?

—Completamente. ¿Tengo que hacerle alguna otra pregunta?

—Lo que le parezca, pero no des la impresión de interesarte *mucho*.

—¿Quieres que la haga vigilar?

—Solamente en el caso de que no estés absolutamente seguro de la dirección.

—¿No crees que sería conveniente identificar el consejo jurídico para el cual trabaja?

—No vale la pena. Esa joven no es tonta y no deseo que empiece a sospechar. Creo que está mezclada en un sucio contrabando de diamantes y probablemente en un asesinato. No quiero que por llegar a desconfiar, el pájaro emprenda el vuelo. Hazle sólo las preguntas que le harías a un futuro empleado, como jefe inmediato.

—Comprendido, Perry. Le diré que vuelva esta tarde a las seis y te llamaré dentro de un cuarto de hora o veinte minutos.

—Si te es igual, Paul, tan pronto hayas terminado con Miss Jordan, coge tu coche y ven hacia aquí. Es inútil que pierdas ya más tiempo en ese despacho, al otro extremo del barrio. Cancela el alquiler, a partir de mañana mismo, y anula todos los anuncios que estaban a punto de salir durante los días siguientes. Esta operación ya nos ha costado bastante dinero y creo prudente ponerle fin.

—O. K. —aprobó Paul Drake al colgar.

Mason hizo lo mismo, y luego le dijo a Della:

—Se llama Mae W. Jordan y habita en 792 Cabochon Street. Anota el nombre y la dirección y pon el papel en un lugar donde nadie pueda hallarlo.

Capítulo 9

Confortablemente instalado en uno de los blandos sillones del despacho de Mason, Paul Drake sonreía, con el aire feliz del hombre que ha cumplido su deber a satisfacción.

—Ya sabes, Perry —declaró—, llegó justo en el momento en que empezaba a desesperar.

—A decir verdad —confesó el abogado— yo también. Te felicito por tu perseverancia, Paul.

—Felicita también a la Providencia. Y, a propósito, no me has dicho dónde habías conseguido la fotografía de su pulgar.

—Simple unión de circunstancias —rehuyó Mason la respuesta, encogiéndose de hombros.

—Bueno, bueno, guarda tus secretos para ti solo. Supongo que habrás visto que Jefferson ha sido culpado por el gran jurado.

—Sí, lo he leído en los periódicos.

—El fiscal ha declarado a los periodistas que pediría que se adelantase la fecha prevista para el juicio. ¿Piensas pedir un aplazamiento?

—¿Para qué?

—De ordinario, cuando el fiscal quiere una cosa, el abogado defensor pretende todo lo contrario.

—Pues bien, Paul, por una vez, esto será distinto. Y dime, ¿qué has descubierto sobre Irving?

Drake sacó un bloc de su bolsillo.

—Su nombre completo es Walter Stockton Irving —explicó—. Hace siete años que trabajaba para la sucursal de París de la «S. S. A. P. P.». Adora vivir en Europa, es un *bon vivant* libre de embarazosos prejuicios pasados de moda sobre el amor y, además, aficionado a los caballos.

—¿De veras? ¿Apostador?

—No del todo. Claro que si va a Montecarlo se deja tentar por la ruleta pero prefiere los hipódromos y, a ser posible, en compañía de una mujer hermosa. Le gusta hacerse pasar por un «gentleman».

—¡Diablos! —exclamó Mason—. Esto es muy interesante.

—Por eso te lo he dicho, Perry.

—¿Y aquí qué hace actualmente?

—Junto con Jefferson, están ultimando la instalación de la sucursal de la «S. S. A. P. P.» Desde que Jefferson ha sido detenido, Irving lleva una vida totalmente sedentaria. Pero se le conocen dos o tres relaciones femeninas. Una, con seguridad.

—¿Cuál? —preguntó Mason.

—Una francesa, una tal Martine Chaumont.

—¿Dónde vive?

—En un bungalow, en la periferia de la ciudad. Más exactamente en 8257 de Ponce de León Drive.

—¿Vive sola, esta Martine?

—No, tiene a su cargo un hermano.

—¿Algún inválido?

—No, más bien creo que está un poco chalado. Incluso estuvo internado, pero su hermana lo sacó, prometiendo cuidarlo. La joven, por otra parte, no quiere que se enteren los vecinos. Uno de ellos sospecha algo, pero los demás lo ignoran del todo.

—¿Es furioso el hermano?

—No, al menos por ahora. Es inofensivo, después de una lobotomía frontal. ¿Sabes lo que es eso, Perry?

—Sí, una operación que se practicaba hace ya algunos años a algunos criminales peligrosos y a los locos furiosos, pero, si no estoy mal informado, ya no se practica en la actualidad.

—Así se transforma a un hombre en un muerto en vida, ¿verdad?

—Poco más o menos. Los médicos no se pusieron de acuerdo sobre sus efectos. Lo único que sé, es que en Estados Unidos se ha renunciado a ese tratamiento.

De todos modos, él, me refiero al hermano de Martine, ha sufrido la operación. A decir verdad, los informes que poseo son aislados, incluso es sorprendente que haya podido reunirlos. De lo que sí estoy seguro es que Irving conoció a Martine en París, y es fácil deducir la naturaleza de sus relaciones.

—¿Siguen siendo de carácter íntimo?

—Me pides demasiado. Lo que sé es que la pequeña se ocupa de su hermano como si se tratase de su propio hijo y que no sale casi nunca.

—¿Desde cuándo reside en los Estados Unidos?

—Según conjeturas que he podido hacer, hace un año, aproximadamente, pero no lo aseguraría. En realidad, hace poco que se instaló en el bungalow. Lo alquiló poco antes de salir su hermano del hospital. Hasta entonces, vivía en un apartamento, que tuvo que dejar, ya que no es lugar apropiado para guardar a un loco, aunque sea inofensivo.

—¿Estás seguro que vive sola con ese hermano?

—Hay una mujer de limpieza que acude tres o cuatro horas cada día.

—¿Irving la visita?

—Por lo que sé, al menos ha estado dos veces.

—¿No han salido nunca juntos?

—Juntos, no, lo que no deja de ser curioso. Voy a darte todos los detalles. La primera vez que mi detective siguió a Irving hasta el bungalow, fue a media tarde. Irving llamó y Martine acudió a abrir. Hablaron unos momentos en el umbral y luego Irving entró, quedándose dentro alrededor de una hora. Aparentemente, al salir intentó persuadirla para que le acompañase, pero ella meneó la cabeza, sonriendo, por lo que Irving se marchó solo. Pero lo sorprendente es que regresó aquella misma noche y Martine salió poco después, sola. ¿Le convenció ella para que cuidara de su hermano? ¡Misterio! Estuvo ausente aproximadamente dos horas.

—¿Qué medio de locomoción usó?

—El autobús.

—¿No tiene coche?

—Al parecer, no.

—¿A dónde fue?

—¡Por Dios, Perry! Tú no me habías encargado que la vigilase. ¿Quieres que lo haga desde ahora?

—No. Aunque la cosa es muy interesante. ¿Qué más ocurrió?

—Evidentemente, Irving debió de darse cuenta de que el insistir no le conduciría a ningún sitio. Desde aquel día, casi no sale de su apartamento.

—¿Qué dirección?

—Alta Loma.

—¿Qué más has sabido, Paul?

—El fiscal parece estar muy seguro de salir vencedor. Tiene tantas ganas de vencerte una vez, que no lo oculta ni delante de los periodistas. Ha manifestado ante muchos de ellos que era la clase de proceso que esperaba desde hace varios años. Perry, ¿no tendrás que soportar muchas molestias?

—¿Qué quieres decir, Paul?

—¿No has hecho nada que pueda traerte consecuencias desagradables?

Al ver que Mason negaba, prosiguió:

—Actúa y habla como si viera la posibilidad de meterte dentro de un saco, coserlo y echarte al mar, igual que si se tratase de un gato muerto.

—Me alegro por él —comentó Mason, fríamente—. Y ahora pasemos a hablar de Mae Jordan.

—Todo lo que sé sobre ella, es lo que te he dicho por teléfono. Me ha prometido acudir puntualmente a la cita de las seis.

—¿Qué impresión te ha causado?

—Limpia y competente. Posee una voz bonita, tiene personalidad y sabe vestir. En cuanto a escribir a máquina, no hay comparación posible. Es un auténtico robot. Y, como taquígrafa, es muy rápida.

—Pero, si lo he entendido bien, parece que no está contenta con su actual empleo.

—Aparentemente. Tengo la impresión de que está deseosa de cambiar.

—¿No habrá en todo esto una historia amorosa? A lo mejor se ve asediada por alguno de sus compañeros.

—Es posible. Se lo puedes preguntar esta tarde.

—Cuando nos reunamos los tres, Paul, no menciones mi nombre. Nada de presentaciones. Dile simplemente que soy la persona para quien ella va a trabajar.

—¿No temes que pueda reconocerte?

—No creo que nos hayamos visto nunca —afirmó Mason, echando una ojeada hacia donde estaba Della Street.

—Eso no quiere decir nada, Perry. Tu foto aparece muy a

menudo en los diarios.

—Aunque me reconozca, no tiene ninguna importancia, Paul, ya que, después de mis primeras preguntas, le hablaré de muchas cosas pero no de su próximo trabajo.

—¿Quieres decir que se imaginará algo cuando te vea?

—Al menos, espero que no sea en seguida. Pero lo adivinará apenas le haga ciertas preguntas. Sin embargo, no tengo la menor intención de forzarla y le permitiré que hable tanto como quiera antes de interrogarle.

—Te advierto que contesta a las preguntas, pero, aparte de esto, no es demasiado habladora.

—O. K., Paul. ¿Has dicho que Irving y Martine Chaumont se habían conocido en París?

—Es lo que me han informado. Después, no han debido de volver a verse hasta aquí, ya que ella se echó literalmente en sus brazos. Es cierto que puedo engañarme. Después de todo, los franceses son más expansivos que nosotros los americanos.

—¿Estás seguro que Irving no ha vuelto a verla?

—Absolutamente.

—¿Y si fuese yo allá esta tarde? —sugirió Mason.

Drake se encogió de hombros.

—Puedes intentarlo. Tal vez ella hable.

—¿Le dirá a Irving que la he visitado?

—Estoy convencido de que sí.

—Es una lástima, pero es un riesgo que debo correr. Iré.

—¿Puedo sugerirte que me lleves contigo? —propuso Della.

—¿Cómo protección o para tomar notas? —preguntó Mason, guiñándole un ojo.

—Para ambas cosas —respondió ella, con toda seriedad.

—Será mejor para ti, Perry —intervino Drake—. Estas francesas son terribles, y, si vas solo, puedes perder la cabeza.

Capítulo 10

Mason conducía, a poca velocidad, al dirigirse hacia Ponce de León Drive.

—¡Allí es! —señaló Della Street—. Aquel pequeño bungalow blanco, a nuestra izquierda, con los postigos pintados de verde.

El abogado pasó por delante de la casa sin detenerse, recorrió todavía unos cuantos metros, luego efectuó un viraje muy cerrado y paró.

—¿Qué vas a decirle? —quiso saber Della.

—Depende de la primera impresión que me cause —fue la respuesta.

—¿No es algo imprudente?

—¿El qué?

—Ir a su encuentro. Seguramente se lo dirá a Irving.

—¿Y bien?

—Posiblemente, él no se contentará con dejarte obrar a tu antojo.

—Seré el primero en decírselo. Y tendré un gran placer al hacerlo. Ese individuo empieza a enervarme. Está demasiado seguro de sí mismo.

Se apearon y se adentraron por el pequeño sendero que llevaba a la entrada del bungalow. Mason llamó. A los pocos instantes, se entreabrió la puerta, retenida por una cadena de seguridad, y unos ojos negros miraron fijamente al abogado.

—Deseo hablar con Miss Chaumont —indicó Mason.

—Yo soy Miss Chaumont —contestó una voz de mujer.

—¿Es usted de París?

—Sí, pero, como puede ver, ahora vivo aquí.

—¿Me permite que le haga unas preguntas?

—¿Sobre qué?

—Sobre París.

—Me encantará contestarle.

—¿No cree que es muy poco práctico que hablemos así, con la puerta entre los dos?

—¿Puede usted oírme?

—Claro que sí.

—Excelente, pues yo también le oigo a usted.

Mason sonrió. Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra, distinguía delante suyo una parte del semblante de su interlocutora.

—¿Qué sabe usted de la «S. S. A. P. P.»? —fue su primera pregunta.

—¿A qué viene eso?

—Es que me interesa.

—¿Quién es usted?

—Perry Mason. Soy abogado.

—¡Ah! ¿Es usted Perry Mason?

—En persona.

—Leí su nombre en los periódicos.

—Me siento muy halagado por ello.

—¿Qué desea usted, Mr. Mason?

—Saber si había conocido la sucursal de París de la «S. S. A. P. P.».

—Sí.

—Y, seguramente, también a alguna de las personas que trabajaban para ella…

—¡Seguro! Incluso podría decir que conozco mejor a dichas personas que a la Sociedad. Después de todo, ¿puede conocerse una *Sociedad*?

—¿Conoció a Walter Irving en París?

—Claro que sí. Era un buen amigo. Ahora se encuentra en los Estados Unidos.

—¿Salió usted con él alguna vez en París?

—Sí, pero no creo que haya ningún mal en ello.

—Nunca he dicho lo contrario. Es, más bien, para tener una idea de conjunto… ¿Conoce a Duane Jefferson?

—No. Fue enviado por la casa sudafricana.

—¿Conoce a alguien de la casa central?

—Sí, a dos señores. Eran visitantes de África del Sur, con los que salí para enseñarles París. Fue Walter Irving quien me los presentó.

—Desearía interrogarla acerca de Irving.

—Es un hombre encantador. ¿Ha sido él quien le ha dado mi dirección?

—No. ¿Qué clase de hombre es Walter Irving?

—Ya le he dicho que es encantador. También es persona muy generosa, que no duda nunca en ayudar a un amigo. Por nada, les daría su propia camisa. ¿Es usted amigo de Walter, Mr. Mason?

—¿Podría darme algún detalle más sobre él?

—¿Es su esposa la señora que le acompaña?

—No, mi secretaria.

—Oh, le pido mil perdones. Pero, al verles, se diría que son ustedes marido y mujer.

—Será porque llevamos mucho tiempo trabajando juntos.

—Claro… Mr. Mason, ¿puedo decirle algo en su calidad de amigo de Walter?

—Diga.

—No se fíe de Duane Jefferson.

—¿Qué quiere dar a entender?

—Es un hombre extraño. Muy inteligente, muy educado, pero que alimenta malas ideas.

—¿Qué es lo que sabe de él?

—¿Lo que yo sé? Muy poco, Mr. Mason. Pero las mujeres somos intuitivas. Walter es otra cosa, le conozco bien. Es bueno y generoso, confiado como un joven cachorro. Le gusta destacar. Cuando salgo con él, me pongo mis mejores vestidos, porque sé que con ello le hago feliz. En cambio, Jefferson es muy distinto.

—Pensé que no lo conocía.

—En efecto, pero mi intuición sí. Y además, he oído hablar mucho de él. Yo sé escuchar, Mr. Mason. Y ahora, si quiere excusarme… Tengo a mi hermano enfermo, arriba. No le gustan las visitas ni el ruido. Ésta ha sido la razón por la que no les he hecho pasar.

—Gracias, Miss Chaumont. ¿Ha visto usted alguna vez a Mr. Irving, desde que se instaló aquí?

—Claro que sí, Mr. Mason. Vino a visitarme. Me propuso salir con él. Habría aceptado, de no ser por mi hermano enfermo.

Hablando, de nuevo, de Duane Jefferson, acuérdese de lo que acabo de decirle. No se fíe de él.

—¿Si ve a Irving, le hablará de nuestra visita?

—¿Prefiere que me calle?

—No lo sé. Sólo se lo pregunto.

—Mr. Mason, le propongo un trato. No repita usted a Walter lo que acabo de decirle sobre Duane Jefferson y me callaré su visita. Que quede como un pequeño secreto entre nosotros.

—Hum…

—¡Por favor, Mr. Mason! Además, si Duane Jefferson ha hecho algo malo, proteja a Walter. Impida que Duane pueda arrastrarle en su caída.

—¿Piensa que Jefferson puede haber hecho algo malo, Miss Chaumont?

—Ya le he dicho que sé escuchar.

—Pero él goza de una reputación excelente. Sus directores están persuadidos de que se trata de un hombre absolutamente íntegro.

—Todo el mundo puede equivocarse, Mr. Mason. Luego, cuando el juicio haya empezado, leeré los diarios con un interés especial. En todo caso, le repito una vez más: desconfíe de Duane Jefferson.

—Vuelvo a darle las gracias, Miss Chaumont.

Ella vaciló un segundo, después cerró la puerta, despacio, pero con un gesto decidido.

Capítulo 11

Perry Mason y Paul Drake salieron del ascensor y se encaminaron por el pasillo del lujoso edificio destinado a oficinas comerciales.

—He aquí «mi oficina» —anunció Drake, parándose delante de una puerta de cristal que ostentaba, con caracteres dorados, el número 555.

Empujó el batiente y entraron.

—Bueno —exclamó Mason, echando un vistazo circular—, ya compruebo que no falta nada. Es digna de un Rockefeller.

—Tuve que alquilar los muebles y la máquina de escribir —explicó Drake—. En cuanto a la alfombra y las cortinas, van comprendidas en el precio del alquiler.

—No sabía que pudiesen alquilarse despachos tan decorativos —comentó Mason.

—Es uno de los edificios más caros de la ciudad. Aquí es donde se reúnen los consejos de administración de ciertas sociedades, cuya central no radica en Los Ángeles. Poco antes que yo, estos despachos estuvieron alquilados a una importante sociedad mexicana cuyos directores celebraron un congreso. Sígueme, Perry.

El abogado y el detective se dirigieron a una vasta sala que hacía las veces de despacho particular.

—¿Es aquí donde has interrogado por vez primera a Miss Jordan?

—Aquí mismo.

—¿Crees que llegará a las seis en punto?

—Pondría las manos en el fuego. Seguramente deseará impresionarnos con su puntualidad. Bueno, Perry, todavía no me has dicho cómo te las arreglaste para proporcionarme los informes y sus señas personales.

—No.
—Ni su papel en el asunto que nos ocupa.
—Es posible —dijo Mason—, que ella sea la joven que penetró en las oficinas de la «S. S. A. P. P.».
—Me lo imaginaba —confesó Drake—, ya que su descripción coincide con la que difundió la Policía.
—¿Has instalado un magnetófono?
—La habitación está, literalmente, plagada de micros, Perry. Y el magnetófono está oculto en aquel lugar.
—¿No has pensado en hacer venir una recepcionista?
—Sí, vendrá una… Llaman a la puerta. Seguramente será ella. Un momento, Perry.
Salió de la estancia y volvió, poco después, con una encantadora joven.
—Perry, te presento a Nora Pitts. Regularmente, trabaja para mí. Esta tarde representará el papel de recepcionista.
Enrojeciendo de placer, Nora estrechó la mano que le tendía el abogado.
—Ya hace tiempo que deseaba conocerle, Mr. Mason —dijo—. Mr. Drake me lo había prometido no sé cuántas veces, pero como siempre trabajo fuera, empezaba ya a desconfiar.
—Le aseguro que lo ignoraba —comentó el abogado galantemente—. Paul, no has sido muy gentil. Si hubiera sabido que tenías una colaboradora tan encantadora…
El detective sonrió y luego consultó su reloj de pulsera.
—¿Sabe lo que tiene que hacer, Nora?
Ella asintió.
—¿Conoce usted a Della Street, mi secretaria? —preguntó Mason.
—Sí, de vista.
—Pues bien —explicó el abogado—, llegará dentro de muy poco. Le he dicho que viniese a las seis y cuarto. En cuanto a la otra visitante, que llegará a las seis en punto, usted la hará entrar, apenas llegue. Della esperará en el salón hasta que la avisemos. Sabremos que está aquí al oír el timbre.
—O. K. —asintió la joven.
Las seis menos siete —hizo observar Drake, consultando la hora —. Nora, vaya a ocupar su lugar.

Con una sonrisa, la joven abandonó la estancia. Drake se instaló en un sillón, mientras Mason tomaba asiento en otro. Los dos hombres encendieron cigarrillos.

—¿Has leído los diarios de esta noche, Perry? —consultó el detective—. Los periodistas afirman que tu cliente es tan imperturbable como…

—Trata de proteger a una mujer —cortó Mason, irritado—, y no será posible conseguir nada de él. Por lo tanto, es preciso hacer hablar a la mujer.

—¿Piensas que Mae Jordan es la dama de referencia?

—No sé nada, pero no sería difícil.

—Supongamos que sea ella.

—Haremos que hable.

—¿Y después?

—Como nuestra conversación habrá quedado registrada, iré a ver a Jefferson a la cárcel, le contaré todo lo que sepa y le enfrentaré con sus propias responsabilidades.

—¿Y luego?

—Espero que entonces consentirá en hablar.

—Perry, ¿de qué modo identificará el fiscal los diamantes?

—Esto es una cosa que no me preocupa en absoluto, Paul. Lo que sí puedo indicarte es que, como está tan seguro de tenerme cogido esta vez, ha olvidado una cosa.

—¿Cuál?

—¿Piensas que no podrá probar que ha habido asesinato?

—¿Cómo lo hará? El cuerpo de Munroe Baxter no ha sido hallado. Por lo tanto, y teniendo en cuenta que se trataba de un actor extraordinario, demostraré al jurado que si fue capaz de simular un suicidio, también ha podido fingir un asesinato sobre su persona. Señalaré, asimismo, que lo ha hecho para no tener que compartir con su cómplice, Ivonne Manco, el producto del contrabando. Proclamaré que se ha refugiado en México, con otra mujer… ¡y veremos!

—Evidentemente, es una historia que puede sostenerse muy bien —reconoció Drake.

—Seguro —prosiguió Mason—. Hamilton Burger, el fiscal, puede tener más de una flecha en su arco, pero dudo de que posea las pruebas irrefutables que se necesitan para que un jurado tome una

decisión. Con insinuaciones hábilmente intencionadas, llegaré a resultados positivos, pues habré sembrado la duda en el ánimo de los doce ciudadanos encargados de juzgar a mi cliente.

Fumaron en silencio unos instantes. De repente, Mason dijo:

—¿Qué hora señala tu reloj, Paul? El mío marca las seis y seis.

—Hum… El mío las seis y cinco. ¿Qué ha podido suceder, Perry?

—¿Habrá cambiado de parecer?

—Me extrañaría. Parecía estar muy contenta con la perspectiva que se le ofrecía. Además, un salario de doscientos dólares semanales no se ofrece todos los días.

Mason se levantó y empezó a pasearse por la estancia.

A las seis y cuarto sonó el timbre. El abobado abrió la puerta y echó un vistazo al exterior.

—Buenas tardes, Della —saludó—. Puedes pasar.

—¿No ha venido la mecanógrafa?

—Todavía no —respondió el abogado.

—Tal vez se haya atrasado un poco —sugirió Della.

Mason sacudió la cabeza.

—No lo creo —declaró—. Temo que ha debido reflexionar y desconfía.

—Esto habrá sido mucho más tarde —intervino Paul—, pues al marcharse estaba muy entusiasmada.

—Seguro —replicó Mason—, pero no es tonta. Al salir de aquí, ha debido llamar a alguna agencia de crédito o a la agencia controladora de las oficinas comerciales y habrá hecho telefonear a la dirección de este edificio, para saber quién había alquilado estas oficinas.

—Oh, oh… —exclamó Drake.

—¿Quieres decir que has dejado una pista?

—No podía hacer otra cosa, bajo pena de multa. Si ella ha hecho lo que dices, habrá descubierto fácilmente que el inquilino de esta oficina es la «Agencia de Detectives Drake».

Mason cogió su sombrero.

—En marcha, Paul.

—¿Voy contigo? —preguntó la secretaria.

El abogado dudó, luego dijo:

—¿Por qué no? Más tarde, os invitaré a cenar.

Se detuvo un momento en el salón para hablar con Miss Pitts.

—Si se presenta la joven, hágala esperar y telefonee, en seguida, a la agencia Drake.

Subieron al coche de Mason que se dirigió a Cabochon Street, a la dirección dada por Mae Jordan. Se trataba de un edificio de dos pisos, y estrecha fachada.

—Apartamento 218 —indicó Drake, mientras se apeaban del coche.

El abogado apretó, enérgicamente, el botón del 218. Lo dejó repiquetear durante un minuto largo. Como no obtuvo respuesta, llamó a la portería. La portera vino, poco después, y miró al grupo con ojos desconfiados.

—No hay nada para alquilar —empezó con tono desdeñoso.

—Soy detective —se presentó Drake—, y deseamos tener una entrevista con Miss Jordan.

—¿Ah, sí? —inquirió la portera—. Pues no están ustedes de suerte, hijos míos. Miss Jordan se ha marchado.

—¿Qué quiere decir?

—Me ha dicho que tenía que ausentarse por algún tiempo, y me ha rogado que cuide de su canario.

—¿Dónde ha ido?

—No lo sé. De todas formas, parecía tener mucha prisa. Ha pasado por delante de la portera como un vendaval y ha hecho sus maletas en un momento.

—¿Estaba sola?

—No, había dos hombres que la acompañaban.

—¿Han subido los dos con ella?

—Sí.

—¿Han vuelto a bajar juntos?

—Sí, llevando una maleta cada uno.

—¿Miss Jordan no le ha dicho el tiempo que pensaba estar ausente?

—No.

—¿Cómo llegó? ¿En taxi o en coche particular?

—No la vi llegar, pero se marchó con los dos hombres en un coche particular. ¿Por qué?

Mason y Drake cruzaron la mirada.

—¿A qué hora ocurrió todo esto? —preguntó el primero.

—Sobre las… veamos… Hace casi una hora y media.

—Gracias, muchas gracias —dijo Mason, mientras se dirigían a su coche.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Drake, mientras Mason se instalaba ante el volante.

—Moviliza a tus mejores hombres, Drake. Descubre dónde trabajaba. Obtén de ella todos los informes posibles e imaginables.

—¿Qué harás cuando la hayas encontrado?

—Le mandaré una citación de comparecencia, haré que se siente en el estrado de testigos, y le sacaré todo lo que sabe. ¿Cuánto tiempo necesitas, Paul, para decirme exactamente dónde se halla Walter Irving?

—Posiblemente, menos de una hora. Dos de mis hombres le siguen y me llaman cada hora.

—Así que sepas algo, avísame, Paul —rogó el abogado.

—Me parece —comentó entonces Della— que nuestra cena de invitación se ha ido al agua.

Capítulo 12

Aún no hacía diez minutos que Mason había regresado a su despacho, cuando sonó el timbre de la línea privada. Della le dirigió una mirada inquisitiva.

—Contestaré yo, Della —declaró el abogado, mientras descolgaba—. Dime, Paul. ¿Qué sucede?

—Uno de mis hombres acaba de avisarme que Walter Irving viene hacia aquí.

—¿Hacia *aquí*?

—Sí. Y tiene aspecto de hallarse enfurecido.

—Entonces, hay tres destinos posibles: tu despacho, el suyo o, quizás, el mío. Si va a verte a ti, mándamelo.

—Si se presenta en tu despacho ¿necesitarás mi ayuda?

—Gracias, ya me las compondré solito.

—Mi empleado me ha dicho que parece un toro furioso. Le han telefoneado cuando estaba cenando. Ni siquiera ha vuelto a sentarse a la mesa. Ha salido corriendo, inmediatamente ha parado el primer taxi que ha encontrado y le ha dado la dirección de este inmueble.

—O. K. —aprobó el abogado—. Veremos de qué se trata.

Colgó el auricular y comunicó a Della:

—Irving viene hacia aquí.

—¿A verte a ti?

—Probablemente.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esperarle.

Cinco minutos después, violentos golpes resonaron en la puerta del despacho privado de Mason.

El abogado se puso de pie.

—Seguramente será Irving —comentó—. No te molestes, Della, ya abriré yo.

—Buenas noches —saludó fríamente, cuando hubo abierto la puerta.

—¡Maldición! —exclamó Walter Irving, precipitándose en la pieza—. ¿Qué trata de…?

—Le aconsejo que modere su lenguaje —indicó Mason—. Hay una señorita y, a menos que se modere, le pondré de patitas en la calle.

—¿Quién será el encargado de echarme?

—Yo mismo.

—¿Usted y quién más?

—Yo solo.

Walter Irving le miró un momento y luego pareció calmarse.

—¡Valiente abogado es usted! —declaró finalmente.

—Ah, veo que recobra su sangre fría. Esto va mejor —aprobó Mason—. Entre, siéntese y dígame qué le ocurre. Y le advierto que la próxima vez que me oculte algo, será el primero en lamentarlo.

—No me he callado nada.

—Primero dígame lo que tenga que decirme y luego ya hablaremos.

—Ha visitado usted a Martine Chaumont.

—Efectivamente.

—No debiera haberlo hecho.

—¿Por qué no me lo advirtió antes?

—Hablando con franqueza no creí que descubriera usted su existencia. Y todavía me pregunto cómo lo ha logrado.

—¿Y qué pasa con mi visita a Miss Chaumont?

—Ha comprometido usted todo el asunto. Esto es lo que pasa.

—¿De veras? Si quiere explicarme cómo…

—Contaba con poder presentarla como testigo-sorpresa. Ella habría llegado a ser el centro de este caso. Con su historia del pretendido her…

—¿Cómo dice usted? *¿Pretendido?*

—¡No se haga usted pasar por más ignorante de lo que es, Mason!

—¿Así, pues, no es su hermano?

—¡Claro que no! —contestó indignado Irving—. Acabaré por creer que es usted un verdadero inútil. Su hermanito, no es otro que Munroe Baxter.

—Prosiga, Irving. Comienza usted a interesarme.

—¿No es bastante lo que le ha dicho?

—Desearía tener algunos detalles complementarios.

—Martine es una pequeña vivales. Hace ya tiempo que es la amiguita de Munroe Baxter, y éste la prefiere a Yvonne Manco, de la cual está hastiado. Después de haber nadado hasta la costa, Baxter marchó a casa de Martine. Como es lógico, ella ya lo tenía todo dispuesto para acoger a su pretendido hermano, tan enfermo.

—¿Tiene pruebas de lo que dice?

—Estoy empezando a reunirlas.

—¿Ha visto usted a Martine?

—Sí.

—¿Y a su «hermano»?

—Lo intenté, pero Martine no es nada tonta. Lo tiene encerrado en una habitación cuya llave obra en su poder. Traté de hacerla caer en una trampa, y le propuse cuidar a su hermano mientras ella iba a hacer algunas diligencias. Aceptó. Apenas salió de la casa, empecé a recorrer todas las habitaciones del bungalow. Una de ellas estaba cerrada con llave, pero, a través de la puerta, pude oír roncar a un hombre. Supongo que Martine debió de administrarle un somnífero, ya que, a pesar de mis repetidos golpes, nadie se movió allí dentro.

—¿Y cree usted verdaderamente que se trata de Munroe Baxter?

—Sé que es él.

—¿Cómo?

—¡No tengo por qué darle cuentas a usted!

—Bueno, si se lo toma así…

—Usted ha estropeado todo el caso. Ahora sí que ya no sé lo que podrá ocurrirle al pobre Jefferson.

—No se ha perdido nada. Haremos que vigilen la casita de Martine…

—¡Lo cual será estupendo! —exclamó Irving, con tono despechado—. Media hora después de su visita, Martine y su fingido hermano han abandonado el bungalow. No queda ni una rata y me apuesto lo que quiera a que no hallarán ni una sola huella dactilar.

—¿Adónde se han ido?

—¿Cómo puedo saberlo? He ido allí, pero ya no había nadie

pues los pájaros habían volado. Después de haber llamado inútilmente, y haber golpeado la puerta, me he dirigido a una Agencia de Detectives y, gracias a ella, he podido saber lo ocurrido. Estaba cenando, cuando el investigador me ha llamado. Esta tarde, los vecinos han observado que un coche se estacionaba delante de la casa y que un hombre y una mujer se apeaban. Según las descripciones, se trata de usted y su secretaria. Media hora después de su marcha, ha llegado un taxi, Martine ha hecho meter dentro del taxi cuatro maletas grandes y una bolsa de viaje. Después, entre ella y el chófer han ayudado a un hombre a abandonar la casa y a subir al auto. El hombre se tambaleaba como si hubiese estado bebiendo o drogado.

—¿Y luego?

—El taxi arrancó con sus dos pasajeros.

—Bueno —indicó Mason—. En este caso, hallaremos el taxi y el chófer.

Irving estalló en una risa de desdén.

—¿Cree que se enfrenta con una banda de imbéciles, Mason? Le deseo buena suerte. Cuando se encuentre en un callejón sin salida, se dará cuenta de la forma en que ha comprometido los intereses de su cliente.

Se puso en pie.

—¿Cuánto tiempo hace que está al corriente de los manejos de Miss Chaumont? —preguntó Mason.

—Hace muy poco. Fui a visitarla hace algún tiempo. Éramos buenos amigos, pues ella había trabajado como *public relations girl* en nuestra sucursal de París. Al verme empezó a temblar. De todas formas, se rehízo en seguida, ya que, como le he dicho, es una vividora. Me hizo pasar y me contó la historia del hermano. En seguida adiviné que aquello no sonaba muy lógico y esto fue la razón de que volviese allí, aquella misma noche. Iba a ponerlo todo en claro, cuando su intervención ha hecho fracasar todos mis esfuerzos.

Irving se dirigió a la salida con aire decidido.

—¡Un momento! —llamó Mason—. Todavía no me lo ha explicado todo. Usted sabe algo más.

—¡Claro que sí! Pero no seré tan tonto como para contárselo. Lo que sé, a partir de este momento, lo guardaré para mí. Y, por si le

interesa, voy a telegrafiar a Johannesburgo, aconsejándoles que den los dos mil dólares por perdidos y los pongan en la cuenta de gastos y pérdidas, y que se dirijan a otro abogado, uno que posea un mínimo de sentido común.

Salió dando un portazo. Apenas hubo marchado, Della se acercó al teléfono, pero Mason se lo impidió, diciendo:

—No hace falta, querida. Dos sabuesos de Drake le siguen todos los pasos. Dentro de poco sabremos lo que ha hecho al salir de aquí.

—En ese caso —contestó Della—, puedes convidarme a cenar, tal como me habías prometido.

Capítulo 13

Della Street puso el telegrama encima de la mesa de Mason justo en el momento que éste entraba en la oficina.

—¿Qué hay, Della? —preguntó, dejando el sombrero en una percha.

—Un telegrama de la «S. S. A. P. P.», de Johannesburgo.

—¿Me despiden?

—Todo lo contrario.

—¿Qué es lo que dicen esos señores?

—Te ruegan que continúes adelante con el caso, y que defiendas como mejor te parezca los intereses de Jefferson. Añaden que han tomado informes tuyos antes de contratarte, que tienen plena confianza en ti y que la única persona que tiene aquí poder para hacer y deshacer es Duane Jefferson.

—O. K. —exclamó Mason.

Sentándose, cogió el telegrama y lo leyó. Luego comentó:

—En cambio, me da la impresión de que no tienen gran confianza en Irving.

—De todos modos —replicó Della—, no sabemos lo que éste les dijo en su cable.

—Ya nos avisó de sus intenciones.

—¿Y el resultado práctico de esto, Perry?

—Estamos tan liados como el propio Irving, ya que, a menos que descubramos dónde se ocultan Mae Jordan y Martine Chaumont, corremos el riesgo de que las acciones Jefferson sufran una baja vertiginosa.

—¿Y si pidieras un aplazamiento?

Mason negó.

—¿Por qué no?

—Por múltiples razones. La primera es que ya me he puesto de

acuerdo con el fiscal sobre la fecha del proceso, y no puedo retractarme de mi palabra. La segunda es que salgo ganando, precipitando los acontecimientos, antes de que el fiscal se dé cuenta de ciertos olvidos.

—¿Opinas que el pretendido hermano de Martine Chaumont es Munroe Baxter?

Mason consultó su reloj.

—Paul Drake es quien contestará en seguida esta pregunta. Telefonéale, Della, y ruégale que venga rápidamente.

Diez minutos después, el detective se hallaba instalado en un sillón, mientras Mason, con las manos juntas, le escuchaba.

—Irving desvaría, Perry —explicó Paul—. Martine Chaumont se presentó en el Hospital Psiquiátrico y reclamó a su hermano Pierre, que llevaba internado un año, como loco violento, y que había sido operado del cerebro. La dirección del hospital quedó encantada al poder dejar a Pierre en manos de su hermana, ya que no sabían qué hacer con él y le costaba dinero al Estado, su manutención. Martine estuvo en el hospital más de un mes, antes de la llegada del vapor a bordo del cual se hallaba Baxter. En el momento en que ella se encargaba de su hermano. Baxter se marchaba hacia París.

—¿Y el hombre se llamaba verdaderamente Pierre Chaumont?

La dirección del hospital no ha podido demostrar lo contrario. Ese hombre era un criminal peligroso, un psicópata. La lobotomía lo ha curado, aparentemente, de sus impulsos sanguinarios, pero lo ha disminuido mentalmente. Desde la operación se halla como sometido a una especie de trance hipnótico y hace todo lo que se le ordena.

—¿Has investigado en la misma dirección del hospital, Paul?

—He investigado por todas partes, Perry, incluido el cirujano que practicó la operación, que, dicho sea de paso, no está muy contento del resultado, pues esperaba que fuera mejor. No creía que su paciente se convirtiese en un simple de espíritu inofensivo, pero idiota.

—¿Algo más, Paul?

—Ahora voy a decirte algo que te hará pegar un salto.

—Estoy preparado. Suéltalo, Paul.

—Miss Mae Jordan ha sido arrestada por unos detectives que trabajan a las órdenes del fiscal.

—¡Caramba! —exclamó el abogado—. ¿Han intentado hacerla hablar?

—Nadie lo sabe. Dos hombres se presentaron ayer por la tarde en el despacho jurídico donde trabajaba. He tenido que tender trampas sioux para llegar a saber el nombre y la dirección de la oficina. Es una de las más antiguas, de las más conservadoras y de las más lujosas de la ciudad. La llegada de los dos detectives provocó un pequeño escándalo. Se llevaron la pequeña a un despacho privado, la interrogaron y luego llamaron al director (a quien debes conocer, un tal Honcut), y le advirtieron que se veían obligados a llevarse a Miss Jordan, reteniéndola hasta la celebración de un proceso, añadiendo que aquello era lo mejor para todo el mundo.

—¿Ella protestó?

—Aparentemente, no.

Mason reflexionó.

—¿Cómo la han descubierto, Paul? —preguntó.

—De la manera más sencilla. Cuando arrestaron a Jefferson, le encontraron encima un carnet de notas con diversas direcciones y nombres. Todo estaba en clave, pero han logrado descifrarlo. Luego empezaron a presentarse en casa de todas las personas cuyos nombres figuraban en la agenda, hasta hoy que han llegado a la letra J.

—¡Les prometo un bonito contrainterrogatorio en el momento del proceso! —vociferó Mason—. Paul, ¿qué hay de Irving? ¿Adónde fue, cuando salió de aquí?

—Temo, Perry, que todavía no se han acabado las malas noticias.

El semblante del abogado se oscureció.

—Te había prevenido que era muy importante, Paul.

—Lo sé —se excusó Paul—, pero voy a decirte lo que ya sabes tan bien como yo. Cuando una persona sospecha que se le está vigilando y quiere despistar, no puede evitarse, a menos que se disponga de cuatro o cinco hombres que posean coche propio.

—¡Pero Irving no sabía que se le vigilaba!

—¿Qué te lo hace suponer?

—No me causó esta impresión cuando estuvo aquí.

—En tal caso, lo debió sospechar al salir. ¿Qué le dijiste, Perry,

para obligarle a desconfiar y a sospechar?

—Nada. ¿Cómo lo hizo para despistar a tus hombres?

—Del modo más sencillo. Subió a un taxi y seguramente le diría al chófer que un auto le seguía y quería despistarlo. El chófer aprovechó un cruce en el que campeaba el rojo, para pisar a fondo y acelerar. Mi hombre ha pretendido seguirle pero ha sido pitado por un policía que no aprecia a los que actúan en privado. Le ha echado un sermón al muchacho, y luego le ha metido una multa. En fin, cuando todo se acabó, Irving se hallaba a más de un kilómetro.

—¿Qué has hecho entonces, Paul?

—Los trucos de costumbre. Vigilar su casa.

—¿No regresó?

Drake meneó la cabeza.

—Mala suerte —aceptó Mason—. ¿Y los otros?

—¿Te refieres a Martine Chaumont? Crees que sería fácil encontrarla…

—No me digas que también, en esto, has fracasado, Paul.

—Te he traído informes sobre Mae Jordan.

—¿Y esto es todo?

—Todo.

—Bueno —indicó Mason—. Háblame de Martine Chaumont, y acabemos de una vez con las malas noticias.

—He necesitado muchísimo tiempo para identificar al chófer que fue a recogerla. Al final lo he conseguido. Se acordaba muy bien de la mujer y del hombre, ya que les había ayudado a transportar las maletas. Los llevó al aeropuerto.

—¿Y luego?

—Aquí se acaba la pista.

—¿Quieres decir, Paul, que una mujer, un hombre incapaz de valerse por sí mismo y cuatro maletas enormes, se han desvanecido en el aire, como el humo?

—Exactamente.

—¿No has podido averiguar qué avión tomaron?

—No tomaron ninguno.

—¿Cómo?

—Sí. Empecé por comprobar la lista de pasajeros. Ningún Chaumont. Entonces pensé que debieron marchar bajo otro nombre. Pero ¿cuál? Me presenté en equipajes. Después de todo, las cuatro

maletas eran lo bastante grandes para justificar un suplemento por exceso de peso. Pero nada tampoco. Sólo quedaba una solución. Martine Chaumont y su hermano bajaron del taxi y cogieron otro.

—Entonces, buscando al otro chófer…

—Es lo que mis hombres están tratando de hacer, Perry, pero dudo mucho que lo consigan pronto, suponiendo que lleguen a enterarse. Ya sabes el tráfico de los aeródromos, decenas de viajeros que llegan de todas partes, a cada minuto, y van en todas direcciones, a veces con mucho equipaje.

—Sí, sí —reconoció el abogado—. Según tú, ¿por qué ha hecho arrestar el fiscal a Mae Jordan?

—Para interrogarla, ¡caramba!

—¿Por qué no la ha puesto en libertad después de haber hablado con ella?

—Porque, sin duda, el interrogatorio todavía no ha concluido.

—En esto, estoy seguro que te equivocas, Paul. Creo que debe retenerla para hacerla comparecer como testigo de la acusación.

—¿Y bien?

—Si él no la cita, le acusaré de haber raptado a un testigo de la defensa. Y si la cita, le haré a Miss Jordan tales preguntas que Hamilton Burger se arrepentirá amargamente de haberla convocado.

—¿Sigues decidido a no pedir aplazamiento y darnos tiempo, así, a encontrar a Martine Chaumont y a su hermano?

—Exactamente —decidió Mason—. Por el contrario, quiero aprovecharme de la situación. Deseo que el fiscal base toda su acusación en las explicaciones de Miss Jordan y que esto tenga lugar antes de que se dé cuenta de que yo estoy al corriente de muchas cosas que él ignora.

Capítulo 14

El jurado quedó constituido a las diez y treinta de la mañana del segundo día de haber comenzado la vista del proceso. Cuando los jurados hubieron prestado juramento, el juez Hartley se instaló en su sillón y declaró:

—Señores, la acusación puede proceder a una declaración preliminar.

Aún no había acabado de hablar, cuando el fiscal Hamilton Burger, entró solemnemente dentro del recinto del tribunal. Se inclinó delante del juez y, en seguida, se dirigió a los bancos del jurado.

—Señoras y señores, soy el fiscal de este condado. El ministerio público pretende demostrarles que el hombre que se sienta en el asiento de los acusados es un empleado de la «Sociedad Sud-Africana de Piedras Preciosas» que, debido a eso, tuvo ocasión de saber que un tal Munroe Baxter estaba en posesión de un lote de diamantes valorados en más de trescientos mil dólares. Sabía que dicho personaje tenía la intención de introducir esos diamantes de manera fraudulenta en este país y, en consecuencia, asesinó a Munroe Baxter para apoderarse de los diamantes. Haremos comparecer a testigos que establecerán, sin género de dudas, la premeditación y la ejecución de este plan diabólico. También demostraremos que una parte apreciable de dichos diamantes fueron hallados en posesión del acusado. Y, basándonos en esto, vamos a pedirles que reconozcan al acusado culpable de asesinato.

Se inclinó otra vez delante de los jurados, y, luego, Hamilton Burger se reintegró al banquillo de la fiscalía.

Los periodistas se miraron unos a otros, atónitos, ya que nunca, en ningún proceso anterior, Burger había dado una declaración tan corta en los preliminares. Para ellos, habituados a los tribunales,

aquello sólo podía significar que el fiscal no deseaba revelarle a la defensa el modo cómo se proponía llevar adelante el proceso.

—Mi primer testigo —anunció solemnemente el fiscal— será Yvonne Manco.

—¡Que se presente Yvonne Manco! —llamó el ujier.

La joven avanzó, dirigió una pequeña sonrisa a los jurados y se aposentó en el sillón de los testigos. Vestía muy elegante, pero sobriamente. Por lo visto, el fiscal le había hecho aprenderse bien la lección. Después de haber declarado su nombre, su edad, dirección y ocupación, empezó su relato. Habló de sus relaciones con Munroe Baxter, de su idea de introducir los diamantes de contrabando, extendiéndose sobre la manera cómo habían preparado el plan, contando cómo se había realizado el mismo hasta el momento que Baxter se lanzó al agua, señalando que Baxter iba provisto de un aparato respiratorio de reducido tamaño, disimulado bajo sus vestidos.

Hamilton Burger intervino entonces. Enseñó a los jurados una serie de mapas estableciendo el itinerario del vapor en su crucero y varias fotos tomadas en el curso del mismo. Hizo que el testigo indicara claramente el lugar donde Baxter se había lanzado al agua, luego se volvió hacia Mason y dijo:

—Puede usted proceder al contrainterrogatorio.

El abogado dirigió una amable sonrisa a la testigo, la cual cruzó las piernas de un modo tan provocativo que todos los elementos masculinos del jurado alargaron sus cuellos, mientras que las mujeres volvían la cabeza, con manifiesto desagrado.

—¿Se hace usted llamar Yvonne Manco? —comenzó Mason.

—Sí.

—Pero, ¿tiene usted otro nombre?

—No.

—Sin embargo, usted es la esposa legítima de Munroe Baxter.

—Esto es exacto, pero, desde que soy su viuda, prefiero que me llamen por mi nombre de soltera, es decir, Yvonne Manco.

—Ya entiendo —comentó Mason—. ¿No desea usted llevar el nombre de su marido?

—No se trata de esto. Yvonne Manco es mi nombre profesional.

—¿Sí? —formuló el abogado—. ¿Puedo preguntarle cuál es su profesión?

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual Hamilton Burger se puso en pie de un salto.

—¡Señor presidente! —exclamó dirigiéndose al juez—. Elevo mi protesta por la forma en que ha sido hecha la pregunta. Además, la misma no tiene relación con el asunto que se debate.

El juez se rascó la barbilla.

—La testigo —explicó—, ha sido la primera en emplear la palabra «profesional», pero pese a ello tengo que darle razón al ministerio público. Se acepta la protesta.

—¿Estuvo casada con Munroe Baxter?

—Sí.

—¿La ceremonia se celebró a bordo del navío?

—Sí.

—¿Sabe lo que es, entre nosotros, «matrimonio de derecho común»?

—Sí.

—¿Se hacía usted llamar Mrs. Baxter, antes de que se celebrase la ceremonia?

—Sí.

—O, dicho de otra manera, antes del crucero.

—Sí.

—Usted nos ha hablado hace unos momentos de un plan concebido para hacer pasar por muerto a su esposo. ¿De quién fue la idea, de él o de usted?

—De él.

—Pero ¿usted sabía que se prestaba a un plan ilícito, ilegal e inmoral?

—¡Claro que sí! —exclamó Yvonne Manco—. No soy estúpida.

—Justamente —aprobó Mason, sonriendo ampliamente—. Desde que empezó la investigación, ¿ha tenido usted muchos contactos con el fiscal?

—Naturalmente.

—Y ha sido el ministerio público quien la ha citado como testigo prometiéndole a cambio no hacerla perseguir como contrabandista.

—Claro que sí. Yo…

—¡Un momento! —se elevó la voz de Hamilton Burger—. Protesto, señor presidente. La pregunta es totalmente extraña al asunto.

—No se acepta la protesta —objetó el juez—. Responda, testigo.

—A decir verdad —siguió Yvonne Manco—, no fue exactamente como usted ha dicho. El fiscal y yo no hemos firmado ningún pacto, pero reconoció que si yo testificaba para la acusación, sería ilógico hacerme perseguir luego.

—¿Qué le dijo que hiciese?

—Declarar y decir la verdad y nada más que la verdad.

—Y a cambio de ella, le prometió inmunidad plena y completa, ¿no?

—A cambio de la verdad, sí.

—En suma —resumió Mason—, que contándonos lo que acaba de decirnos, se ha conquistado el reconocimiento del ministerio fiscal.

—Sí.

—Verdaderamente el ministerio fiscal es muy generoso —comentó Mason suscitando algunas risas entre el público—. Esto es todo.

Hamilton Burger arrugó el entrecejo. Aparentemente, esperaba un contrainterrogatorio más detallado, y ahora se daba cuenta de que, por el momento, la defensa sólo intentaba hacer resaltar la dudosa moralidad de los testigos.

—Mi siguiente testigo es Jack Gilly —anunció Burger.

Jack Gilly era una persona muy alta, de pómulos prominentes, nariz afilada, frente abombada y mentón voluntarioso. Se movía sin ruido, casi furtivamente, y parecía estar un poco intimidado delante del Tribunal. Prestó juramento, indicó su nombre, edad y domicilio.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó Hamilton Burger.

—¿En la actualidad? —respondió el testigo.

—¿Ejerce el mismo oficio que hace seis meses, no?

—Sí.

—¿En qué consiste?

—Alquilo barcas de pesca, canoas y lanchas.

—¿En dónde?

—En el puerto.

—¿Conocía usted a Munroe Baxter, cuando vivía?

—¡Un momento! —intervino Mason—. Señor presidente, esta pregunta nos lleva a hablar de un hecho que no ha sido establecido todavía. Por ahora, Munroe Baxter es un presunto vivo.

—¿Puedo explicarme, señor presidente? —señaló el fiscal.

—Evidentemente —declaró el juez—, aunque me parece que la mejor solución hubiese sido probar primeramente que… En fin, estoy dispuesto a escuchar las manifestaciones del señor fiscal.

—Señor presidente —dijo éste—, Munroe Baxter saltó al agua y, desde entonces, nadie más ha podido verlo vivo. Tengo testigos, entre los pasajeros y personal del buque, que atestiguarán que ellos vieron a Baxter precipitarse al agua por encima de la borda. El capitán lanzó una canoa al mar para tratar de encontrarle.

—Es posible —señaló el juez—, pero esto no es suficiente como prueba. Y, de todos modos, el primer testigo de la acusación ha empezado por decir que este suicidio simulado formaba parte de un plan ingeniosamente dispuesto y…

—Sí, lo sé, lo sé —interrumpió Hamilton Burger—, pero existen muchos planes que fracasan. Saltar al mar, en pleno océano, es cosa peligrosa y…

—Señor fiscal —cortó el juez con sequedad—, en primer lugar, se abstendrá de interrumpir al tribunal. Y después, oída la declaración de Yvonne Manco, no puede admitirse que Munroe Baxter esté muerto hasta que no se haya demostrado de manera irrefutable.

—Muy bien, señor presidente. Haré mi pregunta de otro modo, Mr. Gilly, ¿conocía usted a Munroe Baxter?

—Sí.

—¿Le conocía bien?

—Le vi varias veces.

—¿Conocía usted a Yvonne Manco, que acaba de declarar?

—Sí.

—Hablemos del cinco de junio. ¿Qué hizo usted aquel día?

—Alquilar canoas, como de costumbre.

—¿Alquiló usted una, alrededor de las siete y media de la tarde?

—Sí.

—¿A quién?

—Sinceramente, no lo sé.

—¿Alquiló una canoa a un hombre a quien nunca había visto?

—Sí.

—¿Le dijo aquel hombre lo que pretendía?

—Me señaló que yo le había sido recomendado por…

—Un momento —objetó Mason—. Protesto. El testigo no puede hablar de hechos a los que no asistió personalmente.

—Se aprueba la objeción —declaró el juez Hartley.

—Muy bien —aceptó Burger—. ¿Alquiló usted, Mr. Gilly, una canoa a un hombre a quien no conocía?

—Sí.

—¿Le pagó el alquiler?

—Sí.

—¿A qué hora se apropió dicho hombre de la canoa?

—Al día siguiente, a las cinco de la madrugada.

—¿En qué circunstancias?

—Estaba en el muelle, a mi lado. Yo tenía unos gemelos muy potentes y con ellos escrutaba el mar. Cuando vi avanzar el navío del crucero hacia la entrada del puerto, avisé a mi cliente. Éste rápidamente, saltó a bordo de la canoa y partió.

—¿Puso el motor en marcha?

—El motor había sido puesto en marcha una hora antes, ya que el tiempo estaba frío.

—¿Qué hizo después su cliente?

—Se dirigió inmediatamente hacia el canal de entrada.

—Un momento, señor presidente —intervino Mason—. Ruego respetuosamente al tribunal que ordene que esta parte de la declaración del testigo sea suprimida del proceso verbal ya que no se refiere al acusado.

—¡Voy a probar lo contrario! —gritó el fiscal—. Y será en los primeros minutos siguientes.

—El tribunal se reserva el derecho de suprimir o no lo pedido por la defensa —señaló el juez. Sin embargo, señor fiscal, creo que todas las preguntas dirigidas hasta ahora, son preliminares solamente.

—¿Qué hizo usted, una vez hubo partido la canoa? —preguntó Burger al testigo.

—Bueno —declaró éste—, pensé que…

—Sus pensamientos no le interesan al tribunal y sí únicamente los hechos —interrumpió Hamilton Burger—. Cuéntenos lo que hizo.

—Me marché al lugar donde tenía aparcado mi coche y luego me dirigí a un lugar desde el cual se divisa una gran parte del

puerto, ya que tenía curiosidad por ver lo que ocurriría.

—¿Qué quiere decir con «lo que ocurriría»?

—En realidad, deseaba vigilar la canoa que acababa de alquilar.

—¿Y qué vio usted?

—Cómo el vapor entraba lentamente en el puerto.

—¿Qué más vio usted?

—Vi a Munroe Baxter saltar por la borda.

—¿Cómo sabe usted que era Baxter?

—Bueno… Después de haber leído los periódicos…

—¿Le reconoció?

—¡Caramba! Se parecía a Baxter, pero a aquella distancia… y con la poca luz reinante, no podría jurarlo.

—Entonces, no saque conclusiones prematuras. Vio a un hombre que saltaba por la borda del barco.

—Sí.

—¿Se parecía dicho hombre a algún conocido suyo?

—Sí.

—¿A quién?

—A Munroe Baxter.

—Lo cual quiere decir que, al verle usted, pensó en Munroe Baxter, pero sin poder jurar que fuese él.

—Esto mismo.

—¿Qué más sucedió luego?

—Vi a mucha gente que corría por encima del puente del buque. Después botaron una lancha salvavidas.

—¿Y luego?

—Miré hacia el lugar donde se hallaba la canoa que había alquilado.

—¿Qué vio usted?

—Comprobé que en la misma se hallaban dos hombres.

—¿*Dos* hombres? —exclamó el fiscal, fingiendo asombro.

—Sí.

—¿Sabe usted de dónde había llegado el otro?

—No, señor. Presumo que mi cliente debió de recogerlo en algún lugar del puerto.

—No tendremos en cuenta esta respuesta —aseveró Hamilton Burger—. Se trata sólo de una suposición por su parte, ya que usted no vio cómo el otro hombre subía a la canoa.

—Ah, no…

—Así, todo lo que sabe es que, de repente, vio dos hombres dentro de la canoa.

—Sí.

—Muy bien. ¿Y luego?

—La canoa quedó quieta en un punto del océano durante algún tiempo. El segundo hombre parecía estar pescando. Sostenía una larga caña de pesca.

—¿Después?

—Vi que la caña se tensaba, como si el hombre hubiera atrapado algo muy pesado.

—¿Qué más?

—Al momento vi salir del agua un objeto enorme, al extremo del sedal.

—¿Qué más vio?

—Uno de los dos hombres se inclinó por la borda. Parecía estar hablando.

—Poco importa lo que parecía estar haciendo. ¿Qué *hizo*?

—Se inclinó fuera de la canoa como le he dicho.

—¿Qué más hizo?

—Vi cómo levantaba el brazo y lo bajaba varias veces seguidas. Empuñaba un cuchillo, que hundió varias veces en el objeto que flotaba en el agua.

—¿Después?

—Luego uno de los dos hombres alzó un objeto muy pesado, que cogió del fondo de la canoa, según me pareció ver, y que ató al cuerpo que flotaba.

—¿Bien?

—Luego pusieron el motor en marcha, arrastrando lentamente aquel objeto.

—¿Qué hizo entonces?

—Volví a subir a mi coche y regresé al lugar donde alquilo mis canoas. Dos horas más tarde, mi cliente me devolvió la canoa que le había confiado.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¿Le dijo usted algo?

—Le pregunté si había embarcado a alguien más después de

haberme dejado y res…

—Protesto —objetó Mason.

—Retiro la pregunta —señaló el fiscal antes que el juez hablase —. Mr. Gilly, ¿reconoció usted al otro hombre, aquél que estaba en la canoa con su cliente?

—Entonces, no, pues no le había visto nunca.

—¿Ha tenido usted ocasión de verle después?

—Sí.

—¿Quién era aquel hombre?

—El acusado.

—¿Se refiere a Duane Jefferson?

—Sí.

—¿Está seguro de que era él?

—¡Protesto! —se irguió Mason—. Es un intento de la acusación de contrainterrogar a su propio testigo.

—No se admite la protesta —decretó el juez—. Testigo, responda a la pregunta.

—Sí, señor presidente, estoy seguro —dijo Gilly.

—¿Le vio usted con sus gemelos? —preguntó el fiscal.

—Sí.

—¿Son potentes sus gemelos?

—Mucho.

—¿Lo bastante para permitirle identificar, sin sombra de error, a los dos hombres que iban en la canoa?

—Sí.

—Cuando la canoa le fue devuelta, ¿observo algo en ella?

—Sí.

—¿Qué?

—Unas manchas.

—¿Qué clase de manchas?

—Manchas de sangre.

—¡No, no! —protestó el fiscal—. Descríbalas, pero no haga deducciones. Usted ignora si era sangre.

—En tal caso, diré que parecían manchas de sangre.

—Descríbalas, por favor —rogó Hamilton Burger.

—Bueno, eran de un rojo oscuro.

—¿Cuándo las vio por primera vez?

—Tan pronto como me fue devuelta la canoa.

—¿Parecían recientes?

—Objeción, ya que la respuesta entraña una conclusión —hizo observar Mason.

—Se admite la protesta —estimó el juez al respecto.

—Mr. Gilly —preguntó el fiscal—, ¿es usted pescador?

—Sí.

—Habrá tenido ocasión de ver sangre en las barcas y canoas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Puede usted decir si una mancha de sangre es o no es reciente?

—Sí.

—Con permiso —intervino Mason—. ¿Está usted interrogando al testigo sobre la sangre de pescado, no?

—Pues… sí —reconoció el fiscal, visiblemente contrariado.

—Dicho de otro modo, ¿le pregunta usted al testigo si las manchas de sangre que había en su canoa eran de pescado?

—¡Eran de sangre humana! —tronó Burger.

—Hago observar al Tribunal con todo respeto —indicó el abogado—, que un testigo no puede ser considerado como experto en sangre humana, si sus conocimientos se han limitado solamente a la sangre de pescado.

—El principio es el mismo —objetó el fiscal—. Sólo hay diferencia en el color, cuando la sangre está seca.

—¿Lo afirma el señor fiscal en calidad de experto? —preguntó cortésmente Mason.

El juez Hartley sonrió.

—Temo, señor fiscal —declaró—, que el Tribunal tendrá que inclinarse del lado del señor defensor. Ante todo, es preciso demostrar que existe similitud entre la sangre humana y la del pescado.

—Muy bien —aceptó el fiscal—. Estableceré esta similitud mediante la ayuda de otro testigo. Mr. Gilly, ¿está seguro en cuanto a la identidad del acusado?

—Sí.

—¿Se hallaba dentro de la canoa que le había sido alquilada cuando le vio usted apuñalar a… al objeto aquel dentro del agua?

—Sí.

—Las manchas de las cuales se ha hablado, ¿estaban en la canoa cuando usted la alquiló?

—No.

—Pero, ¿sí estaban cuando le fue devuelta la canoa?

—Sí.

—¿Dónde está actualmente la canoa en cuestión?

—En manos de la Policía.

—¿Cuándo se apoderó la Policía de ella?

—Unos diez días más tarde.

—¿El dieciséis de junio?

—Creo que fue el quince.

—¿Halló algo más dentro de la canoa?

—Sí.

—¿Qué?

—Un cuchillo de caza con el nombre «Duane» grabado sobre un lado del mango y en el otro las iniciales M. J.

—¿Dónde está ese cuchillo?

—En poder de la Policía.

—¿Cuándo les fue entregado?

—En el momento que les entregué la embarcación.

—¿Reconocería el cuchillo si lo viese?

—Sí.

Hamilton Burger deshizo un paquete y del mismo extrajo un cuchillo de caza.

—¿Es éste?

—El mismo —replicó Gilly—. Éste es el cuchillo que hallé en el interior de la canoa.

—¿Se halla en el mismo estado?

—No del todo. Cuando lo encontré estaba bastante manchado de líquido rojo, quiero decir sangre, mientras que ahora hay menos.

—En efecto, una parte de dicha sangre fue recogida por el laboratorio químico de la Policía, para ser analizada —explicó el fiscal al jurado—. Mr. Mason, puede proceder a su contrainterrogatorio del testigo, y ruego que este cuchillo sea marcado como pieza de convicción.

Mason dirigió una afable sonrisa al testigo.

—Mr. Gilly —preguntó sin darle importancia—, ¿ha sido condenado alguna vez?

Hamilton Burger dio un salto, preparándose visiblemente para protestar, pero volvió a sentarse sin haber formulado ningún reparo.

—Sí —murmuró a media voz.

—¿Cuántas veces?

—Dos.

—¿Por qué causa?

—La primera vez por robo.

—¿Y la segunda?

—Por falso testimonio.

Esta respuesta casi fue inaudible.

—¿Podría indicarnos —prosiguió Mason, sonriendo como nunca — a qué distancia vio usted la canoa a través de sus anteojos?

—¡Caramba! No lo sé. Tal vez quinientos… o setecientos metros.

—¿Era de día o todavía de noche?

—Empezaba a clarear.

—¿Había niebla?

—No, solamente algo de bruma.

—¿Una bruma fría?

—Sí, ya señalé que el tiempo era más bien frío.

—Así que había humedad en el aire. ¿Puede decirme con qué limpió los vidrios de sus gemelos?

—Pues… no creo haberlos limpiado.

—¿Y vio a los dos hombres que estaban pescando?

—Sí. El acusado sostenía la caña.

—Y, según parece, pescó algo.

—Sí, un gran objeto, como ya le he dicho al señor fiscal.

—¿Ha visto usted muchas veces pescar a las demás personas?

—Claro que sí.

—Y a veces, cuando han pescado, digamos un rodaballo, ¿les ha visto matar al pescado a cuchilladas, antes de desprenderlo del anzuelo?

—¡Aquello no era un rodaballo!

—Le he hecho una pregunta precisa. Contésteme.

—Sí.

—¿Vio usted aquel objeto «por completo» fuera del agua?

—No.

—¿Suficientemente fuera del agua, cuando menos, para poderse dar una idea de lo que era?

—El objeto quedaba casi por entero sumergido.

—¿No había visto nunca a su cliente hasta que le alquiló la canoa?

—Nunca.

—¿Ni lo volvió a ver?

—No.

—¿Sabía con certeza que no había ningún cuchillo dentro de la canoa cuando la alquiló?

—Sí.

—¿Cuándo lo vio usted por primera vez?

—El día seis, por la tarde.

—¿Dónde?

—En el interior de la canoa.

—¿No lo había visto nunca hasta entonces?

—No.

—Sin embargo, usted miró bien la canoa cuando le fue devuelta.

—Sí.

—¿Es posible que el cuchillo fuese colocado en la canoa entre el momento en que le fue devuelta y el momento en que lo encontró?

—Pues… sí.

—¿Cuánto le pagó su misterioso cliente por alquilarle la canoa?

—¡Protesto! —exclamó Burger—. La pregunta no tiene que ver con el proceso.

—Está bien —aceptó Mason—. Lo diré de otro modo. ¿Tiene usted una tarifa de alquiler para sus canoas?

—Sí.

—¿Puede decírnosla?

—Dólar y medio cada media hora.

—¿Pagó la tarifa habitual su cliente?

—No, convinimos una tarifa especial.

—¿Más de lo corriente?

—Sí.

—¿Cuánto?

—¡Protesto! —gritó el fiscal.

—No se acepta la protesta —decretó el juez.

—¿Cuánto? —repitió Mason.

—No no me acuerdo —respondió el testigo—. Creo que… unos cincuenta dólares.

—¿Fue ésta la suma que usted pidió o la que él ofreció?
—Fue lo que yo pedí.
—¿Está seguro de que fueron cincuenta dólares?
—Ya le he dicho que no lo recordaba demasiado bien. El cliente me dio una prima, pero no sé de cuánto.
—¿Le entregó más de cincuenta dólares?
—Tal vez. No conté el dinero. Me dio los billetes y al momento los metí en mi arquilla.
—¿No sintió usted curiosidad por saber cuánta era la cantidad entregada?
—No me acuerdo.
—¿Es posible que le entregara más de cincuenta dólares?
—Sí, es posible, pero no lo sé.
—¿A lo mejor, fueron mil dólares lo que le dio?
—¡Esto es absurdo! —exclamó el fiscal, poniéndose de pie.
—¡No se admite la protesta! —declaró el juez—. Testigo, responda.
—¿Y bien? —insistió Mason.
—No lo sé —repuso Gilly, apartando su mirada de la del abogado.
—¿No lo apuntó usted en su contabilidad?
—No la llevo.
—En suma, usted ignora el dinero que tiene en su arquilla.
—No lo sé con exactitud.
—¿Tal vez con diferencia de un dólar?
—No.
—¿De un centenar de dólares?
—No.
—¿Tiene usted, actualmente, en su arquilla más de quinientos dólares?
—No lo sé.
—¿Más de cinco mil?
—No puedo decirlo.
—Pero ¿es posible?
—Sí.
—Si no me equivoco, Mr. Gilly, reconoció hace un momento haber sido condenado por falso testimonio.
—Sí… sí —balbuceó el testigo.

—Muchas gracias. Esto es todo —concluyó Mason, sonriendo.

El juez Hartley echó un vistazo al reloj de pared.

—La sesión se levanta hasta las dos —dijo—. Durante este descanso, los jurados se abstendrán de hacer ninguna alusión al proceso, ni entre ellos ni con tercera persona. Guardias, llévense al acusado. La audiencia proseguirá dentro de dos horas.

Paul Drake y Della Street, que se hallaban entre el público, se levantaron e hicieron ademán de ir hacia Mason. Éste con un guiño les obligó a no moverse, y luego se volvió hacia Duane Jefferson, preguntándole:

—¿Dónde se hallaba usted la noche del cinco al seis de junio, y en la madrugada del seis?

—En mi casa durmiendo —replicó Jefferson.

—¿Puede demostrarlo?

—¡Qué pregunta más absurda! —exclamó Jefferson—. Como soy soltero, duermo solo, Mr. Mason. Y, como soy inocente, no tengo coartada. Por otra parte, ¿quién puede hacer caso de las majaderías de este sujeto, falso testimonio y condenado por el derecho común, que nunca me había visto antes de ahora?

—No es su declaración lo que me inquieta —aseguró Mason—, sino el aire seguro del fiscal. Debe de tener en reserva otros testigos más peligrosos, ésta es la razón por la cual le pregunté qué hacía usted mientras en el puerto se desarrollaba todo el drama.

—Pues bien —explicó Jefferson— durante la noche del cinco…

En aquel momento se interrumpió.

—No tengo ninguna intención de explicárselo. En cuanto al seis a partir de medianoche y hasta las ocho de la mañana, no me moví de mi casa. A las nueve, estaba en mi despacho. Y puedo probar cuanto hice a partir de las siete.

—¿De qué modo?

—Mi amigo Walter vino a buscarme a las siete, y desayunamos juntos. Después, ambos nos dirigimos a la «S. S. A. P. P.».

—¿Y el cuchillo?

—Es mío, pero me lo robaron. Lo guardaba en una maleta, en mi casa.

—¿Cómo lo consiguió usted?

—Era un regalo.

—¿De quién?

—Esto no tiene nada que ver con el asunto, Mason.

—¿Quién se lo entregó?

—Esto no importa.

—Es *preciso* que sepa de dónde proviene Jefferson.

—Mis asuntos sólo me atañen a mí.

—Pero su proceso me concierne a mí.

—Ya lo sé, y le doy carta blanca. Lo único que le pido es que no me haga preguntas sobre mis relaciones femeninas.

—¿Este cuchillo le fue entregado en condiciones… molestas?

—De ningún modo.

—Entonces, dígame quién se lo dio.

—Imposible, Mason, ya que entonces usted seguramente, me haría ciertas preguntas en el estrado de testigos, a las que no podría contestar, bajo pena de perjurio.

—El fiscal le hará preguntas más embarazosas todavía. Lo importante es que yo pueda tener la certeza de que usted no me miente.

—Nunca le *miento a nadie* —declaró Jefferson.

Mason se encogió de hombros, y se dirigió hacia Della y Paul Drake, quienes, tan pronto estuvo a su lado, le rodearon impidiéndole el paso.

—Bueno, Paul, ¿qué opinas? —le preguntó el abogado.

—Es el proceso más embrollado de cuantos he asistido —confesó el detective—. Me extraña que Hamilton Burger haya citado a Gilly, que ha causado tan mala impresión a todo el mundo.

—Según creo —indicó Mason—, lo ha hecho para adormecerme en un ambiente de falsa seguridad. ¿Qué hay de nuevo?

—Walter Irving ha reaparecido.

—Vaya, menos mal. ¿Dónde se ocultaba?

—Nadie lo sabe. Reapareció esta mañana, a las diez treinta, aquí mismo. Instalado en el último banco del público, no ha perdido ni una sola palabra del debate.

—Estoy esperando una sorpresa desagradable —comentó Mason.

—Por desgracia, yo también —suspiró Drake—. Hamilton Burger está demasiado cortés para ser leal. Seguramente te reserva algo.

—¿Qué vas a hacer con Irving, Perry?

—Nada. Nuestras relaciones están más bien tirantes, Paul.

¿Noticias de Martine Chaumont y su hermano?

—No han sido hallados, si es lo que quieres saber, aunque he podido averiguar cómo pudieron escapar sin dejar rastro.

—Me interesaría saberlo —dijo Mason.

—Martine Chaumont hizo recoger su equipaje por un mozo que lo depositó en la consigna. Luego, ella y su hermano subieron a un coche perteneciente a una sociedad aérea, como si fuesen viajeros acabados de aterrizar. Después le entregó a otro mozo los *tickets* de la consigna, ordenándole que sólo cogiera dos maletas, dejando otras dos allí. Éste es el motivo por el que no pudimos hallar rastro de unos viajeros con cuatro maletas. Realizado esto, se hizo conducir a un hotel. Y desde aquel momento han desaparecido.

—Después de lo cual —terminó el abogado—, supongo que habrán vuelto al aeródromo en busca de las dos maletas restantes.

—Exacto.

—Paul —apremióle Mason—, es absolutamente necesario que dés con ellos.

—Aún no he concluido la búsqueda, Perry.

—¿No podrías hacer registrar todos los hoteles?

—Perry —explicó Drake—, mis hombres han pasado la ciudad con un rastrillo. Hoteles, agencias de alquiler de apartamentos, compañías del gas, de electricidad, todo. No he olvidado ni los hoteles de los alrededores… ¡y nada!

Mason reflexionó.

—Paul —sugirió luego—, ¿has hecho mirar en las agencias de alquiler de coches?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero en las casas que alquilan coches a tanto por día y por kilómetro recorrido.

—¡Hombre, no se me había ocurrido! —exclamó Paul, con los ojos brillantes.

—Lo creo de veras, al ver tu cabeza —afirmó Mason—. Me imagino que ella ha debido alquilar un coche, en el que habrá hecho subir a su hermano junto con el equipaje, y después habrá marchado a cualquier pequeña localidad situada a unos cincuenta o sesenta kilómetros.

—¡Si ha hecho esto…!

Sin concluir la frase, Drake se precipitó por la escalinata del

Palacio de Justicia hacia la calle.

Capítulo 15

—Llame al testigo siguiente, señor fiscal —ordenó el juez Hartley a Hamilton Burger.

Éste pareció vacilar unos instantes y luego dijo:

—Será Miss Mae Jordan, señor presidente.

Miss Jordan, bella y elegante, penetró en el Tribunal y, después de haber prestado juramento, tomó asiento en el estrado de los testigos.

Hamilton Burger se le acercó y, con tono compasivo empezó el interrogatorio.

—Miss Jordan, ¿conoce al acusado aquí presente, Duane Jefferson?

—Sí.

—¿Cuándo le conoció?

—¿Quiere decir cuándo le vi por primera vez?

—Sí.

—Lo vi por primera vez, cuando llegó a esta ciudad, pero ya hacía algún tiempo que me escribía con él.

—¿En qué fecha le *vio* por primera vez?

—El diecisiete de mayo. Aquel día, fui a buscarle a la estación.

—Háblenos, por favor, de su correspondencia con el acusado.

—Bueno… todo empezó en broma.

—¿Qué quiere dar a entender, Miss Jordan?

—Me intereso por la fotografía y estoy abonada a una revista especializada. En uno de los números, un lector ofrecía cambiar clisés estereoscópicos de África del Sur por clisés del mismo tipo de nuestro desierto del Sudoeste. El ofrecimiento me interesó y escribí al Apartado de Correos indicado en el anuncio.

—¿En África del Sur?

—No, aquí, a la revista intermediaria, pero ésta hizo seguir mi

respuesta. Y resulta que la persona a la que yo escribí fue justamente la que hoy está aquí acusada.

—¿Cuál fue, luego, la naturaleza de sus cartas? —preguntó el fiscal, que, volviéndose hacia Mason, añadió—: Espero alguna objeción por su parte, Mr. Mason, pero obro así para llegar cuanto antes a los hechos.

El abogado sonrió.

—Siempre desconfío un poco del ministerio fiscal, cuando le veo animado de tales propósitos —contestó—. Lo mejor será que deposite las cartas en cuestión como piezas de convicción. Mientras tanto elevo mi protesta.

—Se admite —señaló el juez.

—Muy bien —murmuró el fiscal—. ¿Recibió usted alguna carta en respuesta?

—Sí.

—¿Fue así como se inició la correspondencía?

—Sí.

—¿Cómo iban firmadas las cartas que usted recibía?

—Depende…

—¿Qué quiere decir? —preguntó el fiscal—. Yo pensaba…

—Nos importa muy poco lo que pueda pensar el señor fiscal —intervino Mason—. Vayamos a los hechos.

—¿Cuál era la firma que llevaba cada carta?

—Algunas estaban firmadas con el nombre del acusado. Sobre todo las primeras.

—¿Dónde están estas cartas actualmente?

—Ya no existen.

—¿Por qué?

—Las destruí.

—En tal caso, hablemos de su contenido —y volviéndose al juez, Burger prosiguió—. Ya que ha sido establecido que no existen las pruebas de primer grado, tendremos que conformarnos con pruebas de segundo grado.

—¿Alguna objeción? —preguntó el juez a Mason.

—Me reservo el derecho de hacer algunas preguntas en cuanto a la naturaleza y contenido de dichas cartas, cuando proceda al contrainterrogatorio, señor presidente —contestó el abogado—, así como a las razones de su destrucción. Si no quedo satisfecho con las

respuestas, me veré obligado, acto seguido, a pedir *post factum* que la parte del interrogatorio correspondiente a ese asunto no figure en el proceso verbal.

—Preferiría que presentara ahora su protesta —aconsejó el juez.

—Muy bien, señor presidente —contestó—. Estimo, en primer lugar, que el ministerio público no ha establecido de manera suficiente la necesidad de presentar pruebas en segundo grado. Segundo, que algunas de dichas cartas, según declaración de la propia testigo, no llevaban la firma del acusado. Esto hace que solicite al tribunal me autorice a preguntar a la testigo.

—Puede hacerlo —aceptó Hamilton Burger con tono afectuoso.

—Miss Jordan —empezó el abogado—, usted ha afirmado ahora mismo, que solamente unas cuantas cartas estaban firmadas por el acusado. ¿Qué ha querido decir con esto?

—Bueno, pues… —la testigo pareció dudar.

—Explíquese, Miss Jordan; esto puede ser importante.

—Pues —prosiguió Miss Jordan—, algunas de las cartas llevaban una firma… de fantasía.

—¿Por ejemplo?

—Una de ellas iba firmada «Papá fastidioso».

Se oyeron risas por toda la sala. El juez Hartley frunció el entrecejo.

—¿Y las otras? —siguió preguntando Mason.

—Varios nombres por el estilo. Seguramente, esto se debió al hecho de que al principio intercambiamos fotos de fantasía.

—Precise más, por favor.

—Al igual que yo, el acusado está muy interesado en la fotografía. Al empezar, nuestra correspondencia fue muy oficial, reservada. Poco a poco, fue tomando un carácter más íntimo. Un día, el acusado me pidió que le enviase una fotografía mía, y para gastarle una broma…

Se calló y se humedeció los labios.

—La estamos escuchando, Miss Jordan —le invitó Mason a proseguir.

—Yo poseía el retrato de una solterona de sesenta años y, además, tenía una foto mía, en traje de baño. Monté una foto trucada y le envié al acusado una fotografía mostrando la cabeza de la vieja de sesenta años sobre mi propio cuerpo. Esperaba que, si

trataba de hacerme la corte por correspondencia, Mr. Jefferson se daría cuenta de que no me gustaba su proceder.

—Supongo que usted, por su parte, también le pidió una foto suya.

—Eso mismo.

—¿Se la envió?

—Sí.

—¿Qué representaba la foto?

—Una cabeza de jirafa, con unos lentes en la nariz y un cuerpo de atleta.

—Entonces, se dio cuenta de que su propia broma le había sido devuelta, ¿no?

—Sí.

—¿Qué ocurrió luego?

—Intercambiamos muchas otras fotos del mismo estilo.

—¿Y las cartas?

—Iban firmadas con nombres que, más o menos, correspondían a las fotografías.

—Supongo, pues, que algunas de ellas irían firmadas con nombres como «Casanova», «Sir Galahad» o «El Príncipe Encantador», ¿verdad?

La testigo pareció sorprenderse.

—Sí —asintió finalmente—. En efecto, las últimas cartas iban firmadas «Príncipe Encantador».

—¿Dónde se hallan estas cartas actualmente?

—Las destruí.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó el abogado—. Después de todo, es él, me refiero al acusado, quien guardaba sus cartas.

—Yo… fui a su despacho.

—¿Estando él allí?

—Yo… Cuando cogí las cartas, el acusado estaba presente.

Mason sonrió al fiscal. Luego se volvió hacia el juez.

—Creo, señor presidente, que no tengo más preguntas que hacer a la testigo sobre esas cartas. Sin embargo, y teniendo en cuenta que la mayor parte de ellas, no estaban firmadas más que por nombres fantásticos, la testigo no puede afirmar que fuesen escritas, efectivamente por el acusado. Pido, por tanto, que la declaración de Miss Jordan concerniente a esta correspondencia, sea suprimida del

proceso verbal.

El juez examinó a Miss Mae Jordan.

—¿Constituían esas cartas, respuestas a otras que usted había escrito?

—Sí, señor presidente —contestó Miss Jordan.

—¿Qué escribía usted en el sobre de las mismas?

—Mr. Duane Jefferson, C-o S. S. A. P. P.

—¿A la dirección sudafricana?

—Sí, señor presidente.

—¿Echaba usted misma las cartas al Correo?

—Sí.

—¿Y cada carta que recibía era contestación a otra suya?

—Sí.

—¿Las quemó usted?

—Sí.

—Señor abogado —manifestó el juez a Mason—, lo siento, pero queda descartada la protesta. Estas cartas pueden ser agregadas a los debates, como pruebas de segundo grado.

Una amplia sonrisa iluminó el semblante de Hamilton Burger, que reemprendió el interrogatorio de la testigo.

—¿Quiere decirnos qué contenían las cartas destruidas?

—Bien —explicó la joven—, el acusado se lamentaba de su soledad. Era desgraciado lejos de sus amistades… Es un poco difícil de explicar.

—Hágalo lo mejor que pueda, Miss Jordan.

—Es delicado. Es preciso, para empezar, que se haga cargo del ambiente en el que nos escribíamos. Así, él afirmaba que era muy rico y virtuoso, que sería un esposo modelo. Todo esto, sin embargo, en un tono humorístico. Por mi parte, yo me ufanaba de mi belleza…

Al decirlo, se calló.

—Prosiga —la animó el fiscal.

—Precisamente, a causa del carácter cómico de esas cartas, quise recuperarlas. Para una persona no iniciada, hubiesen podido pasar por la correspondencia cursada entre dos locos. Finalmente, un día, Duane Jefferson me escribió una carta en serio. Me anunciaba que la «S. S. A. P. P.» había decidido abrir una sucursal en Estados Unidos, y que la misma sería instalada en esta misma

ciudad, habiendo sido nombrado director. Añadía que, después de nuestra correspondencia, sería muy feliz pudiendo conocerme.

—¿Cuál fue su reacción?

—De pronto, me sentí asustada. Una cosa es intercambiar cartas con una persona situada a millares de kilómetros y otra muy distinta es llegar a conocerla. En una palabra, me sentí muy embarazada.

—Y entonces, ¿qué sucedió?

—Me envió un telegrama para anunciarme su llegada. Fui a recibirle a la estación y debo confesar que, al principio, quedé muy decepcionada.

—¿Por qué?

—Esperaba otra cosa. A fuerza de escribirle, de leer sus respuestas, había acabado por forjarme una imagen de él. Le consideraba como un amigo y…

—¿Y qué?

—Quedé hondamente decepcionada, como ya he dicho. Le telefoneé dos o tres veces, después de nuestro primer encuentro, y una noche salimos juntos.

—¿Qué pasó?

—Se mostró como un ser insufrible —explicó Miss Jordan—. Ni me demostró respeto ni consideración. Me trataba como… como si tuviese derechos sobre mí.

—¿Qué le dijo usted?

—Que debía devolverme mis cartas.

Brindó una mirada desdeñosa a Jefferson.

—¿Qué contestó él?

—¡Me dijo que podía *obtenerlas*!

—¿Qué hizo usted?

—Tomé la decisión de recuperarlas, costase lo que costase. De todos modos, yo opinaba que me pertenecían.

—¿Y…?

—El catorce de junio, fui a las oficinas de la «S. S. A. P. P.» a una hora que sabía que no habría nadie.

—¿Después?

—Entré.

—¿Con qué objeto?

—Con el único objeto de recuperar mis cartas.

—¿Tenía alguna razón para creer que las mismas estaban allí?

—Sí. El acusado me había dicho que se hallaban encerradas en uno de los cajones de su mesa y que me las devolvería cuando yo hubiera hecho lo que me exigía.

—¿Qué ocurrió mientras estaba usted en la «S. S. A. P. P.»?

—No pude hallar las cartas. Busqué por todas partes, abrí los cajones, miré en los archivos…

—Prosiga.

—De pronto, se abrió la puerta.

—¿A quién vio usted?

—Al acusado, Duane Jefferson.

—¿Solo?

—No, con su colaborador Walter Irving.

—¿Qué sucedió entonces?

—El acusado empezó a jurar. Me trató con palabras vulgares, las más obscenas que he oído jamás.

—¿Y luego?

—Intentó cogerme.

—¿Qué hizo usted?

—Retrocedí y, al hacerlo, derribé una silla. Entonces, Mr. Irving se me echó encima y me inmovilizó. El acusado proseguía insultándome. Entonces, les dije que sólo había entrado para apoderarme de las cartas.

—¿Y a continuación?

—Se quedó el acusado muy sorprendido, después de lo cual se echó a reír, volviéndose a Mr. Irving y diciéndole: «¡Dios mío! ¡Las había olvidado!».

—¿Luego?

—Sonó el teléfono. Mr. Irving descolgó, escuchó unos momentos y exclamó: «¡La Policía está en el edificio!».

—Prosiga.

—El acusado se precipitó hacia un clasificador que yo no había conseguido abrir, cogió mis cartas reunidas en un paquete, mientras me decía: «Toma, pequeña imbécil, tus cartas. Cógelas y desaparece. La Policía te está buscando. Alguien te ha visto entrar descerrajando la puerta y ha llamado a la comisaría».

—¿Y usted…?

—Él empezó a empujarme hacia la salida. Mientras tanto, Mr.

Irving me deslizó algo en la mano, diciéndome: «Tome, coja esto y no hable a nadie de su visita aquí».

—¿Qué hizo luego?

—Apenas me vi en el pasillo, corrí hacia los lavabos para señoras.

—¿Y allí?

—Deshice el paquete de las cartas, comprobé si eran las mismas y las tiré a una papelera donde se tiran las servilletas de papel usadas. Sabía que serían quemadas.

—¿Más tarde?

—Como la Policía había invadido el inmueble, yo no pensaba más que en ocultarme para escapar al arresto.

—¿Y qué pasó? —preguntó Hamilton Burger, sonriendo entre dientes.

—Era casi seguro que todas las salidas estarían vigiladas y sabía que cualquiera que fuese el que me había visto, habría facilitado mi descripción a la Policía. Empecé a andar por el pasillo cuando vi sobre una puerta la inscripción «Perry Mason, abogado. Entrada». Me encontré a salvo. Entré con la intención de consultarle sobre un pretendido divorcio o alguna cosa por el estilo. Pero las cosas fueron muy diferentes.

—¿Qué quiere decir?

—Al parecer, en la secretaría de Mr. Mason esperaban la llegada de una mecanógrafa, enviada por una agencia especializada. Como me quedé vacilando en el umbral, una de las secretarias me preguntó si yo era la enviada. Respondí afirmativamente y, en seguida, me pusieron a trabajar.

—Y —preguntó el fiscal, con una sonrisita irónica—, ¿estuvo trabajando toda la tarde en el despacho de Mr. Perry Mason?

—Parte de la tarde, sí.

—¿Y luego qué hizo?

—Cuando la Policía se marchó del piso, pensé que había muchas probabilidades de poder salir sin despertar sospechas. Tenía miedo de que Mr. Mason telefonease a la agencia y averiguase la verdad. Todavía no había concluido de copiar un documento jurídico que me habían dado. Pero, a pesar de esto, cogí mis cosas y me marché. En el primer momento, me detuve en los lavabos, luego cogí el ascensor, salí del edificio y me marché a mi casa.

—Usted ha declarado hace un instante que le habían deslizado algo entre las manos. ¿Qué era?

—Diamantes. Dos.

—¿Cuándo vio lo que era?

—Poco después de haber empezado a escribir a máquina para Mr. Mason, el documento que me había entregado su secretaria. Abrí mi bolso y miré lo que Mr. Irving me había dado. Los diamantes iban envueltos en un papel de seda. Creí que iba a desmayarme, pues pensé que Irving y el acusado iban a presentar una denuncia contra mí, acusándome de haberles robado las dos piedras preciosas. Por lo tanto, tomé la decisión de desembarazarme también de aquello, para que, en caso de que la Policía me detuviese, no las hallasen sobre mi persona.

—¿Cómo hizo usted para desembarazarse de ellas?

—Las fijé en la parte inferior de la mesa de escribir.

—¿De qué manera?

—Con goma de mascar.

—¿Con goma de mascar?

—Sí. Llevaba dos tabletas de pastillas y dos pastillas más sueltas. Las mastiqué todas, cubrí los diamantes con la pasta resultante y lo pegué todo en la madera.

—¿Dónde están los diamantes en la actualidad?

—Que yo sepa, todavía están en el mismo lugar donde los dejé.

—Señor presidente —propuso el fiscal, volviéndose hacia el juez Hartley—, ¿puedo respetuosamente solicitar al tribunal que un representante autorizado se traslade, rápidamente, al despacho de Mr. Mason con la misión de mirar y registrar el lugar indicado por la testigo y, si lo encuentra, traiga el chicle y los dos diamantes?

El juez interrogó con la mirada al abogado.

—Señor presidente —dijo éste—, no seré yo quien pondré obstáculos a ello.

—Muy bien —aprobó el juez—. En este caso, el tribunal ordena que un funcionario de la Policía vaya inmediatamente al despacho de Mr., Mason y requise los objetos en cuestión.

—Ruego a su Señoría que eso se cumpla *inmediatamente*, antes… antes de que ocurra algo que impida recuperar dichas piedras preciosas —intimó Hamilton Burger.

—¿Qué puede ocurrirles? —preguntó el juez.

—Ahora que sabemos dónde se ocultan dichos diamantes —precisó el fiscal— no quisiera que desaparecieran.

—Tampoco yo —intervino Mason—. Por ello me uno a la súplica del señor fiscal. Lo mejor será enviar a uno de los ayudantes del ministerio público a mi despacho para que se haga cargo de los diamantes.

—¿Dónde está la mesa en que trabajaba esta joven?

—La transportamos a la biblioteca, señor presidente.

—Muy bien —indicó el juez—. Señor fiscal, sírvase dar las órdenes pertinentes a uno de sus ayudantes.

Hamilton Burger cambió algunas palabras con uno de los detectives municipales, que abandonó la sala inmediatamente tras lo cual reanudo su interrogatorio. Cogiendo el cuchillo que había hecho identificar por la testigo precedente, se lo enseñó a Miss Jordan.

—Miss Jordan —dijo—, he aquí un cuchillo cuya hoja mide veinticuatro centímetros y cuyo mango tiene grabado, por un lado el nombre de «Duane» y por el otro las iniciales M. J. ¿Lo reconoce usted?

—Sí. Se trata de un cuchillo que envié al acusado como regalo de Navidad, a finales del año pasado, a Johannesburgo. Le escribí en una carta, en broma, claro está, que el mismo podría servirle algún día, para… para defender mi honor.

La joven se puso a sollozar.

—Pienso —declaró, entonces, Hamilton Burger dirigiéndose al jurado— que no tengo ninguna otra pregunta que formular a la testigo. Mr. Mason —añadió, dirigiéndose ahora al abogado—, si quiere proceder al contrainterrogatorio…

El abogado esperó hasta que Miss Jordan se hubo enjugado las lágrimas. Entonces, se lanzó al ataque.

—Creo —empezó—, que es usted una mecanógrafa muy rápida y segura.

—Lo hago lo mejor que puedo.

—¿Trabajó usted para mí la tarde del catorce de junio?

—Sí.

—¿Es experta en piedras preciosas?

—No, particularmente.

—¿Conoce la diferencia entre un diamante auténtico y uno

sintético?

—No hay ninguna necesidad de ser un experto para darse cuenta de que los que yo tenía en el bolso eran verdaderos.

—¿Está usted segura de que dichas piedras no las había usted *comprado* al acusado?

—Sí.

—¿Está segura de que no fueron el pago de un servicio que usted le había prestado?

—Naturalmente que no.

—¿Quién se las entregó? ¿Mr. Irving o Mr. Jefferson?

—Mr. Irving.

Mason estudió, por un momento, el rostro de la testigo que, con los puños apretados, le contemplaba colérica.

—¿Inició su correspondencia con el acusado, cuando éste estaba todavía en África del Sur?

—Sí.

—¿Le escribió usted cartas de amor?

—No eran, realmente, cartas de amor.

—Pero ¿había en las mismas algunos párrafos que usted no desearía que se hiciesen públicos?

—Sí… sí —dudó—, pero no por su contenido, sino por la forma en que yo me expresaba. Hubiese sido una molestia para mí, una humillación, que alguien hubiera leído aquellas cartas.

—En conclusión, ¿eran lo bastante, comprometedoras para que usted estuviese dispuesta a cometer un crimen para poder posesionarse de ellas?

—No creo que sea un crimen penetrar en un despacho, para apoderarse de una cosa que me pertenecía.

—¿Ignoraba que era ilegal entrar en un despacho forzando una puerta cerrada con llave? ¿No sabía que las cartas, una vez metidas en el buzón, pertenecen únicamente a su destinatario?

—Yo… yo no lo sabía. No consulté con ningún abogado.

—¿Dónde consiguió la llave?

—No dije que tuviera ninguna llave.

—Usted ha reconocido que penetró en el despacho de la «S. S. A. P. P.», cuando Mr. Irving y el acusado no estaban allí.

—Claro que sí. Entré para tomar posesión de objetos que me pertenecían.

—Por lo que está claro que debía poseer una llave. ¿De dónde la cogió?

—¿Cómo se consigue, generalmente, una llave?

—¿En casa de un cerrajero?

—Tal vez.

—¿Le encargó a un cerrajero que le hiciese una llave, capaz de abrir la puerta de la «S. S. A. P. P.»?

—No pienso contestar ninguna pregunta referente a esa llave.

—Y si el tribunal le ordena que conteste a ellas, ¿qué hará?

—Rehusaré, invocando mis derechos constitucionales, ya que una respuesta sobre esto puede incriminarme.

—Comprendo —declaró Mason—. Pero lo cierto es que usted ya ha reconocido que había entrado ilegalmente en la «S. S. A. P. P.». En tales condiciones ya es demasiado tarde para invocar sus prerrogativas constitucionales.

—Señor presidente —intervino Hamilton Burger— pido respetuosamente al tribunal que me escuche sobre este asunto. Ruego asimismo al tribunal que tenga en cuenta que la testigo ha reconocido haber entrado en la oficina de la «S. S. A. P. P.» cuando ni Mr. Irving ni el acusado se hallaban en el interior, pero ello no implica la forma en que se efectuó dicha entrada. En lo que atañe a Miss Jordan, la puerta habría podido estar abierta. Y, como se trata de un departamento con fines comerciales, puede presumirse perfectamente que entró allí por algún asunto de negocios. Estimo, por lo tanto, que al invocar sus prerrogativas constitucionales, la testigo tiene el derecho de negarse a responder una pregunta que puede acarrearle incriminación.

—¡Hum! —murmuró el juez Hartley arrugando el entrecejo—. Esta actitud no es habitual entre los testigos citados por el ministerio público.

—Pero es que todo el proceso es algo insólito, señor presidente.

—Bueno, ¿desea la defensa elevar una protesta, Mr. Mason? —preguntó el juez al abogado.

—De ningún modo, señor presidente —contestó Mason—. Pero, en cambio, deseo formular algunas preguntas a la testigo.

—A condición —replicó rápidamente el fiscal— de que las preguntas de la defensa sean pertinentes y se limiten al asunto que nos ocupa. Durante todo el proceso, el señor abogado defensor da

vueltas y más vueltas, intenta tergiversar la situación, esperando que se produzca un milagro capaz de mostrarle un punto débil. Si prosigue en esta línea de defensa, me veré obligado a presentar una protesta.

—Que será rechazada —cortó el juez—. Prosiga, Mr. Mason.

—Miss Jordan —empezó el abogado—, ¿puede usted darnos el nombre de la persona que le entregó la llave gracias a la cual pudo abrir la puerta de la «S. S. A. P. P.»?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque mi respuesta me incriminaría.

—¿Discutió con el fiscal la manera cómo respondería a mis preguntas?

—¡Señor presidente! —protestó Burger—. Mr. Mason vuelve a su eterna canción, a la sempiterna pregunta que hace en cada proceso, a todos los testigos de la acusación. El Tribunal puede estar perfectamente convencido de que yo solamente he citado a la testigo para que sus declaraciones proyectasen un poco de luz en este espantoso crimen. Para saber en qué consistiría su testimonio, fue preciso, como es de rigor, que yo me entrevistase con Miss Jordan.

Sin perder de vista la mirada de Miss Jordan, Mason repitió:

—¿Discutió usted con el señor fiscal de qué modo debería responder a mis preguntas?

—Sí.

—¿Discutieron los dos lo que tenía usted que contestar cuando llegásemos a la pregunta sobre la forma en que se procuró la llave, y quién se la dio?

—Sí.

—¿La cuestión partió de usted misma, o fue el fiscal quien se la sugirió?

—Yo… yo conozco mis derechos.

Mason sonrió.

—De acuerdo, no lo dudo. Sin embargo, usted acaba de decirnos que ignoraba fuese un crimen entrar dentro de una oficina sin consentimiento de las personas interesadas.

—Yo… pues… En fin, como una oficina es un lugar de labores comerciales, donde puede entrar todo el mundo…

Mason volvió a sonreír.

—Ya veo que es usted muy rápida y fértil de imaginación, Miss Jordan —concluyó—. Pero todo esto me confirma, la teoría de que fue el ministerio público quien le indicó la actitud a seguir y quien le ha aconsejado que se negara a contestar ciertas preguntas de la defensa.

—El señor fiscal y yo examinamos juntos los distintos aspectos de mi declaración.

—Y fue él, claro, quien…

—Fui yo quien le aseguró que rehusaría contestar ciertas cuestiones.

—Y, naturalmente, él le señaló cuáles eran las preguntas a las que usted debía negarse a contestar.

—Pues… en cierto sentido… s… sí.

—Es cuanto deseaba saber. Volvamos a los diamantes Según nos ha dicho, ¿tenía usted dos sobre su persona cuando abandonó el departamento de la «S. S. A. P. P.»?

—Sí.

—¿No le pertenecían a usted?

—Me habían sido regalados.

—¿Por quién?

—Por Mr. Irving que me obligó a tomarlos.

—¿Le dijo él *por qué* tenía usted que cogerlos?

—Sí, para «olvidar mi visita a la “S. S. A. P. P.”».

—No lo entiendo.

—Pues así fue.

—¿Y usted los cogió?

—Sí.

—Luego ¿no habló con nadie de su visita a la «S. S. A. P. P.»?

—No, hasta algún tiempo después.

—¿Sabía usted que estas dos piedras representaban una fortuna considerable?

—Sí.

—¿Y, a pesar de esto, las cogió?

—Sí.

—¿Qué hizo usted con ellas?

—Ya lo he dicho. Las escondí, camufladas entre la goma de mascar, que pegué debajo de una de sus mesas de escribir.

—¿Por qué lo hizo de esa forma? Usted llevaba un bolso…

—Pero si me hubieran detenido, ¿cómo hubiese podido justificar su presencia en su interior? Nadie me hubiera creído. Todos habrían pensado que acababa de robarlas.

—Sin embargo, usted afirma que se las regalaron.

—Sí, es cierto, pero ¿quién me hubiese creído?

—¿Y piensa usted que el jurado va a creerla ahora?

—¡Protesto! —exclamó el fiscal.

—Se acepta —opinó el juez.

—¿No es verdad que la persona que le entregó la llave para entrar en las oficinas de la «S. S. A. P. P.», le dio al mismo tiempo un paquete de diamantes que usted debía ocultar de tal manera que fuesen encontrados por la Policía, cuando practicasen un registro?

—¡No!

—¿No es menos cierto que, por una serie de circunstancias independientes de su voluntad, dos piedras de aquel paquete, se deslizaron del mismo yendo a parar al fondo del bolso, donde quedaron ocultas, hasta que al verlas intentó desembarazarse de las mismas ocultándolas en la mesa de trabajo de mi despacho?

—¡Protesto! —objetó Hamilton Burger—. Esto no son más que suposiciones.

—¡No se admite la protesta! —estimó el juez Hartley.

—¿No es verdad que todo se desarrolló de la manera que acabo de decir? —insistió Mason.

—¡Todo eso es una sarta de embustes! —replicó Mae Jordan vivamente—. Cuando entre en la «S. S. A. P. P.» no llevaba ningún diamante.

—Pero, ¿se niega a decirnos el nombre de la persona que le entregó la llave?

—Sí.

—Esto es todo —concluyó el abogado defensor—. No hay más preguntas.

Mae Jordan abandonó el estrado de testigos. Los componentes del jurado parecían hallarse ligeramente desorientados.

Hamilton Burger hizo llamar para testificar a pasajeros del crucero que habían visto a Baxter echarse al agua y luego, a los expertos de la Policía que habían analizado las manchas de sangre halladas en el cuchillo que Gilly había encontrado en su canoa.

Mason sólo contrainterrogó al último de ellos.

—¿Cuándo procedieron ustedes al análisis de la sangre? —preguntó.

—El diecinueve de junio.

—Por lo tanto en una fecha en que las manchas tenían ya una antigüedad de quince días, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Es posible que, en lugar de quince días, aquellas manchas ya hiciese un mes que estuviesen en el cuchillo?

—No sería imposible.

—En resumen, ustedes basaron sus conclusiones en las explicaciones dadas por Gilly.

—En parte, sí.

—¿Sabía usted, cuando estableció sus conclusiones, que Gilly había sufrido condena por falso testimonio?

El testigo se sobresaltó evidentemente, con aire intranquilo.

—¡Protesto! —exclamó el fiscal.

—Se acepta —decretó el juez—. Rogamos a la defensa que se ciña a los hechos.

—Esto es todo —finalizó Mason—. No hay más preguntas.

Max Dutton, la última persona citada por el ministerio público, antes de la suspensión de la audiencia, resultó ser un testigo-sorpresa. Declaró que, habitualmente, residía en Bruselas y que se había desplazado a instancias de Hamilton Burger. Precisó que era experto en diamantes y que había descubierto un sistema que permitía identificar las piedras preciosas sin error posible. Gracias a unos análisis microscópicos, podía determinar un verdadero estado-civil para cada diamante. A preguntas del ministerio público explicó con todo detalle su método, y, por fin, citó los nombres de las sociedades por cuenta de las cuales había trabajado, estando todas ellas muy contentas de sus servicios.

Explicó también que había trabajado para Munroe Baxter, quien le había entregado los más grandes de sus diamantes, para que estudiara sus características y las inscribiera en su archivo. Añadió que la Policía de Los Ángeles le había remitido una cantidad de piedras preciosas, entre las cuales halló unas cuantas que, sin ninguna duda, pertenecían al lote que Munroe Baxter le había entregado para su identificación. Por último, explicó que su sistema

de determinación de piedras preciosas era tan seguro, como el empleado para la identificación de las huellas digitales.

Mason le hizo algunas preguntas por pura fórmula, después de lo cual el tribunal aplazo la audiencia hasta el día siguiente por la mañana.

Mientras el abogado defensor recogía los documentos esparcidos por su pupitre, Walter Irving se abrió paso a través de la muchedumbre y se les acercó.

—Le presento mis excusas —empezó con un tono de humildad.

—No tiene por qué presentármelas —cortó secamente Mason—. Ni usted me debe ninguna excusa, ni yo le debo a usted cosa alguna.

—No por ello dejaré de excusarme —insistió Irving—. Debo decirle que la pequeña Jordan es una terrible mentirosa, un testigo falso como nunca había visto otro igual. Mi opinión es que ella se introdujo en nuestras oficinas para dejar allí los diamantes. Pero, sean cuales fueren las razones por las que penetró en la «S. S. A. P. P.», nada de cuanto explica es cierto. Jefferson y yo no llegamos hasta bastante después de su huida. Podemos probarlo. Y está claro que nunca le he entregado ningún diamante ni le he dicho que debía «olvidar su visita a la “S. S. A. P. P.”». Ahora que hago memoria, recuerdo haberla visto en la estación esperando la llegada de Duane. Ésa fue la única vez en mi vida que la había visto. Se condujo con él de manera harto vulgar, tirándosele al cuello.

»Tengo la impresión, Mr. Mason, de que su participación en este turbio asunto es, por demás, siniestra. Y temo que el fiscal sea precisamente la persona de quien quieren servirse, como víctima propiciatoria, para hundir a la «S. S. A. P. P.».

—Es posible. A propósito, ¿dónde ha estado usted metido todos estos días?

—En México. Entre nosotros, creí que aprovecharía mi ausencia injustificada, para dirigir a la Policía contra mí.

—Pues, como puede ver, no lo he hecho.

Después de un breve silencio, prosiguió Mason:

—Por lo menos, todavía no.

Irving sonrió.

—De todas maneras, lo prefiero así. Pero, tal como ya le dije un día, si se ve en la necesidad de hacerlo, no vacile. Atáqueme. Yo soy

un posible sospechoso, no lo olvide en ningún momento.

—No pase cuidado alguno. No lo olvido.

La sonrisa de Irving se amplió.

—Sí, del modo que sea, puedo ayudarle en algo, cuente conmigo. Además, tenga en cuenta que puedo proporcionar una coartada para Duane, para la madrugada del día seis. Tomamos juntos el desayuno poco después de las siete y llegamos al despacho a las nueve, permaneciendo en él hasta mediodía.

—¿Y la noche del cinco? —preguntó Mason.

Irving se encogió de hombros.

—Duane había salido —explicó.

—¿Con quién? ¿Dónde?

—Seguramente con una mujer. ¿Dónde? Lo ignoro.

—Irving —declaró el abogado—, no sé si usted conoce el procedimiento judicial, pero hay ocasiones en que la defensa se ve obligada a hacer hablar al propio acusado como testigo. Eso ocurre cuando el ministerio público ha acumulado contra él multitud de cargos. Temo que este caso ya ha llegado. Lo malo es que si hago declarar a Jefferson, éste cada vez se hundirá más, indispondrá al jurado en contra de él, por su negativa a querer confesar dónde estuvo el día cinco por la noche.

—Ya lo sé —contestó Irving—. Conozco exactamente las dificultades con que tropieza. Antes de que le haga sentarse en el sillón de los testigos, permítame que yo hable con Duane Jefferson. Creo que lograré convencerle, obligándole a que preste una más completa cooperación, aunque al hacerlo tenga que poner término a nuestra amistad. Por ello, insisto una vez más en asegurarle que soy su aliado cien por cien.

—Sí —ironizó Mason—, creo estar enterado de que por eso envió usted un cable a Johannesburgo de los más colaboradores.

No por esto perdió Irving su sonrisa, sino que sostuvo la mirada de Perry Mason.

—Me cogió —reconoció—. Es cierto que aconsejé a la sociedad que prescindiese de sus servicios, pero voy a enviar otro cable esta tarde y será totalmente distinto. Y, de paso, ¿ha podido encontrar el rastro de Martine Chaumont?

—No —confesó el abogado.

Irving arrugó el entrecejo.

—Ya se lo previne. Por ese lado comprometió usted la situación de su cliente. Pero, esto aparte, es usted un verdadero brujo. Hasta muy pronto, querido abogado.

Capítulo 16

Perry Mason recorría su despacho a grandes zancadas. De repente se paró y exclamó:

—¡Dios mío, Paul! ¿A qué se debe que Hamilton Burger tenga aspecto de estar tan seguro de sí mismo?

—De todos modos, le has hecho salirse de sus casillas más de una vez —le consoló el detective, instalado en un butacón.

—Sí, lo sé. Se ha encolerizado, ha gritado, pero hay algo en su actitud que me intriga, incluso me inquieta un poco. Aparentemente, en su mano no tiene un gran juego, ni siquiera un triunfo. Se trata de un proceso por asesinato, y no ha podido ni tan sólo probar la existencia del cadáver. Ha interrogado a un hombre que ha sido condenado por prestar falso testimonio, un hombre con antecedentes.

—También a Mae Jordan, cuyo testimonio no se tragará el jurado —añadió Paul.

—En eso te equivocas. He estado observando las reacciones de los miembros del jurado. No hacían más que mirarla. Cuando la he acusado de haber escondido los diamantes en la «S. S. A. P. P.» y lo ha negado, ha sido a ella y no a mí a quien han creído.

—A mí parecer, Perry, no habrías tenido que dejarla marchar tan pronto.

—Me he visto obligado a hacerlo, Paul. De haber insistido, hubiese tenido al jurado contra mí. Cuanto más hablaba Miss Jordan, más simpatía sentían ellos hacia la joven. Les ha caído en gracia y, ante ello, no hubiese conducido a nada bueno pretender averiguar sus verdaderas intenciones. Pero todavía no he acabado con ella, Paul. Cuando la atmósfera nos sea un poco más propicia, la contrainterrogaré y, sobre todo, cuando hayamos podido reunir más material de su vida pasada. Lo que ahora vas a hacer es llamar

a algunos de tus mejores hombres y encargarles que indaguen en su pasado, sin dejar nada por remover, sus amistades, sus conocidos, sus diversiones… Cuando sepamos todo eso, será cuando habrá llegado la ocasión de presentarla a esos hombres y a esas mujeres del jurado, como lo que es, como una vulgar aventurera. Lo primero que debemos descubrir, Paul, es la identidad de la persona que le entregó la llave con la cual se pudo introducir en la «S. S. A. P. P.».

Drake asintió, pero no se movió.

—¿No quieres hacer nada? —preguntó Mason.

El detective sonrió.

—¿Lo crees así, Perry? Imagínate que sé leer tus pensamientos. Tan pronto como Mae Jordan ha abandonado la sala de audiencias, mis hombres han empezado a vigilarla. He comunicado tu número privado a mi secretaria personal. Nos llamará de un momento a otro.

Mason se arrellanó en el sillón.

—¡Bravo, Paul! —aprobó—. Cuando sepamos quién es y qué hace, nuestra situación habrá cambiado. Entonces, al menos, no tendré que lanzar mis preguntas al azar. Pero hay algo más que debes hacer, Paul.

—¿Qué?

—Hallar a Munroe Baxter.

—¿No crees en su muerte?

—Empiezo a creer que Walter Irving tiene razón y que el pretendido hermano de Martine Chaumont no es otro que Baxter, ya que hay una probabilidad que no hemos tenido en cuenta, Paul. Es posible que el hombre internado fuera, efectivamente, el hermano de Martine. Pero una vez éste le fue entregado, nada se opuso a que se desembarazasen de él nuevamente, sustituyéndolo por Baxter. Sí, amigo mío, es indispensable que hallemos a Martine Chaumont y al hombre que vive con ella.

—No pienses que lo olvido, Perry. También ahí hemos realizado algunos progresos. Tú tenías razón. Debía habérseme ocurrido investigar entre las agencias de alquiler de coches. Dos de ellas tienen oficina en el aeropuerto. Para alquilar un auto, se debe presentar el carnet de conducir, lo que significaba que se tiene que dar el verdadero nombre.

—¿Quieres decir que Martine Chaumont se habrá visto obligada

a alquilar el auto bajo su nombre real?

—Sí, ya que habrá tenido que enseñar su permiso de conducir.

—¿Estaba su hermano con ella?

—En aquel momento, no. Tal como te dije, ella y su hermano, o el que pasa por tal, abandonaron el aeródromo en un autocar de una compañía de navegación aérea no llevándose más que dos maletas. Luego ella regresó, recogió las dos maletas restantes, alquiló el coche y volvió a marcharse.

—¿Dónde?

—Esto es lo que todavía no hemos podido averiguar. Pero no desconfío de lograrlo. Ya sabes que los coches se alquilan sobre la base de tanto por día y por kilómetro recorrido. Cuando el coche que alquiló Martine fue devuelto, el cuenta-kilómetros indicaba cien kilómetros y…

—Un momento, Paul…

Mason estuvo meditando. Luego continuó:

—Esto significa que Martine se dirigió a una de las poblaciones de la comarca, tal como suponía. Ha debido de encontrar una villa o un apartamento. Como se ve obligada a desplazarse y no tiene un coche consigo, se verá obligada a alquilar uno. No quiso conservar el auto que alquiló en el aeropuerto, temerosa de que la descubriéramos. Es preciso buscar en un radio de cien kilómetros. Haz que telefoneen a las agencias de alquiler de coches.

—O. K., Perry —dijo Drake, que se puso de pie—. Haré todo lo necesario.

Se aproximó al teléfono de Mason y marcó el número de su propio despacho. Luego dijo:

—El *boss* al aparato. Todos los asuntos deben quedar en suspenso. Lo único que hay que hacer es lo siguiente.

Acto seguido, procedió a explicarle a su secretaría los deseos de Mason, añadiendo:

—Urgente, ¿comprendes, nena? Y ahora, ¿qué hay de nuevo? ¿Eh? Repítemelo, pero no tan de prisa… O. K… Estoy en casa de Mason… De acuerdo, así que esté listo.

Colgó y se volvió hacia el abogado.

—¡Hay nuevas, Perry!

—¿Cuáles?

—Ya conocemos el triunfo que Hamilton Burger tiene en la

bocamanga.

—¿Estás seguro?

—Por esta vez, del todo. Uno de los detectives del ministerio público le contó a un periodista, uno de sus buenos amigos, que no se perdiese el juicio, porque tú serías puesto en la picota. El periodista consiguió tirarle de la lengua, y como también es muy amigo de uno de mis hombres… En fin, ya te das cuenta de cómo se ha sabido la noticia.

—¿Y bien?

—Lo sabremos todo, por ejemplo, dentro de unos instantes. Van a pasarnos aquí el informe. Se refiere a la mujer que Duane Jefferson trata de proteger.

—¡Por fin! —exclamó Mason—. Aunque sea comprometedor para mi cliente, ya me las arreglaré como sea para mellar el filo de la navaja del señor fiscal.

Permanecieron en silencio hasta que llamaron a la puerta. Drake abrió y tomó un sobre que le tendió su secretaria.

—¿Ha hecho todo lo que le he ordenado por teléfono? —quiso saber Paul.

—Todo está realizado, Mr. Drake —contestó la joven—. He encargado a Davis que se ocupase de ello y ya está disponiéndolo todo.

—Perfectamente. Si ocurre algo de nuevo, comuníquemelo al momento.

Cerró la puerta y volvió a instalarse en su butacón recorriendo con la vista el informe. Mason esperó que hubiese terminado de leerlo. Luego preguntó:

—¿Qué dice?

—La noche del cinco —explicó Drake—, Jefferson se hallaba en un cabaret, acompañado de una joven. Llegaron en el coche de esta última. El guardia de la zona de aparcamiento fue quien colocó el coche y, al hacerlo, llegó otro cliente que, con su propio auto, le rozó una aleta del guardabarros. Debido a esto, tomó nota de los números de matrícula de ambos vehículos. Al enterarse, la acompañante de Jefferson se indignó muchísimo y le entregó veinte dólares al guardia, rogándole que olvidara el incidente. Éste, como es lógico, quedó muy intrigado por su manera de comportarse. Luego se informó. La mujer está casada.

—¿De quién se trata?

—De una tal Nan Ormsby.

—O. K. Ya sé algo que obligará a hablar a Jefferson. Al menos, eso espero.

—Espera, Perry. Todavía no he terminado.

—¿No?

—Entre los miembros del jurado, se encuentra un tal Lorenzo Martin Ligget.

—Eso creo. ¿Qué relación tiene en el asunto?

—Es amigo íntimo de Dan Ormsby, el esposo de Nan. Marido y mujer están asociados en un negocio de inmobiliaria, pero las cosas no andan muy bien entre ambos. El esposo ha intentado sorprender a su mujer para poder presentar demanda de divorcio, pero hasta ahora no ha podido conseguirlo. Con la actual historia todo cambia de aspecto. Y si, además, uno de los jurados es favorable a Dan Ormsby, ya puedes imaginarte dónde puede conducirnos.

—Si Burger recurre a esta treta, juro que…

—Seguro que lo hará. No olvides que el soplo proviene de sus propios servicios.

El abogado frunció el ceño.

—Resumiendo —concluyó—. El fiscal quiere obligarme a que haga declarar a mi propio cliente, pues resulta que en él está, precisamente, mi punto débil. Se ha dado cuenta de las resistencias de Jefferson y sabe que el jurado no sentirá simpatía por una persona que se muestre tan sumamente británica. Ya sabes, Paul, que el americano medio no siente ningún respeto hacia un compatriota que ha vivido mucho tiempo en el extranjero y que se ha vuelto más inglés que los propios británicos.

»Éste será el frente de ataque de Burger. Le Acusará de haber destrozado un hogar americano, de salir con mujeres casadas… y con un amigo de los Ormsby entre los miembros del jurado…

—¿No existe ningún medio legal para evitar esos golpes, Perry?

—Hay dos, pero, francamente, no me gusta ninguno de ellos. En primer lugar, puedo invocar el hecho de que el cuerpo de la pretendida víctima no ha sido hallado, y puedo pedir al tribunal que suspenda el proceso, por falta de la prueba material del mismo. Si el juez no me apoya, entonces tendré que hacer que Jefferson se siente en el estrado de los testigos e interrogarle, únicamente sobre

su actuación en la madrugada del día seis. De este modo, si Burger trata de contrainterrogarle sobre sus actividades en la noche del cinco, podré objetar y alegar que no tiene derecho a hacerlo, ya que el contrainterrogatorio no puede exceder los límites fijados por el interrogatorio.

—Pero, en su declaración, Jefferson tendrá que negar haber cometido el crimen, ¿no?

El abogado asintió.

—Entonces, el ministerio público puede preguntarle dónde se encontraba la noche del cinco, en el momento que su cómplice se presentó a Gilly para alquilarle la canoa.

—No es seguro, Paul. Después de todo, la acusación no hace intervenir a mi cliente en el asunto hasta que fue visto a bordo de la canoa. Y, además el único testigo que lo afirma es Gilly, condenado por falsedad.

—A pesar de todo —indicó Drake—, no veo motivos para mostrarse demasiado optimista.

—En esto estoy de acuerdo —convino Mason.

Capítulo 17

El juez Hartley hizo su solemne entrada a las diez en punto. Hamilton Burger se levantó y dijo:

—Todavía tengo que hacer algunas preguntas a Mr. Max Dutton, el experto en piedras preciosas.

—¡Un momento! —intervino Mason—. Con el permiso del tribunal, deseo presentar una moción. Y preferiría hacerla en ausencia del jurado.

El juez arqueó las cejas.

—Habitualmente —expuso—, una moción se presenta cuando la acusación ya ha elevado sus conclusiones. ¿No puede esperar hasta entonces el señor abogado? Desearía terminar este juicio lo antes posible.

Una de mis mociones puede esperar, señor presidente. En cuanto a la otra, puedo presentarla aún en presencia del jurado. Pido al tribunal que haga borrar del proceso verbal de los interrogatorios todas las declaraciones hechas por Miss Mae Jordan, ya que en todo su testimonio no hay nada que establezca ninguna conexión entre mi defendido y un crimen, sea cual sea.

—Pido mil perdones al tribunal —replicó Burger—, pero mi testigo, Mr. Dutton, demostrará que uno de los diamantes descubiertos en la mesa de escribir del abogado señor Mason, es idéntico a una de las piedras que poseía Munroe Baxter.

—Lo cual no significará nada, ya que no fue Jefferson quien le entregó los diamantes a Miss Jordan. Incluso, admitiendo que no haya sido ella quien llevara las piedras a las oficinas de la «S. S. A. P. P.», de lo cual sigo estando convencido, la acusación no puede hacer responsable a mi cliente de las piedras entregadas a Miss Jordan por Walter Irving.

—Dicha entrega fue realizada en presencia de su cliente —

objetó Burger—. Su participación pasiva es un hecho demostrado plenamente.

—No puede hacérsele responsable de un acto cometido en su presencia, sin que haya intervenido en el mismo de manera activa —contestó Mason airadamente.

El juez Hartley procedió a frotarse vigorosamente la barbilla.

—Creo —opinó— que la moción de la defensa es digna de estudio, señor fiscal. Esta situación no ha dejado de atraer la atención del tribunal.

—Pero —exclamó el fiscal—, supongo que la participación en los hechos, del acusado, ha quedado ampliamente probada. He demostrado que los diamantes se hallaban en posesión de Munroe Baxter, cuando se tiró al agua y casi en seguida, estuvieron en poder del acusado…

—¡No en poder del acusado! —protestó Mason.

—¡En una oficina, cuya llave poseía! —rectificó el fiscal.

—También tenían una llave de la oficina la mujer de la limpieza y el conserje, al igual que Walter Irving.

—Exacto —estimó el juez Hartley—. Es necesario, señor fiscal, que demuestre, *sin lugar a equívocos*, que los diamantes se hallaban en plena posesión del acusado, antes de afirmar que existe un lazo de unión entre el mismo y el crimen que nos ocupa.

—Pero, señor presidente, el ministerio público ya lo ha dejado establecido. Los dos diamantes entregados a Miss Jordan con el consentimiento del acusado le fueron dados para incitarla a «olvidarse de todo», es decir, para que no hablase de su correspondencia con el acusado. También hemos establecido que éste se apoderó de los diamantes de Baxter, después de haberle apuñalado y echado al agua.

El juez Hartley meditó un buen rato.

—Muy bien —decidió finalmente—. Me reservo mi opinión en lo que concierne a la moción presentada por la defensa. Doy mi permiso para que prosiga usted, señor fiscal, interrogando a su testigo, Mr. Dutton.

Max Dutton volvió a ocupar el sillón de los testigos y declaró que uno de los diamantes hallados en la mesa de trabajo de Mason era uno de los que Baxter le había hecho identificar en Europa.

—Ninguna pregunta —indicó Mason.

—En este caso —anunció, pomposamente, Hamilton Burger—, la acusación ha terminado.

Mason se puso en pie.

—Ahora, señor presidente —solicitó dirigiéndose al juez Hartley —, desearía una moción en ausencia del jurado.

—El tribunal ruega a los miembros del jurado que tengan la bondad de retirarse —señaló el juez—. Volverán a ser llamados dentro de quince minutos.

Cuando el jurado hubo salido, el juez se volvió al abogado, declarando:

—Le escuchamos, señor abogado.

—Señor presidente —comenzó Mason— sugiero respetuosamente a este tribunal que pronuncie un fallo de inocencia. Me apoyo, para mi pretensión, en el hecho de que no existe ninguna prueba para juzgar a mi cliente, ya que el asesinato no ha sido debidamente demostrado, y mucho menos una relación entre el mismo y Mr. Duane Jefferson.

—El tribunal esperaba que el señor abogado presentase una moción en tal sentido —respondió el juez—. Sin embargo, me veo obligado a desestimarla. Es cierto que el cuerpo de Munroe Baxter no ha sido encontrado, pero eso no quiere decir que su muerte no haya sido probada. Las leyes del Estado de California admiten las pruebas circunstanciales cuando no existen directas. Lo que, hasta ahora, ha podido demostrar el ministerio público es suficiente para que pueda exigir la continuación del proceso y una sentencia. Personalmente, no concedo la menor importancia a la declaración del testigo Gilly, condenado ya por falso testimonio, pero las suposiciones contra el acusado son abrumadoras. Ésta no será la primera vez que se haya celebrado un proceso sin que haya sido hallado el cadáver de la víctima. Creo, Mr. Mason, que el ministerio público tiene razón. Por lo tanto, su moción queda rechazada. Ujier, haga entrar de nuevo al jurado.

Una amplia sonrisa se dibujó en el semblante de Hamilton Burger.

Mason se inclinó hacia su cliente y le dijo en voz baja:

—Bueno, Jefferson, llegó el momento que estaba temiendo. Tendrá que ocupar el sillón de los testigos, ya que no encuentro otro proceder para demostrar su inocencia. No ha querido confiarse

a su propio abogado, me ha negado toda colaboración. Sin embargo, espero poder demostrar que Miss Jordan ha mentido, pues he hecho citar como testigo a la joven que vende tabaco en el vestíbulo de nuestras oficinas. Según ella, Irving y usted llegaron mucho después de lo que pretende Miss Jordan. Si podemos probar que miente en este punto, el resto de su testimonio no merecerá ningún crédito a ojos del jurado. Pero todo esto será difícil de conseguir, ya que esa joven se ha ganado las simpatías del jurado.

—Usted sabrá cómo tiene que obrar —contestó fríamente, el acusado.

—Todavía nos quedan algunos momentos —repuso Mason en un rápido murmullo—. Por última vez, ¿no tiene nada que decirme?

—Sólo repetirle que soy inocente.

—¿Por qué demonios no quiere confiarse a mí?

—Hay cosas que no tengo la menor intención de revelar a nadie.

—Por si le interesa, Jefferson, le diré que sé muy bien dónde pasó usted la noche del cinco. Y lo que es peor, el fiscal también lo sabe.

Jefferson apretó los labios y, por un instante, cubrió sus mejillas una palidez mortal, pero se rehízo inmediatamente.

—No contestaré ninguna pregunta relativa a la noche del día cinco —aseguró firmemente.

—No tendrá que hacerlo porque no le haré ninguna pregunta en tal sentido —explicó el abogado—, para que cuando le contrainterroguen no pueda hacérselas el fiscal. Sin embargo, le preguntaré dónde estaba durante la madrugada del seis. Procure contestar con la mayor precisión y sin ninguna alusión a lo que hizo la noche del cinco. Le haré un interrogatorio muy breve.

—Tengo plena confianza en usted.

El jurado ya se había instalado.

—Señor abogado —preguntó el juez—, ¿está usted dispuesto?

—Sí, señor presidente —contestó Mason—. No deseo hacer perder tiempo al tribunal, formulando una declaración preliminar. En su lugar, haré desfilar seguidamente mis testigos, para demostrar que el castillo de naipes levantado con grandes dificultades por el señor fiscal, no es más que un conjunto de insinuaciones y mentiras. Mi primer testigo será Ann Riddle.

Ann Riddle, la joven que vendía tabaco, avanzó y ocupó su sitio,

después de prestar juramento.

—Miss Riddle —interrogó Mason—, ¿recuerda usted la jornada del catorce de junio?

—Sí.

—¿Dónde estaba aquel día?

—En la tienda de tabaco instalada en el vestíbulo del inmueble donde tiene usted su oficina.

—¿Que también es la sede de las oficinas de la «S. S. A. P. P.»?

—Sí.

—¿Recuerda si aquel día el conserje del edificio se situó delante de los ascensores, acompañado de una joven?

—Sí.

—¿Vio usted al acusado?

—Sí, señor. El acusado y su amigo, Mr. Irving, regresaban de almorzar. Ellos…

—Un momento —interrumpió Mason—. Usted no puede saber si *efectivamente* venían de almorzar.

—No, en efecto.

—En ese caso, limítese a decirnos solamente lo que haya visto con sus propios ojos.

—Bien, pues, vi a Mr. Irving y a Mr. Jefferson entrar en el vestíbulo. El conserje estaba junto al ascensor. Uno de los dos, creo que fue Mr. Irving, pero no podría asegurarlo, hizo intención de dirigirle la palabra, pero, por lo visto, cambió de parecer y continuó su camino. Los dos entraron en el ascensor.

—¿Ocurrió esto antes o después de ser dada la señal del intento de robo?

—Después.

—Puede usted contrainterrogar a la testigo —brindó Mason a Hamilton Burger.

El fiscal sonrió.

—No tengo nada que preguntarle —declaró.

—En ese caso —indicó Mason—, pido que se oiga al acusado, Duane Jefferson.

Jefferson, tranquilo e imperturbable, se levantó y se dirigió al estrado de testigos. Cuando se volvió hacia los miembros del jurado, les dirigió una sonrisa.

—¡Idiota! —murmuró Mason entre dientes.

Hamilton Burger se acomodó en su asiento, entrelazó las manos por detrás de la nuca e hizo un guiño a uno de sus ayudantes.

—¿Mató usted a Munroe Baxter? —fue la primera pregunta de Mason.

—No, señor.

—¿Sabía que los diamantes se hallaban en su despacho?

—No, señor.

—¿Dónde se hallaba usted en las primeras horas de la madrugada del día seis de junio y, más exactamente, entre las dos de la mañana y el mediodía?

—Dormí en mi apartamento hasta las seis. Seguidamente, desayuné con mi amigo Irving, tras lo cual nos dirigimos a las oficinas de la «S. S. A. P. P.».

—¡Contrainterrogatorio! —exclamó Mason.

Hamilton Burger se levantó.

—Seré muy breve —indicó—. Sólo tengo tres o cuatro preguntas para hacerle. Mr. Jefferson, ¿estuvo condenado alguna vez?

—Yo… —súbitamente, Jefferson calló y se hundió en el asiento.

—¡Conteste! —vociferó el fiscal.

—Cometí un error en mi vida —confesó Jefferson—. Traté de repararlo y creí haberlo conseguido.

—¿De veras? —dijo Burger, con un tono lleno de desprecio—. ¿Dónde fue usted condenado, Mr. Jefferson?

—En Nueva York.

—¿Y cumplió su condena en Sing Sing?

—Sí.

—¿Con el nombre de Duane Jefferson?

—No.

—¿Bajo otro nombre, entonces?

—Con el de James Kincaid.

—Exactamente —exclamó Burger—. Se le reconoció culpable de estafa y abuso de confianza, ¿no?

—Sí.

—Usted se hacía pasar por un rico heredero inglés…

—¡Protesto! —exclamó Mason—. El ministerio público no tiene derecho a hacer preguntas sobre un proceso anterior.

—Aceptada la protesta —opinó el juez.

—Creo —continuó el fiscal— que se le conocía en el hampa con

el sobrenombre de «Gentleman Jim», ¿es así?

—¡Protesto! —repitió Mason.

—Concedida —aceptó el juez.

Hamilton Burger acentuó su sonrisa despreciativa.

—No tengo más preguntas que hacer —declaró.

El acusado abandonó el sillón de los testigos y, con un andar de autómata, se dirigió a su propio lugar.

—Deseo que oigamos a Mr. Walter Irving —exclamó Mason, con la voz crispada.

—¡Walter Irving! —gritó el ujier.

No hubo respuesta. El ujier repitió el nombre y después salió al pasillo en busca del testigo. Paul Drake se adelantó hasta la primera fila de público y le hizo señas a Mason, para que se le acercara.

—Se ha escapado —señaló, en voz baja—. Estaba sentado cerca de la puerta. Y en el momento en que Burger le ha preguntado a Jefferson si había sido condenado anteriormente, se ha puesto de pie y se ha marchado. ¡Válgame Dios! ¡Qué derrota! ¡Qué galimatías!

—Mr. Mason —indicó el juez, con voz llena de simpatía—, a lo que parece, Mr. Walter Irving no se halla en el edificio. ¿Se le había citado oficialmente?

—Sí, señor presidente.

—¿Desea que el tribunal firme una orden de arresto?

—No, señor presidente. Es posible que Mr. Irving haya tenido sus razones para abandonar la sala.

—¡No lo dudo! —exclamó irónico el fiscal.

—La defensa no tiene citados más testigos —decidió el abogado.

Un relámpago de triunfo pasó por las pupilas de Hamilton Burger.

—La acusación —dijo— llamará a tres testigos para refutar las últimas declaraciones escuchadas. El primer testigo será Mrs. Agnes Elmer.

Mrs. Elmer declaró sus nombres, apellidos y dirección. Explicó que era portera del edificio en que Duane Jefferson tenía alquilado un departamento y que realizaba la limpieza, habiendo sido encargada por Mr. Jefferson de tenerlo todo en orden.

—Debo pedirle que nos precise ciertos hechos que ocurrieron en la madrugada del día seis de junio —pidió Burger—. ¿Estaba en su

casa Duane Jefferson?

—No.

—¿El estado de su cama demostraba que había dormido en la misma?

—No.

—Puede usted contrainterrogar —señaló Burger a Mason.

El abogado comprendió en el acto la naturaleza de la trampa que le había tendido al fiscal, pero, si deseaba deshacer las declaraciones de la testigo, no tenía más remedio que dejarse atrapar.

—¿Cómo puede probarnos que está segura de la fecha? —empezó sus preguntas.

—Alguien telefoneó antes de las doce de la noche del cinco. Era una voz de mujer. Me dijo que le era indispensable hablar con Mr. Jefferson, añadiendo que este último…

—¡Protesto! —exclamó Mason—. La testigo no puede referirse a una conversación desarrollada en ausencia del acusado.

—Señor presidente —intervino Hamilton Burger—, no creo que deba aceptarse tal objeción. La misma defensa ha sido quien ha preguntado a la testigo la fecha y ésta le ha respondido.

—Señor fiscal —dijo el juez Hartley—, es posible que, bajo un punto de vista estrictamente técnico, tenga usted razón. Pero no estamos reunidos aquí para buscarle tres pies al gato. La forma como usted ha interrogado a la testigo, ha obligado al señor defensor a meterse en un verdadero lío. En tales condiciones, creo que la protesta es admisible. El tribunal ruega a la testigo que trate de establecer la fecha apelando a otros recuerdos.

—Bueno —continuó Mrs. Elmer—, también sé que era el seis porque aquel día fui al dentista. Había sufrido de dolor de muelas durante la noche anterior.

—¿Y cómo puede determinar el día que estuvo en casa de su dentista, Mrs. Elmer? —precisó Mason.

—¡Por su agenda de visitas! —contestó la testigo.

—O sea, que necesita recurrir a dicho carnet, ya que su propia memoria no está segura.

—¡Es lo mismo! —exclamó Mrs. Elmer.

—Pero no fue usted, sino el dentista, quien apuntó el día de la visita en su carnet. Por lo tanto, para refrescar su memoria, usted se

vio obligada a preguntárselo al doctor.

—Bueno, le pregunté qué día había sido el de la visita, y me lo dijo.

—¿Y si se hubiese equivocado?

La testigo parpadeó, con aire de sorpresa.

—Finalmente, supongo que fue a requerimientos del señor fiscal, que usted le pidió al dentista que le precisase la fecha de su visita, ¿no es así?

—Sí.

—¿Cuándo le rogó el señor fiscal que lo hiciera?

—No me acuerdo. Creo que a finales de mes.

—¿Fue a ver al dentista a su consultorio, o bien le llamó por teléfono?

—Le telefoneé. No tengo tiempo que perder.

—De lo que se deduce que, sin el concurso del repetido dentista, usted no hubiera podido establecer si se trataba del día seis o de otro día cualquiera.

—Pues…

—Resumiendo, el testimonio que acaba de prestar se basa sólo en un «se dice».

—Señor presidente —intervino Hamilton Burger—, el ministerio público estima que la testigo tiene derecho a refrescar su memoria.

El juez Hartley sacudió la cabeza.

—La testigo ha demostrado, claramente, que le era imposible precisar la fecha sin ayudarse con otros acontecimientos, por lo que su testimonio depende, exclusivamente, de una tercera persona. Es el mejor ejemplo de testimonio «se dice» que he presenciado desde hacía mucho tiempo.

El fiscal se inclinó, de mala gana.

—Muy bien, señor presidente —aceptó el fiscal.

—Esto es todo —declaró Mason.

—Que sea llamada Josephine Carter anunció Hamilton Burger.

Acudió la nombrada, prestó juramento y se acomodó en el estrado. Declaró que su profesión era la de telefonista en la centralilla del inmueble donde el acusado había alquilado un departamento, y que había estado trabajando allí desde las diez de la noche del día cinco hasta las seis de la mañana siguiente.

—¿Tuvo que llamar al apartamento del acusado, aquella noche?

—se informó el fiscal.

—Sí.

—¿Cuándo fue?

—Poco antes de medianoche. Quien llamó dijo…

—Poco importa lo que le dijeron. ¿Qué *hizo* usted?

—Llamé al apartamento de Mr. Jefferson.

—¿Obtuvo respuesta?

—No. La persona que telefoneó dejó un mensaje, rogándome que siguiera insistiendo cada hora.

—¿Cumplió usted lo ordenado?

—Sí. Volví a llamar cada hora.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que llegó el momento de marcharme, o sea, las seis de la mañana.

—¿Obtuvo alguna respuesta?

—No.

—Desde el lugar donde está situada la centralilla, ¿puede ver la entrada y la puerta de los ascensores?

—Sí.

—¿Vigiló usted si el acusado entraba?

—Sí.

—¿Y regresó mientras estuvo usted de servicio?

—No.

—¿Está completamente segura?

—Absolutamente.

—Puede proceder al contrainterrogatorio —declaró Burger, dirigiéndose a Mason.

Éste se acercó a la testigo.

—¿Cómo sabía usted que el teléfono sonaba en el apartamento?

—Pues… bueno… yo bajaba la clavija de la centralita.

—Pero a veces ocurre que las centralillas se estropean.

—En efecto.

—¿Hay alguna señal que le demuestre que un timbre suena dentro de un apartamento?

—Sí, un pequeño ruidito, un murmullo.

—¿Y se oye el mismo murmullo cuando el timbre no suena?

—Pues… pues no lo he observado nunca. Pero ¿por qué pretende usted que el teléfono estaba estropeado?

—No pretendo que lo estuviese, Miss Carter. Sólo digo que pudo ocurrir, ¿no es así?

—Pues… yo creo… —la testigo se calló y no pudo continuar.

—Es cuanto quería saber —terminó Mason.

—¡Un momento! —Hamilton, de un salto, se encaró de nuevo con la testigo—. Tengo que hacerle una última pregunta, Miss Carter. ¿Dirigió la vista al portal de entrada diversas veces, para vigilar si llegaba Mr. Jefferson?

—Sí.

—Usted está situada de tal manera, que es imposible que entrara el acusado sin que lo viese, ¿verdad?

—Sí. Cualquiera que entre en el edificio y se dirija hacia el ascensor o hacia las escaleras tiene que pasar forzosamente por delante de mí.

—Esto es todo —concluyó el fiscal, con aire plenamente satisfecho.

—La defensa desea reemprender su contrainterrogatorio —anunció Mason—. Será solamente por unos momentos, Miss Carter. Acaba de decirnos que constantemente estuvo vigilando la puerta de la calle, a fin de observar si Mr. Jefferson regresaba a casa.

—Sí, señor.

—Si hubiese pasado por delante de usted, no habría dejado de advertirlo, ¿no es así?

—Sí. Tal como le he explicado al señor fiscal, nadie puede pasar por delante de la centralilla sin que yo le vea. La cabina está separada del hall por un gran cristal.

—Por lo tanto, usted afirma delante del tribunal y de los señores del jurado, que mientras estuvo instalada delante de la centralilla, el acusado no entró en el edificio.

—Así es, exactamente. Al no verle, fue por lo que continué llamando a su departamento cada hora, tal como había prometido a la mujer que telefoneó. La última llamada la hice a las seis de la mañana.

—¿Llamó usted prolongadamente cada vez?

—Sí.

—Y, sin embargo, usted sabía que él no había regresado.

—S… sí…

—Entonces —exclamó Mason—, ya que usted *sabía*, ya que

estaba *segura* de que el acusado no estaba en su apartamento, que no *podía* estar en él, ¿por qué continuó llamando cada hora a su teléfono?

La testigo abrió exageradamente los ojos, abrió y cerró los párpados muy de prisa varias veces y tragó saliva con dificultad.

—Pues… pues yo… no lo sé… Lo hice, eso es todo.

—De lo que se deduce que usted, en su interior, reconocía que había una posibilidad de que hubiese regresado sin verle.

—Claro que sí, seguro que habría podido ocurrir.

—Entonces, ¿por qué le aseguró al señor fiscal que era *absolutamente* imposible que el acusado pasara por delante de usted sin verle?

—Pues… pues yo… yo… había hablado con el señor fiscal y creí que era eso lo que convenía que dijera.

—Perfectamente —concluyó Mason, con tono triunfal—. He terminado. Muchas gracias, Miss Carter.

Josephine Carter echó una mirada de desesperación a Hamilton Burger, pero éste no la miraba, muy ocupado, al parecer, estudiando un pliego de documentos. Por fin el fiscal levantó la cabeza y anunció, agriamente:

—Está bien. Deseo escuchar a Ruth Dickey.

Ruth Dickey avanzó y prestó juramento. Luego, una vez sentada, declaró que era ascensorista y que el catorce de junio estaba de servicio en el inmueble donde estaban instaladas las oficinas de la «S. S. A. P. P.».

—Miss Dickey —preguntó Burger—, ¿vio aquel día al acusado, Duane Jefferson, un poco antes del mediodía?

—Sí.

—¿En qué momento, exactamente?

—Sobre las doce y diez minutos, aproximadamente. Mr. Jefferson y Mr. Walter Irving habían llamado el ascensor para descender. Míster Jefferson me indicó que iban a almorzar.

—¿A qué hora regresaron?

—Me parece que a la una menos cinco. Volvieron a subir en mi ascensor.

—¿Ocurrió alguna cosa especial, aquel día?

—Sí.

—¿Puede explicarnos qué pasó?

—El conserje del inmueble, acompañado de una joven secretaria, entró en mi ascensor y me hizo descender con toda rapidez, pues había ocurrido algo muy grave.

—¿Fue esto antes o después del regreso de Mr. Jefferson y Mr. Irving?

—Después.

—¿Está usted segura?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo después de su regreso, aproximadamente?

—Unos cinco minutos.

—¿Conoce bien al acusado? —preguntó Burger.

—He hablado con él alguna vez.

—¿Llegó incluso a salir con él?

Miss Dickey bajó los ojos y confesó, a media voz:

—Sí.

—¿Le explicó el acusado algo relacionado con la joven Ann Riddle que vende tabaco en el vestíbulo del edificio?

—Sí. Me dijo que su amigo Walter Irving y él le habían adelantado el dinero necesario para arrendar el estanco, pero que nadie estaba enterado de ello. Añadió que si yo me mostraba amable con él, también podría proceder si llegaba el caso.

—Puede usted proceder al contrainterrogatorio —declaró entonces el fiscal, volviéndose a Mason.

El abogado se acercó a la testigo.

—Dígame, Miss Dickey, naturalmente usted habrá salido con diversos hombres además del acusado, ¿no?

—¡Seguro!

—Otros hombres que también le habrán ofrecido ayuda si se mostraba amable con ellos…

Ella se echó a reír.

—¡Ya lo creo! Se sorprendería enormemente si oyese las promesas de algunos.

—No lo dudo. Muchas gracias, Miss Dickey —Mason se dirigió al juez—. He terminado, señor presidente.

—El ministerio público no tiene más testigos para interrogar —señaló el fiscal.

El juez Hartley se aclaró la garganta.

—Es costumbre que se efectúe un descanso, antes de oír las

conclusiones del fiscal y del defensor, pero es deseo de este tribunal que este proceso pueda terminarse cuanto antes. Por lo tanto, y, a menos que haya objeción por alguna de ambas partes litigantes, propongo que se prosiga la vista hasta el mediodía.

Mason se mordió los labios.

—Completamente de acuerdo en lo que se refiere a la defensa, señor presidente —dijo, sin embargo.

—En este caso, señor fiscal —anunció el juez, volviéndose hacia Hamilton Burger—, le estamos escuchando.

Capítulo 18

La conclusión de Hamilton Burger fue relativamente breve y la terminó antes de la suspensión de mediodía. El fiscal dio muestras de una elocuencia salvaje, áspera, vindicativa. Arrastró por el lodo a los testigos de la defensa y terminó pidiendo al jurado que reconocieran al acusado culpable de asesinato.

Mason empezó a hablar después del mediodía. También su parlamento fue corto. Subrayó que los testigos citados por el fiscal no eran dignos de fe, que uno de ellos ya había sido condenado por falso testimonio y que los demás habían sido previamente «aleccionados» por el ministerio público. Resaltó ante los miembros del jurado que no se había logrado demostrar que Munroe Baxter hubiera sido asesinado, y que no podía condenarse a un hombre por haber matado a otro que podía reaparecer en cualquier momento.

Seguidamente, el juez Hartley resumió el proceso, dirigiéndose al jurado, después de lo cual los doce se retiraron a deliberar.

Mason permaneció en su sitio, con aire pensativo. Della Street, que le estaba mirando disimuladamente, no se atrevió a decir nada. Sentado en la primera fila del público, Paul Drake estaba visiblemente preocupado.

De repente, el abogado se levantó y empezó a caminar a grandes zancadas. El detective le llamó, con un gesto, y Mason se le acercó.

—¿Cuál es tu pronóstico, Perry? —preguntó.

El abogado ladeó la cabeza.

—Me sorprenderá mucho si mi cliente escapa a la cámara de gas —declaró—. Y tú, ¿has conseguido hallar a Martine Chaumont?

—No, Perry. Hemos telefoneado a todas las agencias de alquiler de automóviles en un radio de acción de cien kilómetros, sin descubrir nada.

—Y de Irving, ¿sabes algo? —se informó Mason.

—Ha logrado, otra vez, despistar a mis hombres. Al salir del tribunal, tomó un taxi. Pero, como mis muchachos habían tomado sus medidas, pudieron seguirle hasta el aeropuerto.

—¿Y una vez allí?

—Todo lo tenía minuciosamente preparado, el muy canalla. Había un helicóptero esperándole. Montó en él y el aparato emprendió el vuelo rápidamente.

—Podíais haberos informado sobre su destino en la sociedad que se lo alquiló.

—Claro que sí, y es lo que se ha hecho. Lo había alquilado para dirigirse oficialmente al Aeropuerto Internacional. Pero, una vez en ruta, ordenó al piloto que aterrizara en el aeródromo de Santa Mónica. Allí le esperaba un coche de alquiler.

—O sea, que han perdido sus huellas.

—Completamente. Terminaremos por encontrarle, pero no será nada fácil y se habrá perdido mucho tiempo.

Mason reflexionó durante un rato. De pronto, hizo chasquear los dedos.

—Paul —exclamó—, hemos olvidado una posibilidad.

—¿Cuál, Perry?

—Una persona que alquila un coche, tiene que mostrar su permiso de conducir, ¿no es así?

—Seguro.

—¿Has preguntado a las agencias si habían alquilado un coche a nombre de Martine Chaumont?

—Sí.

—Bueno, en ese caso alerta general. Llama a tus hombres. Que indaguen en todas las agencias y se informen si ha sido alquilado un vehículo a nombre de Walter Irving.

Drake se humedeció los labios, con aire asombrado.

—Bien, Perry, lo haremos en seguida.

Y abandonó la sala.

A las cinco en punto, el jurado salió de la cámara de deliberaciones y su presidente leyó el veredicto.

Duane Jefferson era reconocido culpable de asesinato, sin circunstancias atenuantes.

El juez Hartley miró a Mason con simpatía. Era visible, a todas luces, que sentía compasión por Mason, que había luchado

desesperadamente para salvar una causa perdida.

—Señor abogado —indicó—, ¿desea que acordemos la fecha para proceder a la lectura de la sentencia?

—Señor presidente —replicó Mason—, tengo intención de introducir una moción para pedir la celebración de un nuevo proceso. Sugiero, pues, al tribunal, que fije el viernes para la lectura de la sentencia.

—¿Le conviene dicho día al ministerio público? —preguntó el juez, dirigiéndose a uno de los ayudantes del fiscal.

Éste se levantó.

—Creo, señor presidente, que esto podría esperar, Mr. Burger está en una conferencia de Prensa y…

—¿Le ha pedido a usted que le represente?

—Sí, señor presidente.

—En tal caso, hágalo. ¿Le conviene el viernes?

—Sí, señor presidente.

—El viernes a las diez —decidió el juez—. El tribunal queda aplazado hasta entonces. Guardias, llévense al acusado.

Los periodistas, que habitualmente rodeaban a Perry Mason, se apiñaban en torno a Hamilton Burger. La sala empezó a vaciarse. Mason recogió su cartera. Della Street le cogió por el brazo y lo arrastró hacia la salida.

—Tú le habías prevenido, Perry —le consoló—. Él ya sabía lo que arriesgaba.

El abogado inclinó la cabeza. Estaban llegando a la puerta, cuando Paul Drake entró como una tromba.

—¡Tengo noticias para ti, Perry! —exclamó.

—¿Has oído el veredicto, Paul? —preguntó el abogado.

Drake negó con la cabeza.

—Pero estoy al corriente —repuso, con voz sorda.

—¿Qué noticias tienes? ¿También malas?

—Walter Irving alquiló un coche el mismo día que Martine Chaumont desapareció en el aeródromo. Y, ayer por la tarde, alquiló otro.

—Me lo suponía. ¿Ha devuelto el primero?

—No.

—¿Continúa pagando el alquiler?

—Sí.

—Así, ¿no podemos hacer que la agencia presente una denuncia por robo a la Policía?

—Temo que no.

Mason se volvió hacia Della Street.

—Della —solicitó—, ¿tienes aquí tu bloc de notas?

Ella asintió.

—O. K. —dijo Mason—. ¿En marcha, Paul?

—¿A dónde? —preguntó éste.

—Vamos a ver ante todo a Ann Riddle, la joven que vende tabaco. Tal vez logremos hacerle algunas preguntas antes de que la quiten de la circulación. Hamilton Burger se halla demasiado ocupado en cantar sus propias alabanzas ante la Prensa, para cuidarse de estos detalles. Para él, el asunto está concluido.

—Dios mío, Perry —murmuró Paul Drake con voz emocionada—. Comparto tu pensar. Es la primera vez que uno de tus defendidos ha sido reconocido culpable de asesinato.

Mason se volvió hacia Drake, con la mirada endurecida.

—Mi cliente —indicó— no ha sido reconocido culpable de asesinato.

Durante un segundo, Paul Drake, temió haber oído mal. Pero la expresión del abogado le impidió ahondar más el asunto.

—¿Tienes la dirección de Ann Riddle? —preguntó Mason a Della—. ¿Sí? O. K. Pues, en marcha.

Capítulo 19

El abogado rechazó con un gesto el asiento que le ofrecía la estupenda rubia.

—Puede usted escoger —advirtió— entre hablar ahora o más tarde. Es libre de elegir. Si habla ahora, le será tenido en cuenta y haré todo lo humanamente posible para evitarle molestias. Si ahora se calla, será acusada de complicidad de asesinato. ¡Escoja!

—No tengo nada que declarar —respondió Ann Riddle.

—Irving y Jefferson —explicó Mason— regresaron al inmueble *antes* de que el conserje se instalase delante de los ascensores, incluso antes de que descendiese a la planta baja. Cuando llegaron a su oficina, Miss Mae Jordan aún estaba en su interior. La hallaron con las manos en la masa. En aquel momento, el teléfono sonó. Alguien avisó a Irving que la Policía había sido llamada y que el conserje y la secretaria se hallaban apostados delante de los ascensores para desenmascarar a la ladrona. Solamente existe una persona que pudiera telefonear, y es usted.

—No tiene ningún derecho para acusarme.

—No tan sólo la acuso, sino que no me privaré de hacerlo en presencia del tribunal. Mañana por la mañana, a las diez, no ignoraremos nada de su pasado ni los lazos que la unen a Walter Irving. Pero entonces será demasiado tarde… para usted. Ha testificado en falso delante del tribunal, y la verdad, no quisiera hallarme en su lugar. Si, en cambio, prefiere rectificar sus declaraciones, puede hacerlo ahora.

Ann Riddle no pudo sostener la mirada del abogado. Sus ojos empezaron a vagar de un mueble a otro de la estancia.

—La escucho —insistió Mason.

—No tiene usted ningún derecho a interrogarme —intentó todavía rebelarse—. Usted no pertenece a la Policía, usted…

—¡La escucho! —interrumpió él.

—Está bien —suspiró la joven—. Me pagaban para que les avisase, para que les telefoneara si sucedía alguna cosa anormal. En eso no hay nada ilegal.

—Está diciendo la verdad —observó Mason—, pero no *toda* la verdad. Usted está íntimamente mezclada en ese sucio juego. Fueron ellos dos quienes le arrendaron la tiendecita de tabaco. ¿Cuál es su papel exacto en esta maquinación?

—No puede probar nada de cuanto dice. Me está usted difamando, ya que hay cuatro personas en esta habitación. ¡Todo es absolutamente falso! Duane Jefferson no le ha podido explicar estas cosas, y si lo ha hecho ha mentido.

—¡La escucho! —repitió una vez más Mason.

Ann Riddle vaciló, pero luego sacudió la cabeza con aire obstinado.

El abogado hizo seña a su secretaria.

—Della —ordenó—, descuelga el teléfono y llama a la Brigada Criminal. Pide por el teniente Tragg y dile que deseo hablar con él.

La joven se dirigió al receptor.

—¡Un momento! —exclamó Ann Riddle—. Usted no puede hacerlo…

—¿Hacer qué? —preguntó Mason con tono despreciativo.

—Acusarme de nada. No tiene pruebas.

—No se inquiete por eso, querida niña. Paul Drake, este señor que está con nosotros, es uno de los mejores detectives de la ciudad. En estos momentos están hurgando por todas partes para averiguar su pasado y, dentro de pocas horas, sabremos exactamente la relación existente entre usted y Walter Irving.

—Y admitiendo que mi amigo me hubiese adelantado el dinero para adquirir la tabaquería, ¿qué? No hay ningún mal en esto. Soy mayor de edad y mi vida privada sólo me importa a mí.

—Joven —le previno Mason, con voz tajante—, ésta es su última oportunidad. Walter Irving está haciendo una especie de juego muy sucio, y si usted se empeña en seguir adelante con él se verá metida en el agua, hasta el cuello, antes que se dé cuenta. Antes de dos horas será expedido un mandato de arresto contra él. Actualmente debe de estar circulando por alguna carretera de los alrededores, dirigiéndose hacia el lugar donde vive Martine Chaumont. Cuando

ambos se encuentren, ocurrirá algo tan grave que hará falta una suerte loca para evitar una condena a muerte. Sólo hay un medio para que usted quede al margen de todo esto, y es diciéndome dónde se oculta Martine Chaumont, a fin de que intente evitar, mientras esté a tiempo, que suceda algo grave. Hablará usted, ¿sí o no?

Ella negó con la cabeza.

Mason indicó a Della, con un ademán, que descolgara el receptor y marcase el número de la Brigada Criminal.

De pronto, Ann Riddle empezó a sollozar.

—La Brigada Criminal, por favor —pidió Della Street.

—¡Está en Santa Ana! —gritó, más que dijo, Ann Riddle.

—¿En qué lugar de Santa Ana? —preguntó Mason.

La rubia buscó en su bolso y sacó un pedazo de papel que tendió al abogado. Éste levantó la mano. Della colgó.

—¡Vamos! —invitó Mason a Ann Riddle.

—¿Qué pretende de mí, todavía? —se rebeló esta última—. Yo no he…

—No voy a dejarla aquí para que, tan pronto nos hayamos marchado, se apresure a prevenir a sus cómplices —aseguró Mason con ironía—. Sabemos que es usted una especialista del teléfono.

—No puede obligarme a que le acompañe.

—Esto es cierto. Pero le garantizo que no tendré la menor dificultad para conducirla al puesto de Policía más cercano, si se niega a venir conmigo. Lo único que me molestará, será el tiempo que perderé. ¿Qué prefiere?

La joven empezó a temblar.

—¡No me mire así! —gritó—. ¡Me, da miedo!

—Le he prometido que la sacaré del lío en que está metida, y mantendré mi promesa. Si obra tal como yo le diga, nadie la molestará.

—Yo…

—Vamos, pronto, coja su sombrero y el abrigo.

Ann Riddle se acercó al perchero.

—Vigílala, Della —aconsejó Mason—, observa que no lleve ningún arma.

La rubia se arregló y cogió su bolso. Paul Drake se lo quitó, lo abrió y examinó el interior cuidadosamente, después de lo cual se lo

devolvió.

Los cuatro descendieron, en silencio, y montaron en el coche de Mason.

Capítulo 20

La casa estaba situada en un tranquilo barrio residencial. Se veía luz en el salón. En el interior del garaje, cerca del bungalow, había un auto. El césped que separaba dicho garaje y la casa de la calle, había sido regado recientemente.

Mason frenó su auto, abrió la portezuela y corrió hacia la puerta de la casita, seguido de Della y Paul Drake que llevaba a Ann Riddle cogida del brazo.

El abogado llamó.

La puerta se entreabrió unos centímetros y una voz de mujer preguntó:

—¿Quién es?

Mason empujó con todas sus fuerzas la hoja de la puerta, que cedió. Martine Chaumont retrocedió dos pasos y contempló al abogado, con la respiración entrecortada.

—¿Usted? —articuló, al fin, penosamente.

—Venimos a llevarnos a su hermano —anunció Mason.

—¡No puede usted hacer eso! ¡Mi hermano está muy enfermo! ¡Está loco! ¡No se le puede molestar! ¡Está durmiendo!

—Despiértele.

—¡No tiene ningún derecho! Mi hermano es… Y, además, usted no pertenece a la Policía.

—Es verdad —convino Mason—, pero la Policía no tardará ni cinco minutos en llegar.

El semblante de Martine se congestionó de rabia al darse cuenta súbitamente de la presencia de Ann Riddle.

—¡Tú! —exclamó, mirándola con odio—. ¡Víbora! ¡Bribona! ¡Mujerzuela! ¡Tú has sido la que nos ha traicionado!

—Yo no he hecho nada —repuso la rubia—. Yo, tan sólo…

—¡Sé muy bien lo que has hecho! —rugió Martine Chaumont—.

Nos has denunciado. ¡Te desprecio! ¡Merecerías que te…!

—Las explicaciones déjenlas para más tarde, por favor —interrumpió Mason—. ¿Dónde está el hombre que se hace pasar por su hermano?

—¡Es mi hermano! —insistió Martine.

—¡Vamos, vamos! —dijo Mason, encogiéndose de hombros—. El hombre que usted fue a sacar de allí es tan hermano suyo como mío. Usted se ha servido de él, eso es todo, e ignoro lo que ha hecho después del mismo. Seguramente lo habrá internado en otro asilo. Lo que deseo ahora es ver al que ha tomado su lugar, al que está secuestrado en esta casa, y le veré sin tardanza.

—¡Usted está completamente perturbado! —gritó Martine—. Y, además, le repito que no tiene el menor derecho…

—Paul, ¿quieres encargarte de ella? —pidió, empujando la joven a los brazos del detective.

—¡Va a hacerse matar! —indicó Martine—. Usted no puede…

Pero ya subía Mason las escaleras. Cuando llegó al piso, probó dos puertas antes de encontrar la buena, que daba paso a un dormitorio.

Un hombre enflaquecido y con aspecto de enfermo, estaba acostado en la cama, con las manos esposadas.

Un individuo rechoncho, con los rasgos duros, como tallados con un escoplo, que leía una revista cómodamente instalado en una butaca en mitad de la estancia, se alzó lentamente.

—¿Qué significa todo esto? —gruñó con cara de pocos amigos.

Mason le dijo:

—Usted tiene todo el aspecto de un antiguo polizonte.

—¿Y eso qué demonios le importa?

—Y, probablemente, retirado del servicio activo —prosiguió el abogado—. Y procura ganarse un salario suplementario, dedicándose en sus horas libres a jugar al detective privado. No ha tenido suerte, amigo, si ha creído encontrar un buen filón.

—No entiendo nada de lo que dice.

—Ignoro lo que le han contado las gentes que habitan en esta casa —declaró Mason—. Incluso, ignoro si es usted su cómplice o un simple comparsa en la comedia que han montado. Pero voy a saberlo rápidamente. Soy Perry Mason, abogado.

El hombre aprisionado en la cama volvió la cabeza en dirección

al abogado, al oír el nombre. Debía de haber sido drogado, ya que su mirada extraviada no podía mantenerse fija en el abogado defensor.

—¿Quién es usted? —preguntó, finalmente, con voz susurrante.

—Soy quien ha venido a liberarle —explicó Mason.

—Ese tipo está majareta —le confió el guardián al abogado—. Tiene tendencia a mostrarse violento. Es preciso que le vigile constantemente, ya que tiene la manía de…

—Lo sé —interrumpió Mason—. Se llama Pierre Chaumont, pero cree ser otro. Se imagina que su verdadero nombre es…

—¡Vaya! Sabe usted muchas cosas. ¿Quién se las ha contado? —preguntó el guardián.

—Empiezo a creer —reconoció Mason— que usted es solamente un triste comparsa en el asunto. Mejor para usted. La mujer que le contrató debió de contarle una bonita historia. Y usted, claro está, cayó en la trampa. En tal caso, déjeme advertirle que este hombre vendrá conmigo. Primeramente iremos a casa de un médico. Después… bueno, quien viva, lo verá. Si acepta usted, puede contar con mi colaboración. Si rehúsa se verá metido en un caso de asesinato y perseguido por complicidad en el mismo. Abajo hay un detective y la Policía llegará dentro de pocos instantes. Le preguntarán qué hace aquí y por qué vigilaba a un ciudadano que está tan loco como usted o como yo. ¡Decídase!

El antiguo policía se rascó la nuca.

—¿Dice usted que ese tipo no está chalado?

—Por supuesto que no.

—Pero si yo vi los papeles. Le retiraron de un asilo.

—Retiraron a otro y después hubo una pequeña sustitución. Pero no hay tiempo de discutir. Decídase.

—¿Usted es verdaderamente Perry Mason, el abogado?

—Sí.

—¿Puede demostrármelo?

Mason le enseñó un documento de identidad y el permiso de conducir.

—De acuerdo —terminó el hombre—. Usted gana.

Capítulo 21

—¡Silencio! ¡Silencio! —reclamó el ujier.

Con una sonrisa fatua en los labios, Hamilton Burger tomó asiento en la mesa del ministerio público.

—Nos hemos reunido —empezó el juez Hartley— para oír una moción de la defensa solicitando la apertura de un nuevo proceso y para pronunciar la sentencia en el juicio «El Pueblo contra Duane Jefferson». Mr. Mason, ¿desea que le oigamos a usted antes de que sea pronunciada por mí la sentencia?

—Con el permiso del Tribunal —contestó Mason, poniéndose de pie—, pido respetuosamente a Su Señoría que ordene un nuevo proceso, ya que el que se desarrolló la semana pasada tuvo lugar en ausencia del acusado.

Hamilton Burger saltó hacia delante.

—¿Qué? —bramó—. ¡El acusado ha estado presente durante todo el debate! El proceso verbal lo demuestra.

—¿Quiere usted levantarse, Mr. Duane Jefferson? —pidió el abogado.

El hombre que se sentaba al lado de Mason se levantó. Pero, al mismo tiempo, entre el público se puso en pie otro personaje. El juez Hartley se volvió a mirar a este último.

—Avance, por favor —rogó Mason.

—¡Un momento! —el fiscal apretó los nudillos—. ¿Qué significa todo esto, Mr. Mason?

—Acabo de pedirle a Mr. Duane Jefferson que se levante —respondió Mason.

—Y es lo que ha hecho —exclamó el fiscal.

—Justamente.

—¿Quién es este otro hombre? —quiso saber el juez.

—Duane Jefferson —respondió Mason con voz suave.

—¡No arme líos! —gritó Hamilton Burger—. ¿Qué quiere decir este enredo? ¿Cuáles son estos manejos inadmisibles? Aclaremos todo esto. El acusado está de pie al lado de su defensor.

—Y he aquí a Duane Jefferson —replicó Mason—, que viene hacia nosotros.

Se volvió hacia el juez.

—Señor presidente, ruego respetuosamente al Tribunal que ordene un nuevo proceso, ya que el de Duane Jefferson, acusado de asesinato, tuvo lugar estando ausente.

—¡Protesto! —tronó el fiscal—. Me figuraba que llegaría este momento, Mr. Mason. No tiene usted derecho a sembrar la confusión ni a inducir a error al Tribunal. Poco me importa que su defendido se llame Duane Jefferson, Smith o Brown. Él es quien ha cometido el crimen, él es quien ha sido positivamente juzgado y reconocido culpable. ¿Qué importa que sea Duane Jefferson o que se haya hecho pasar por tal? Esto no impedirá que el Tribunal le condene a muerte.

—Pero —objetó Mason— tenga en cuenta que parte de sus pruebas y de sus testigos, se referían a mi cliente, Duane Jefferson.

—¿*Su* cliente? —se extrañó Burger—. Su cliente está de pie, a su lado.

El abogado sonrió y movió la cabeza.

—Éste es *mi* cliente —declaró indicando con un ademán al hombre que había llegado a la barrera que separaba el Tribunal del público—. Éste es Duane Jefferson. Y yo fui contratado por la «S. S. A. P. P.» para defender a este hombre.

—Posiblemente —contestó el fiscal—, pero éste no es la persona que usted ha defendido. Y no podrá escaparse del atolladero con una simple pirueta.

—Bueno, pero ahora yo debo defenderle.

—¡Pues vaya y defiéndale! —gritó Hamilton Burger, que empezaba a perder la cabeza—. Pero no está acusado de nada.

—Justamente. Y ésta es la razón por la cual exijo un nuevo proceso, puesto que mi cliente ha sido juzgado en su ausencia.

—¡Pero aquél es el acusado! ¡Está a su lado! —exclamó el fiscal, con tono de desesperación—. Su proceso ha tenido lugar en su presencia. Es él a quien se ha reconocido culpable. Poco importa lo que haga usted con este otro hombre, sea cual sea su nombre.

—No, no, por favor —se obstinó Mason—. Usted introdujo pruebas consistentes en objetos que pertenecían al verdadero Duane Jefferson. Por ejemplo, el cuchillo, el contenido de las cartas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Miss Mae Jordan nos habló largamente de las cartas que le había dirigido Duane Jefferson. Presenté una objeción, pidiendo que no se tuviera en cuenta su testimonio y que el mismo no figurase en el proceso verbal. Mi objeción fue rechazada. El jurado ha deliberado sobre un proceso verbal, donde se hablaba de unas cartas entre el Príncipe Encantado y la Bella Durmiente del Bosque, de fotos trucadas y de un cuchillo enviado como regalo.

—¡Un momento, señor abogado! —le interrumpió el juez—. El Tribunal está dispuesto a escucharle, pero le advierte que serán tomadas medidas severísimas contra usted si se comprueba que sólo se trata de un truco dilatorio y espectacular como los que usted suele prodigar.

—Señor presidente, no se trata de ningún truco dilatorio —protestó Mason—. Por el contrario, sólo pretendo aclarar la situación. Lo que ocurrió es muy sencillo. El verdadero Duane Jefferson, que está detrás de la valla, es un empleado de la «S. S. A. P. P.». Fue enviado a los Estados Unidos en compañía de Walter Irving, de la sucursal parisiense de la misma empresa, para abrir una nueva sucursal en este país. Debían recibir, por correo, diamantes por un valor total de medio millón de dólares.

»Walter Irving, que es jugador y había perdido fuertemente en los últimos tiempos, había también desfalcado diversas cantidades de la sociedad. Sabía que muy pronto se haría una revisión de cuentas y que sus malversaciones serían descubiertas.

»El hombre que se halla a mi lado, cuyo verdadero nombre es James Kincaid, fue contratado para representar el papel de Duane Jefferson. Tan pronto como el paquete de diamantes hubiese llegado, lo hubiera robado y luego se hubiese ocultado. Walter Irving, entonces, habría denunciado el robo a la «S. S. A. P. P.» y pasado algún tiempo se habría encontrado el cuerpo de Duane Jefferson en circunstancias que habrían parecido un suicidio.

»Por desgracia para ellos, Irving y Kincaid no se contentaron con esta sola operación. Proyectaron también matar a Munroe Baxter para apoderarse de los diamantes que aquél quería entrar

fraudulentamente en este país. Baxter trabajaba a medias con Irving y ambos debían repartirse el dinero conseguido con la venta de los diamantes importantes de contrabando.

»Los dos compinches no pudieron realizar más que una parte de su plan. Mataron a Baxter y le robaron los diamantes, que fueron llevados en secreto a las oficinas de la «S. S. A. P. P.». En cuanto al verdadero Jefferson, sus «estafas» y el asesinato subsiguiente debieron ser aplazadas, pues el paquete de diamantes enviado por la «S. S. A. P. P.» de Johannesburgo, quedó retenido unos días por la aduana sudafricana para proceder a su comprobación. Como es lógico, era imposible matar a Jefferson antes de la llegada del paquete.

—¡Señor presidente! ¡Señor presidente! —interrumpió Hamilton Burger—. ¡La historia de la defensa no tiene base! Se trata, solamente, de uno de los procedimientos habituales en Mr. Mason, que pretende, una vez más, mezclar todas las cartas. Una vez que su cliente ha sido reconocido culpable de asesinato, deseo velar personalmente para que el acusado sufra el castigo supremo que merece.

Mason indicó al verdadero Jefferson.

—Éste es mi cliente —dijo—, es el hombre que represento. Y creo haber demostrado ampliamente que su proceso se desarrolló en su ausencia. Avance y preste juramento, Mr. Jefferson.

—¡Protesto! ¡Protesto! —rugió Burger—. ¡Elevo mi protesta por el modo de obrar de la defensa! El acusado que está presente es el único que debe ser juzgado por este Tribunal.

—Un momento, señor fiscal —observó el juez—. Mi deber es ir hasta el fondo de las cosas. Ordeno una suspensión de un cuarto de hora. Después, el Tribunal hará saber sus conclusiones. Ruego a los representantes de ambas partes que vengan a conferenciar conmigo. Entretanto, ordeno, también, a los guardianes que custodien estrechamente al acusado.

Mason sonrió.

El hombre que estaba de pie en medio de la sala, volvió a su sitio. Mae Jordan, que estaba entre los concurrentes, se le acercó.

—Buenos días, Príncipe Encantador —le saludó sonriendo.

—Buenos días, Bella Durmiente del Bosque —fue la respuesta de Duane.

—Me parece —concluyó Mason a Della Street—, que estos dos se entenderán a las mil maravillas.

Después de decir esto, se dirigió al despacho particular del juez Hartley.

Capítulo 22

—Explíquelo todo —solicitó el juez.

—Fue un verdadero complot —contó el abogado—. Fue en París donde Walter Irving lo combinó todo, después de haber sabido que él y Jefferson iban a ser enviados a los Estados Unidos para abrir una sucursal en Los Ángeles. Se aseguró la complicidad de una tal Martine Chaumont, una joven que ocasionalmente trabajaba para «S. S. A. P. P.» en París. También contrató a James Kincaid. Su crimen hubiese sido perfecto si no hubieran tenido tanto apetito de joyas, y no hubiesen decidido matar también a Munroe Baxter para aumentar su ganancia. Para el segundo crimen se aseguraron la complicidad de Gilly. He podido aclarar, señor presidente, que cobró 2.500 dólares como premio de sus leales y buenos servicios. Una vez arrestada, Miss Chaumont lo ha revelado todo a la Policía y espero, dentro de poco, poder enseñar sus declaraciones, hechas bajo juramento. Claro está que después de haber testimoniado, Gilly es culpable de perjurio, por lo que debe ser juzgado y condenado severamente.

—Un momento, Mr. Mason —interrumpió el juez—. ¿Todo lo que dice lo hace en nombre de su cliente?

—Yo no represento más que a una persona, que es Duane Jefferson, el verdadero. Para defenderle a él fui contratado por la «S. S. A. P. P.». Sin embargo, me permito sugerir al tribunal, con todo respeto, que permita a James Kincaid que elija un abogado defensor rápidamente o le sea señalado uno de oficio. Después de todo, este hombre tiene derecho a un nuevo proceso.

—¡Esto es imposible! —declaró el fiscal—. Aunque sea verdad lo que usted dice, le defendió y usted ha perdido.

—La razón estaría legalmente de su parte —explicó—, si no fuera por el testimonio de Mae Jordan. Esta joven habló de unas

cartas que había intercambiado con el verdadero Duane Jefferson y no con el hombre que usted ha hecho incriminar por asesinato. Usted no podía hacer condenar a Duane Jefferson, pues el juicio se celebró en su ausencia, ni puede, tampoco, pretender que la sentencia actual recaiga sobre el acusado James Kincaid porque éste ha sido condenado con pruebas pertenecientes al verdadero Duane Jefferson.

»Lo que usted habría debido hacer, desde un principio, era haber establecido la identidad del acusado. Pero como tenía tanta prisa por hacerle condenar y por «hacer tiras de mi piel», ni siquiera creyó necesario, al descubrir que tenía antecedentes policiales, enviar sus huellas dactilares a Washington, donde le habrían aclarado en el Ministerio de la Guerra que las mismas no eran las del auténtico Duane Jefferson.

»Usted dejó que Miss Mae Jordan hablase de un montón de cosas ocurridas entre ella y mi verdadero cliente. Y nunca llegó a imaginarse que el hombre que estábamos juzgando no era el mismo a quien ella le había regalado el cuchillo.

»Irving y Kincaid atacaron a Jefferson en el tren que le llevaba a Chicago. Le drogaron, le robaron sus papeles, su correspondencia y su equipaje, donde iba el famoso cuchillo. Esto es lo que deberá demostrar usted, en el nuevo proceso, señor fiscal, y no le envidio, puede creerme. Sin embargo, tengo a su disposición las declaraciones de Martine Chaumont. Esta joven está dispuesta a declarar como testigo de la acusación si se le promete la impunidad o una pena leve.

»Sin embargo, un consejo, Mr. Burger. En su lugar, me dedicaría a buscar al hombre que estaba junto a James Kincaid en la canoa alquilada a Gilly, ya que estoy seguro de que no era Irving.

»Y ahora —concluyó el abogado—, ¿puedo rogar al tribunal que me releve de mi obligación de defender a James Kincaid? Este hombre, en efecto, me ha inducido fraudulentamente a representarle ante el tribunal haciéndose pasar por otro. Mi único cliente es Duane Jefferson.

—De todos modos, la actitud de James Kincaid resulta incomprensible —hizo notar el juez—. ¡Hacerse condenar a muerte, bajo nombre supuesto! ¿No hubiese sido mejor para él haber confesado toda la verdad?

—Creo que no, señor presidente —explicó Mason—. Al contrario. Una vez arrestado, eventualidad que no esperaba, todo sea dicho, su interés se centraba en callarse. Primero, con ello limitaba las posibilidades de su interrogatorio y de su contrainterrogatorio, contando además con que sus antecedentes no fueran descubiertos. Segundo, si hubiera confesado haber suplantado la identidad de otro, no habría contado con la simpatía del jurado desde un principio. En fin, incluso condenado a muerte, ya que de hecho es un asesino, hubiera logrado tal embrollo jurídico que hubiese podido, durante muchos años, ir de apelación en casación, especulando con la confusión y aumentando sus posibilidades de escapar a la cámara de gas.

—Evidentemente —convino el juez—. Opino que lo mejor será hacer venir aquí a Mr. Duane Jefferson para que preste juramento y declare la verdad de todo esto. Mr. Mason, ¿está usted absolutamente cierto de su identidad?

—Sí, señor presidente. He hecho investigaciones en Washington, donde existen sus huellas dactilares, tomadas cuando hizo su servicio militar y que figuran en su expediente en el Ministerio de Defensa.

—En efecto, no se puede pedir más —estimó el juez—. ¿Quiere rogarle que venga a verme lo antes posible, Mr. Mason?

El abogado se levantó, fue hasta la puerta del despacho, la abrió y echó un vistazo al exterior. Luego volvió la cabeza hacia el juez y sonrió.

—Temo que voy a interrumpir un tierno idilio, señor presidente —anunció—. Mr. Jefferson y Miss Jordan se hallan enfrascados en animada conversación. Parecen entenderse perfectamente. Sin duda les aproxima su interés común por la fotografía.

—A menos —dijo maliciosamente el juez— que no le esté contando dónde y cómo consiguió la llave.